





TERRITORIOS DE LA PUPILA



TERRITORIOS DE LA PUPILA

Enrique Viloria Vera

Prólogo de *Enrique Gracia Trinidad*

Epílogo *José López Rueda*



Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
«Federico de Onís—Miguel Torga»

“COLECCIÓN SALAMANCA”
OBRA DE ENRIQUE VILORIA VERA
POESÍA Y ENSAYO LITERARIO
(BIBLIOTECA GASTÓN BAQUERO)
51

© Enrique Vioria

© Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
Apartado 164
E - 37080 – Salamanca (España)

ISBN:978-84-95850-58-3
Depósito Legal: lf25220179044725

Fotografía del Autor:
María Isabel Morillo Beloso

Ilustración de Portada
Miguel Elías

Diseño de Colección
Javier Torre

Diagramación:
Florencia Zabala

Impreso en Venezuela / Printed in Venezuela:
Caracas, 2017

Índice general

PRÓLOGO: Enrique Gracia Trinidad.....	13
INTRODUCCIÓN.....	19
ENSAYOS Y ARTÍCULOS	
El aviario de Miguel Elías	23
Trescientos Tigres no tan Tristes de Tomislav Marijan Bilosnic	25
Erasmus: De Rotterdam a Salamanca.....	27
Ellas de Ayer, Hoy y Siempre.....	29
Fermín Herrero: el Periodismo y la Verdad.....	31
Jesús Fonseca: la Palabra Positiva	35
Los Quijanos, los Quijotes de Alfredo Pérez Alencart	37
Kousey Takenaka: Maestro de Maestros	41
José Martí: la Complejidad de la Sencillez.....	45
Elvia Ardalani: <i>De Cruz y Media Luna</i>	49

José Pulido Navas: los Tiempos del Tiempo	55
El <i>Locus Standi</i> de José María Muñoz Quirós.....	61
<i>Esta Gente</i> : Dos Pasiones Encontradas	65
<i>Las lanzas coloradas</i> : Una Novela de la Muerte que Nadie Quiere.....	75
Concierto 3: Sobre la Nota y el Verso	79
John C. Lennox: Los nuevos Ateos Disparando Contra Dios sin dar en el Blanco	81
Manuel Gutiérrez: Dibujante y Colorista	85
<i>Mañana Dejaremos Zarzura</i>	89
Lima: Una Ciudad para Envidiar	91
Octavio Paz y la Mexicanidad	93
José Pulido y <i>El Requetemuerto</i>	103
José Tomás Angola y la Muerte	107
Salvador Pániker y su <i>Diario de Otoño</i>	109
Salvador Pániker y su <i>Diario de Anciano Averiado</i>	111
Asimetrías de Salvador Pániker.....	115
Carlos Rangel: Escritor Visionario y Universal	117
Ángel Bernardo Viso: <i>Identidad y Ruptura</i>	121
Luis Herrera Campins: El Bondadoso.....	125
Mares de Árboles y Pájaros	131
Perú: Un País para Degustar	135
Edgar Sánchez: La Retrogresión Pictórica.....	137

Víctor Guédez y los Aforismos	141
Los Aportes de Uslar Pietri	143
Cristóbal Mendoza: Primer Presidente de Venezuela	147
La Inmigración en Venezuela.....	155
Guillermo Morón: <i>Los Imperios, el Imperio</i>	161
<i>No Resignación</i>	163
Carmen Cristina Wolf y sus <i>Atravíos del espíritu</i>	165
Sobre la Crítica de Arte.....	169

POEMAS

Anaía	173
Anaía II.....	175
Ni tan azul	177
De Rubén a Darío.....	179
El cielo de Salamanca	181
Ni con el pétalo de una Rosa.....	183
Vivir Muriendo	185
EPÍLOGO: José López Rueda	187
SOBRE EL AUTOR.....	191



Dedicado a mis hermanos de afecto:
Milos Alcalay Mircovich de Venezuela,
Jorge Ordoñez Ortiz de Perú,
José Pulido de Venezuela,
Víctor Guédez de Venezuela,
José Luis Villafañe de Puerto Rico,
Carlos Lee Blanco de Venezuela,
Alfredo Pérez Alencart de Perú y España,
José Antonio Gil Yepes de Venezuela,
Joaquín Marta Sosa de Portugal y Venezuela,
Luis Alberto Kolster de Venezuela y España,
Brian S. Mc Beth del Reino Unido,

y a mi hermana de sangre:
Mariela E. Viloría Vera
y su esposo Raúl León Aguilera.



Prólogo

Enrique Viloría Vera, Mirada Y Escritura

De la amurallada Ávila a la dorada Salamanca hay exactamente 111 kilómetros por autopista (número mágico como puede verse), algo más si se marcha por los viejos caminos del siglo XV que recorriera Alonso Fernández de Madrigal, alias “El Tostado” o “El abulense”.

Dirás, amable lector, que a qué viene todo esto; pues ya sabes: a la asociación de ideas que a cualquier escritor se nos viene a la cabeza sin que haya trabajo previo de caletre.

Resulta que cada vez que pienso en Enrique Viloría Vera, me viene a las mientes este Fernández de Madrigal, que empezó siendo estudiante en Salamanca y terminó como obispo de Ávila. No porque el Caraqueño Viloría siga esos caminos, que anda más bien al revés, recalando en su madurez en la Ciudad del Tormes, sino por la condición de escritor todoterreno de ambos. Si sobre el polígrafo del siglo XV se acuñó en la Vieja Castilla la frase “*escribir más que El Tostado*”, otro tanto podríamos decir de

Territorios de la Pupila

nuestro caraqueño Viloría Vera, en los últimos tiempos afincado en Salamanca, cercano a su prestigiosa universidad en la que fue alumno y profesor el tal Fernández. Enrique Viloría Vera, en suma, ha escrito y sigue escribiendo “más que El Tostado”, dicho sea, con agradecimiento porque es siempre un gozo leerlo y además altamente provechoso.

Adelanta el autor en su breve introducción que este volumen forma parte —y al ser la tercera, cierra— de una trilogía que empezó a punto de terminar el pasado siglo con “*Comarcas del ojo*”, continuó en 2010 con “*Predios de la mirada*” y remata con este “*Territorios de la pupila*”. Acépteseme la broma si digo que ante la designación de “comarcas”, “predios” y “territorios”, junto al “ojo”, la “mirada” y la “pupila”, los que gustamos de la pluma eficaz, fluida y certera de Viloría, estemos deseando que la trilogía se resuelva en tetralogía y aún vaya incluso más allá. Aún le quedan títulos que cumplir con más excelentes miradas de las suyas. Sugerimos *Provincias del iris*, *Barrios de la retina* o *Avenidas del cristalino*.

Hablando de mirar, que como se sabe es el aspecto más voluntarioso de ver, entiendo que esa es realmente la sustancia de este libro, de casi toda la ingente obra de este autor infatigable: la mirada. Resulta fascinante —ojalá coincidas, lector, conmigo—, la forma de mirar de este escritor de auténticas hechuras. Es como si la condición de espectador impenitente formase parte de su ADN o como si, de chico, le hubieran indicado “*tú fíjate mucho en todo, que todo es importante*”, y eso le hubiera inyectado en vena la condición de escritor ya para siempre, de analista de la realidad, de captador de imágenes de todo tipo, de observador del mundo; que no es otra la condición del auténtico escritor.

Su autor, cumple en este libro la antedicha condición de polígrafo esmerado y acumula ensayos, artículos y poemas escritos en los últimos tiempos. Lo hace, además, de una manera generosa puesto

que suele utilizar gran cantidad de textos de los autores que reseña y celebra.

Desde el roterdamés Erasmo al abulense Muñoz Quirós, si de escritores hablamos, pasando por el filósofo científico Lennox o los poetas Martí y Pulido. Desde las aves que pueblan los papeles del pintor salmantino Miguel Elías hasta los colores viajeros del también charro Manuel Gutiérrez. Nada escapa al análisis intenso, al comentario amable, a las palabras veraces y emocionales de Viloria Vera. Literatura, arte, política, costumbres, religión, viajes, visiones, complicidades, identidades patrias, observaciones en detalle y visiones panorámicas, todo entra en este y en los otros muchos libros de este personaje nacido para las letras en su sentido más amplio y más rotundo.

Cuando lo conocí en Madrid, al mismo tiempo que el poeta y profesor López Rueda —él lo recuerda en el epílogo de este libro—, eran días de trasiego navideño y ni siquiera sospeché entonces que nos uniría ya para siempre una hermandad personal y literaria. Aquel Madrid de las Letras donde tantos escritores deambularon desde los siglos de oro hasta la actualidad eran el marco perfecto para que Enrique Viloria se sintiese como en su casa. Lorca y Calderón, Lope y Alfonso X el Sabio, Cervantes y Quevedo, Góngora y Bécquer, Valle-Inclán, Pérez Galdós y tantos otros que por allí circularon y andan en estatuas y fachadas, me preguntan cada vez que paso por la zona dónde está el amigo Viloria. Siempre les respondo que en Caracas o en Salamanca. Me preguntan ¿qué hace? y mi respuesta siempre es la misma: escribiendo sin parar, haciendo amigos, preparando proyectos, inventando historias, leyendo sin parar, concibiendo poemas...

Y todos esos habitantes del Parnaso me dan recuerdos para él y me dicen que no se olvide de venir a verlos; para ellos es un camarada, un cómplice, un colega aventajado, un escritor en lengua castellana de auténtica raza.

Siempre coincidido con ellos y siempre deseo encontrarme con mi tocayo Enrique Viloria Vera, sea en una lectura literaria, en una tertulia de amigos o delante de un chocolate con churros en las tripas del viejo Madrid. Lo que sea con tal de disfrutar de su sabiduría y su desbordante personalidad.

Te aviso, lector: cuando lees este libro te va a pasar lo mismo, quedarás, como se dice, enganchado, y ya formarás parte de todos esos amigos que estamos deseando siempre volver una y otra vez a sus páginas. No podrás escaparte. Este escritor es una autopista de literatura por la que da gusto circular sin frenos. Pisa el acelerador y déjate llevar.

ENRIQUE GRACIA TRINIDAD



Enrique Vilorio Vera



Introducción

El presente libro forma parte de una trilogía que hemos venido construyendo a lo largo de casi dos décadas –los dos anteriores fueron *Comarcas del ojo*, Contraloría General de la República de Venezuela, Caracas, 1998 y *Predios de la mirada*, Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca, Salamanca, 2010. Compila artículos, ensayos y poemas de diferente índole y extensión, publicados –más recientemente– en dos ciudades de nuestra querencia: Caracas y Salamanca.

Es un homenaje a los creadores –escritores, músicos y artistas visuales–, cuya obra concitó nuestro interés de observador curioso y apasionado por el buen quehacer literario y artístico. Al reunirlos en un solo volumen adquieren una especial coherencia, un hilo conductor, otra entidad, haciendo que el todo no sea sólo una suma de las partes, articulando una personal y polisémica emoción creadora.

Enrique Vilorio Vera
Salamanca, 2016



ENSAYOS Y ARTÍCULOS



El Aviario de Miguel Elías

Un aviario no es lo mismo que una pajarera, ésta es una jaula cerrada, especie de cárcel que impide vuelos y libertades; el aviario, por su parte es un espacio grande, libertario, concebido para el disfrute tanto de las aves como del público. El artista plástico Miguel Elías así lo entiende y explicita en una singular exposición que transforma –por obra del arte– un espacio de la Diputación Provincial de Salamanca en un aviario policrómico que suscita emociones y sorpresas.

Las aves del artista –por naturaleza libres e insubordinadas– se regocijan a sus anchas en papeles que fungen de blanco y apacible cielo, sobre los que trinan, vuelan, aletean y hasta dejan caer sus plumas al voleo, a fin de que no quede duda acerca del viento del Este que –inexistente, pero presentido– las lleva de árboles, colinas, altozanos y oteros a una sala magnificente donde muestran –orgullosos y consentidos– todo su esplendor.

Miguel Elías –con denuedo de ornitólogo plástico– pinta, dibuja, un personal catálogo de las aves salmantinas de su preferencia y emoción, sin distingo ni segregación de especie todas conviven en

Territorios de la Pupila

el aviario del artista: acuáticas, esteparias y rapaces con su aletada avivan la obra del artista.

El pintor reivindica por igual a la lechuza nocturna y al acecho, al halcón indómito que sólo acepta ser amaestrado por el pincel del artista, a la golondrina melosa, al búho sabio y ancestral, al grajo terco e impertinente, a la cigüeña idiosincrásica, a la codorniz apetitosa, al faisán que amerita pudrición, a la grulla en permanente equilibrio.

Nueva estación de la ruta ornitológica salamantina que se añade a los senderos y miradores a cielo abierto, el aviario de Miguel Elías no requiere de prismáticos ni binoculares, el simple ojo del emocionado espectador es suficiente para disfrutar de esta exposición a tres manos que reconcilia al hombre con sus adentros y sus afueras.

Trescientos Tigres no tan Tristes de Tomislav Marijan Bilosnic

Allí donde hace tiempo estuvo el mundo
hoy aparece el tigre.

TMB

El tigre ha concitado el interés del hombre desde el comienzo mismo de la humanidad: su andar pausado, felpudo; su elegancia y vistosidad, su donaire y fiereza han hecho que el tigre sea animal descollante de sagas, leyendas, fábulas y horóscopos. Los escritores no han sido ajenos a este deslumbramiento: Blake, Borges, Salgari, entre otros, dan buena fe de la relevancia del felino de marras en sus escritos; el croata Tomislav Marijan Bilosnic se suma a esta devoción literaria por *el tigre*, por sus innúmeros y personales tigres que recoge fieramente en libro que no podía llamarse de otra forma: *El Tigre*, finamente publicado en Salamanca por Trilce Ediciones en 2015.

Muchos y variados son los tigres del croata tigre, del tigre croata, los hay para todos los gustos y propósitos, son tigres-tigres que dejan de ser para dar paso a otros tigres originales e impensables. Marijan propone un gran zoo de un solo animal polisémico, plural y diverso, se regocija siendo tigre y creando tigres que no son de

Territorios de la Pupila

papel, sino que viven en el papel, compitiendo con los coloridos animales que Miguel Elías dibuja y pinta con los colores que los tigres gustan de portar en pelaje, laya y jaez.

El poeta rescata a su tigre personal e intransferible de las intrincadas florestas, de la selva recóndita, del soto ajeno, para trasladarlo a su casa de la calle de la Paz, sita en su Zadar natal; el tigre del escritor prontamente se encuentra a sus anchas, al saberse protegido de trampas, embelecocos y cazadores. Se aprovecha el tigre del poeta y éste de aquél para —entre los dos, feliz y singular pareja— deambular tanto por lugares de realidad como de ensueño. Uno y otro viajan lejos y seguido, el poeta viste al tigre de otras indumentarias y rarezas para dejarlo volar en el tiempo y en el espacio. Visitan gozosos los talleres de pintores —naifs o expresionistas— amantes todos del tigre y su figura; se trasladan igualmente a Bengala, Siberia y Borneo, al lejano Tigris para presenciar el origen mismo de la humanidad, cuando el trigo brillaba como el oro del tigre.

El tigre se guarece en versos propios y ajenos, se siente a sus anchas en las tapas duras de los libros que valora, se disfraza de luna para brindar un fulgor diferente a los versos del trovador, vaga libre, va y viene, saciar su sed de futuro y su hambre de prójimo, se disfraza de sí mismo, se convierte en mullida alfombra persa, aparece retratado como Zar imperial. En busca de hembra para aparearse seduce a la negra gata egipcia que le brinda placeres ancestrales y desconocidos como los que Cleopatra ofrecía al monarca en su lecho de amor.

En fin, los incontables tigres de Marijan rugen fuerte y claro, al unísono, en Salamanca como si estuvieran por siempre en su selva favorita en pleno mediodía de la ciudad dorada, porque como bien lo afirma el poeta:

“El tigre es el hombre verdadero // El tigre es un gran poeta / sumergido en la luz del sol”.

Erasmus: De Rotterdam a Salamanca

Pero tan pronto como llega la terrible tempestad de la guerra ¡Dios inmortal! Qué ingente mar de males inunda y anega todo el universo. Son requisados los rebaños, arrasadas las mieses, los campesinos descuartizados, las villas quemadas, las más florecientes ciudades levantadas durante tantos siglos, son derruidas en un solo ataque. Tan proclive es el hombre a hacer el mal como a hacer el bien.

ERASMO DE ROTTERDAM

La vigencia y pertinencia del pensamiento de Erasmo de Rotterdam no se pone en duda en tiempos crispados y confusos, muy parecidos a los vividos por el pensador, menos cuando se lee el señero libro que lleva por título *Dulce Bellum* con estudio preliminar y la versión al castellano del humanista Luis Frayle Delgado (editado en Salamanca, 2015), quien, de entrada, señala –en concordancia con los críticos de la obra erasmiana– que se trata de uno de los escritos más revolucionarios del intelectual holandés.

El escritor salmantino subraya el propósito del neerlandés de renovar el cristianismo con el fin de retornar a su más pura y genuina esencia de religión de paz, justicia y amor al prójimo. Cita Frayle a su Erasmo traducido: “Guerreemos constantemente; se enfrenta una nación contra otra nación, un reino contra otro reino,

Territorios de la Pupila

una ciudad contra otra, un príncipe contra otro, un pueblo contra otro pueblo; y, cosa que también los gentiles consideran impío, guerra el vecino contra el vecino, el pariente contra el pariente, el hermano contra el hermano, el hijo contra el padre; en fin, añadiré a mi pesar lo más horrible de todo cristiano contra cristiano”.

Es que ciertamente los tiempos vividos por Erasmo no fueron de paz sino de guerra, sangre y muerte, Fayle sitúa al lector en esos desastrosos años, de verdadera guerra civil entre hermanos, cuando los principales protagonistas de las contiendas entre cristianos –los Habsburgo y los Valois– eran lideradas por dos guerreros de alto cuño: Carlos V, El Emperador, y Francisco I de Francia. A esta continuada confrontación se suma también la Reforma luterana que propició severos enfrentamientos entre los príncipes alemanes defensores de la reforma en contra de los papas guerreros y sus aliados que culminó en severa ruptura de una parte significativa de la cristiandad.

Pero nada como la débil y precaria defensa de la cristiandad contra la permanente amenaza del Imperio Turco de penetrar –por mar y tierra– a fuerza de asaltos y batallas por parte de sus muy bien entrenados guerreros hasta el corazón de la cristiana Europa. Perfectamente consciente de este peligro cada vez más real y cercano, Erasmo, como si fuera un testigo privilegiado de la actual guerra contra el islam afirma categórico: “Ciertamente ni siquiera me parece que haya que probar que a menudo maquinamos la guerra contra el turco ...lo que se consigue por la espada se pierde por la espada”, y propone que se conquiste a los infieles con el ejercicio de las características inconfundibles del cristiano: vida inocente, el deseo de bien merecer incluso de los enemigos, tolerancia de todas las injurias, desprecio del dinero, menosprecio de gloria, vida humilde, armas suficientes para someter al turco.

¡Bienvenido este viejo nuevo libro de Erasmo de Rotterdam con sesudo estudio y cuidada traducción por el maestro y amigo salmantino Luis Frayle Delgado!

Ellas de Ayer, Hoy y Siempre

Ya no hay judío ni griego no hay esclavo
ni libre; no hay varón ni mujer, porque
todos vosotros sois uno en Cristo Jesús...

GÁLATAS, 3:28

El célebre filósofo católico francés Emmanuel Mounier sostenía que la “mujer era el proletariado del siglo XX” y no le faltaba razón. A lo largo de la historia de la humanidad las mujeres, ellas, han librado una larga y difícil batalla para ir conquistando su legítimo espacio en una sociedad signada por la primacía de un género —el masculino— sobre el otro, el femenino.

Ante esta situación de injusta y permanente discriminación hacia la mujer, 21 de ellas, corajudas cristianas, han blandido la pluma para al unísono escribir un libro: *Ellas también cuentan* que es a la vez homenaje y denuncia. Homenaje a un conjunto de mujeres pioneras que, desde los lejanos tiempos bíblicos, ahora cercanos en virtud de esta singular y oportuna obra, han, a su manera, dejado su impronta en la historia del avance mujeril. Denuncia es también el libro que comentamos, tal como lo expresa en el prólogo Eduardo Delás: “mujeres que carecen de libertad, que son denigradas, maltratadas, esclavizadas y utilizadas como objeto de trata y tráfico”. Sin revanchas, veintiuna féminas del siglo XXI

Territorios de la Pupila

traen del pasado al presente —en enfoque retroprogresivo— a un grupo de otras mujeres que no pierden su vigencia ni actualidad.

Entre ellas destacan —por razones y circunstancias diferentes—: Agar: esclava y extranjera convertida en conveniente “vientre de alquiler”; Sara la sumisa e infértil que se reivindicó luego frente a ella misma y su marido; Lea, la de los ojos delicados fiel esposa que no merecía el desprecio de su marido; Rahar, una de las más bellas prostitutas de la época que encontró en el Señor el camino de la salvación; Débora, la profetisa y jueza del pueblo de Dios; Ruth, la moabita migrante tenaz y decidida que fue y volvió confiada en su fe; Ana, la madre de Samuel, quien afligida por su infertilidad encontró en la oración y en la fe en el Dios de Israel la respuesta a sus penurias y desalientos; Abigail, inteligente y de hermosa apariencia casada con un hombre sin modales, quien en tiempos de rivalidades se armó de coraje y eligió ser protagonista y sacudirse el yugo marital; María, la madre de Jesús no podía estar ausente de este ejemplar equipo de mujeres, la escogida por Dios para llevar en su vientre al Redentor, así como la vilipendiada María Magdalena o Marta la hermana de Lázaro que no dudó en recurrir con toda la fe del caso a Jesús para la curación de su querido hermano. Otras valientes mujeres, con nombre propio o sin él, son reseñadas en este singular libro: las hay de los *Proverbios*, parteras, concubinas, encorvadas y las apedreadas adúlteras.

Libro dadivoso forjado, para que, con los ingresos derivados de su venta, apoyar un noble propósito: contribuir a la financiación de “*Esclavitud XXI*”, organización de signo cristiano que trabaja denodadamente contra la trata y el tráfico de mujeres.

Fermín Herrero: El Periodismo y la Verdad

A propósito de los abismos que abre la verdad y que la hace socialmente insoportable en todo tiempo y lugar no puedo resistirme aquí, en Salamanca, a sacar a colación aquella escena tan unamuniana de ‘San Manuel Bueno, mártir’: “No me olvidaré yo jamás del día en que diciéndole yo: “pero Don Manuel, la verdad, la verdad ante todo” y él temblando me susurró al oído –y eso que estábamos solos en medio del campo- “¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo intolerable, algo terrible, algo mortal, la gente sencilla no podría vivir con ella”

FERMÍN HERRERO

En ocasión de la conferencia anual sobre *Periodismo y literatura* patrocinada por la Fundación Duques de Soria, el escritor Fermín Herrero realizó –en el Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca– una enjundiosa y acertada reflexión acerca de la verdad y el periodismo. El escritor, desde diferentes rutas epistemológicas, inmerso ora en los derroteros de la filosofía, ora en los de la poesía, se adentra prudentemente en el escabroso concepto de la verdad. Plenamente consciente de lo titánico de su emprendimiento, Herrero, con humildad expresa: “Espero, pues, no liarme ni incurrir en algo descabellado: la bibliografía

es inmensa e inabarcable de todo punto; el campo de batalla, indescribible; el término, vaciado a fuerza del abuso, desgastado, si no desbaratado de todas, por los sucesivos ataques de la modernidad. Pero en casos así, en los que la necesidad apremiante, ineludible, no encuentra asideros, me acuerdo de aquel relato que le transmitió Yosef Agnón al especialista de mística judía Gershom Scholem –lo resumo, por no alargarme, aun traicionando su decurso y alcance repetitivos– en el que se cuenta que cuando Baal Shem, fundador del jasidismo debía resolver una duda iba al bosque, encendía un fuego, pronunciaba sus oraciones y lo que quería se realizaba. Una generación después no se sabía encender el fuego; a la siguiente, se olvidaron las oraciones; luego, nadie conocía ya el lugar propicio del bosque. La historia se clausura con estas frases: “Pero de todo esto podemos contar la historia. Y una vez más con eso es suficiente”. De momento puedo contárselo a ustedes, pues, me dejan, con eso basta en el intento de defender la verdad”.

El poeta comparte plenamente lo afirmado por Vargas Llosa: “Estamos ante la horrible perspectiva de que desaparezcan los periódicos. Lo que los periodistas pueden hacer para evitar eso es decir siempre la verdad y no mentir. Es algo que parece obvio, pero no lo es. A veces es difícil identificar la verdad, pero siempre hay una manera de ser honesto”. Herrero puntualiza las amenazas de todo tipo y procedencia que amenazan al periodismo en el siglo XXI, en este sentido menciona: la banalización de una sociedad que ha hecho del espectáculo su principal industria, logrando hacer de los paparazzi una especie de superhéroes del oficio, el cortoplacismo en la concepción de la existencia, la búsqueda de fama efímera y no de prestigio permanente que transforma la propia vida en un *talk show* sin relevancia dominado por *socialités*, divas y divos de todo cuño, el narcisismo de las nuevas generaciones que hacen de la metro sexualidad, de la foto, del *selfie*, del Instagram, del Facebook, la forma preferida de su limitada comunicación personal, la tiranía de la audiencia, del marketing y del rating, la

pretendida igualdad que imponen la publicidad y los valores de la sociedad del espectáculo. El escritor se permite una dicente cita del irlandés C.S. Lewis, el famoso autor de *Las crónicas de Narnia*: “La exigencia de igualdad tiene dos fuentes; una de ellas se encuentra entre las más nobles emociones humanas, la otra es la más baja de ellas. La fuente noble es el deseo de juego limpio. Pero la otra fuente es el odio hacia la superioridad [...] La igualdad (más allá de las matemáticas) es una concepción meramente social. Se aplica al hombre como animal político y económico. No tiene cabida en el mundo de la mente. La belleza no es democrática, la virtud no es democrática, la verdad no es democrática. La democracia política está condenada al fracaso si se intenta extender su exigencia de igualdad a estas esferas superiores. La democracia ética, intelectual o estética está muerta”.

Para nuestro desconsuelo, el escritor coincide con otros pensadores, que el talento, la inteligencia, el conocimiento, las ganas de aprender y ser mejor, están siendo progresivamente exiliados de una sociedad que los considera como antivalores, a fuer de antidemocráticos. Si a toda esta abrumadora realidad se suman las presiones de los dueños de los medios, de los grupos económicos, de la sociedad civil, los intereses de los partidos políticos y sus lobistas, y la megalomanía de los periodistas opináticos, podemos entender mejor la extensión y profundidad de los peligros que enfrenta el periodismo del siglo XXI tan cercano a la frivolidad y tan alejado de la verdad.

Sin embargo, tendencia no es destino, no todo está perdido, Fermín Herrero, atinadamente sentencia y cita: “Por una vez y sin que sirva de precedente, no estoy de acuerdo con la exégesis de la entrada que Rafael Sánchez Ferlosio ejecutó en *Glosas castellanas y otros ensayos (diversiones)* y que obvió por oreada, a mi juicio, sino que me ciño a la interpretación popular, aunque no sea recta: según reza el initium de las sentencias, donaires, apuntes y recuerdos del profesor apócrifo Juan de Mairena, dirigido a sus alumnos:

Territorios de la Pupila

“la verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero”, esté conforme aquél o no esté muy convencido éste, a tenor de lo que se añade. E incluso, tal vez, no creo, la haya dicho yo mismo. El propio Mairena esgrime contra los escépticos un “argumento aplastante: quien afirma que la verdad no existe, pretende que eso sea verdad, incurriendo en palmaria contradicción”.

Herrero tampoco echa al olvido lo afirmado por Heidegger, que paradójicamente adquiere mayor vigencia en estos tiempos de pretendidas mayores libertades:

“La esencia de la verdad es la libertad”

Jesús Fonseca: La Palabra Positiva

Nada de lo humano me es ajeno.

Con especial gusto leo y releo el libro *Gacetillas Humanísticas* del periodista Jesús Fonseca Escartín publicado en coedición por Editorial Verbum y Trilce Ediciones en 2015. El autor se pasea por el alma del español y la realidad de estos tiempos de dificultad y crisis para proponer una reflexión sensata y optimista, alejada de los pesimistas por oficio y conveniencia

Reivindica el autor los conculcados derechos del hombre común, del ciudadano de a pie, “de las pequeñas gentes corrientes y molientes, oscuras y sencillas ... que son las que en verdad las que aúpan, día tras día, la convivencia y el progreso. Y dan de comer a tanto diletante”. De allí su apuesta por la sociedad civil organizada, la genuina y verdadera que no es ciertamente una ONG de papel, web y e-mail.

Igualmente, Fonseca exige respeto para los políticos de oficio y vocación, tan vilipendiados por tirus y troyanos, a estos efectos recurre a las palabras del Papa Francisco: “os recuerdo que la política es una de las formas más altas de la caridad porque

ayuda al bien común”. Excelente reclamo en tiempos en que los partidos son considerados familias gansteriles y los políticos unos bandoleros corruptos que sólo actúan en función de sus propios intereses. Recordemos que todo puede ser peor y que la política, la buena política, es por definición la búsqueda del consenso, del entendimiento entre diferentes, y no necesariamente la de la unanimidad; visionario el escritor sentencia:” Aparecen los salvapatrias, con su promesa de un ministerio de la felicidad y otras camelancias y, en un santiamén, lo encanallan todo, convirtiendo la democracia en trasiego de ganado”.

Insiste Fonseca en la necesidad de más optimismo y buen humor, su palabra es positiva y esperanzadora ante el fatalismo que con frecuencia se instala en los españoles, dice el periodista: “Ni todo está perdido, ni todo nos perderá, por más que caminemos por la cuerda floja ... No nos castigemos a nosotros mismos más de la cuenta...No será lamiéndonos nuestras heridas como saldremos adelante”.

Mucho y bueno hay en estas gacetillas altamente contemporáneas y nutritivas. En estos tiempos calamitosos de guerras fratricidas, de dificultades económicas, de sordera política, de darle la espalda al prójimo, de saltarse a la ligera la ética en los negocios y en el gobierno, más que pertinentes son las reflexiones de Jesús Fonseca, quien afirma que todo esto tiene arreglo: “Pero lo primero que hay que hacer es dejar claro es que esta no es sólo una época de cambios, sino un cambio de época que supera manuales de derecha e izquierda”.

Los Quijanos, Los Quijotes de Pérez Alencart

Fijo en el horizonte
un sol de ayer
como fértil utopía.

APA

Alfredo Pérez Alencart, el poeta peruano salmantino, en su más reciente poemario *El pie en el estribo*, EDIFSA, Salamanca, 2016, realiza un fructuoso viaje por la época de las novelas de caballería —por la fundamental y más celebrada—, rescatando con absoluta legitimidad al estribo del Quijote y de los temibles hunos blancos, quienes —siglos atrás— se valieron del ancestral artillugio para apuntalar, en atrevido ataque liderado por incomparables jinetes tártaros al lomo de ágiles caballos mogoles, el sojuzgamiento y la dominación de un inviable y corrupto Imperio Romano de Occidente

El reivindicado estribo instituye también un apoyo poético para que el Quijote cabalgante de Pérez Alencart pueda deambular en Rocinantes de ensueño por las vastas dimensiones del tiempo y del espacio castellano y universal. Afirma el poeta: “El pie en el estribo, frater, enseñando la hermandad / que salva de cetrerías de cacerías de jaurías / hermandad que es pan de horno simple que protege / minuto a minuto del ataque de los franquesteins.”

El poeta quijotesco y el Quijote poeta se estrechan las fraternas manos en el trepidar de versos de uno y otro confín:” ...para cabalgar en el mismo bando”. En famélicos rocines van por sus respectivos mundos –de ayer y de hoy– deshaciendo entuertos y poniendo en su lugar a pillos ladinos y tunantes reiterados que nunca faltan en las tierras de Castilla y otras heredades. Pérez Alencart lo deja bien claro en poemas que son tanto una advertencia como una amenaza: “Yo tampoco estoy para autocontemplaciones / ni desempolvaduras. No estoy para ser cosecha del tambor del exterminio limo oscuro de la contienda que no se olvida Qué lividez empedernida qué / de corazones enlamados desatendiéndose de Dios”.

El amor sobresal por los campos de las dos Castillas, las que ambos corretean en un aparente peregrinar sin propósito ni sentido, como no sea el rescate, la liberación, la reconquista de sus doncellas, de sus insustituibles damiselas: Dulcinea y Jacqueline son protegidas de los infames e ingratos torreones de olvido por el poder absolutorio del amor; la primera cabalga en la grupa del jamelgo del hidalgo, la otra viaja en los amorosos versos de su trovador: “Implórote dama del palacio de mi perfecta hipervisión / Ven a encastillarte que te sostengo con el antebrazo / desacostumbrado al hollín al apuro al loar / de otras generaciones con abecedarios de repudio / Implórote en la feracidad de tu lecho / centímetro a centímetro entre columnas rojas / donde la espada en son de paz bajo el timbre / elemental del amor bautizado con hierbas de pureza”. Amoroso el vate suplica, implora perdón y comprensión, reconoce la cruda, pero bienvenida realidad de ser un poeta pobre, sin hacienda ni peculio, carente de patrimonio, con el coche averiado y la ropa de siempre, sin más bienes que los que la palabra le proporciona:” ...haciendo memoria / por caminos lluviosos hijodalgo sin más armadura / que su traje nuevo del pasado Señora desprecúpese / de la casa de la compra de la vestimenta (...) Confúndase conmigo en el amor que hace volar en pedazos / las tribulaciones (...) Apíádese de este descabalgado

poeta pobre Deme su larga paz / sonando fuerte sus siete sellos
atravesando despacio / mi entendimiento Cobíjeme”.

El poemario de Alencart es una defensa a ultranza del castellano, el bardo, armadura en cuerpo, adarga al brazo, lanza en ristre, escudado en su muy solidaria ordenanza espeta: “Sancho que escudas mi ahora ¡qué haremos / si al final del camino nos topamos con la iglesia verdadera?”; desenfunda la vieja y oxidada espada salmantina de su vaina con la finalidad de tomar valiente partido por la hache, la eñe, la ch, el subjuntivo y el pluscuamperfecto. No traiciona la lengua que ha sustentado su palabra poética; recurre a la onomatopeya, al remedo, a lo que más allá de lo que dice... dice: clip clip...shsss...shsss ... y afirma que la poesía, su poesía, es levadura, diastasa, catalizador de bienvenidas liturgias, y machaca: “pongo el oído sobre las pulpas de unas vocales / que el vulgo no estranguló con vísceras de mercado”.

El poeta certifica que su Quijote, que todo Quijote verdadero es mestizo, como felizmente somos todos los iberoamericanos; asertivo, confirma: “Desde indias / se oyen extrañas pisadas corazón de similar tamaño / cumpliendo horas de guardia atizando / la lengua que me interesa”. Y en un muy peruano hablar clama, suplica: “Madrecita mándame miel de abejas salvajes / Padrecito tuve que envujenecerte en sueños / para así seguir enterando los pies en el origen / para así seguir enterrando los pies en el origen / Abuelaza ahúmame la antena vegetal de los sentidos / y el sagrado corazón impresionable”.

Desde Salamanca –“hermosa luciérnaga de piedra”– Alonso Quijano Alencart y Miguel Alfredo Cervantes, al unísono, hermanos en la lengua común, en el propósito justiciero, sin melindres ni cortapisas comunican:

¡Deseadme que repose / como un rocín / de vértebras gastadas ;



Kousey Takenaka: Maestro de Maestros

Qué, finalmente.
Había un camino
Que debía seguir,
Ya me lo habían dicho,
Pero yo no pensaba.
Que sería hoy o mañana.
Ariwara – no -Narihira
Siglo IX

El maestro Miguel Elías invita a una cena-encuentro en el Palacio Fonseca para agasajar a Kousey Takenaka, su maestro de pintura asiática, quien, en compañía de su esposa Keiko y un grupo de amigos de allende y aquende, vino a Salamanca en ocasión de la obligada visita del maestro japonés a Valladolid, donde el Museo Oriental de esa ciudad organizó una exposición antológica de su obra bajo el sugestivo título de *Pinceladas Mágicas*. Así que entre maestros nos vimos los asistentes al evento patrocinado por la Asociación Takenaka-Busho, fundada en Salamanca en 2008, de la que, por la benevolencia de su presidente, el maestro y amigo Miguel Elías me hicieron bisoño, orgulloso e inmodesto miembro.

Un completo catálogo –ilustrativo y pedagógico– finamente editado en ocasión de la exposición vallisoletana fue obsequiado, lo que me permitió enterarme de la complejidad de la pintura japonesa

Territorios de la Pupila

y deleitarme con las reproducciones de algunas de las obras más singulares del maestro Takenaka. De su lectura, tome nota de las diferentes temáticas de la pintura “SUMI – E”, también conocida como “SUIKOBUGA”, por la que Takenaka es mundialmente reconocido, a saber; la “Kachoga”, pintura de pájaros y flores; la “Sansuiga”, pintura de paisaje la “Jimbutsuma”, pintura de figura. Lo significativo de esta milenaria técnica pictórica, originaria de China en tiempos de la dinastía Tang (618 – 907), radica en que - como su nombre en chino –Shui -mo lo indica- se aplica a la pintura ejecutada en un solo color con tinta china.

Las obras que integran la excelentemente curada muestra del maestro Takenaka son fidedigna expresión tanto de una indudable destreza en el uso de la difícil técnica del Sumi-E como de una emoción indiscutible por los diversos temas que el artista desarrolla en su polisémica obra. Hay de todo y muy bueno:

Animales de tierra, aire y mar: gorriones inquietos, fieros tigres, gregarias abejas, milenarios dragones, monos contemplativos, pacientes bueyes, carpas trepadoras, salmones japoneses, gatos mimosos, serpientes al acecho, caballos al galope, gallos madrugadores y rapaces halcones.

Flores y árboles de todo color y tamaño: bambúes hospitalarios, cerezos rojos y en flor, uvas generosas, peonías e idiosincrásicas flores de loto, calabazas, kakis, magnolias, rosas y nísperos se dan cita en el emocionado, en el a la vez sobrio y multicolor jardín del artista.

Figuras humanas variadas también ocupan el espacio pictórico de Takenaka: niños dormidos en su inocencia, leales y fieles samuráis, excéntricos ermitaños, el mítico Shoki y el impasible Daruma en ininterrumpida emoción, cohabitan por igual en la morada gráfica del artista.

Dioses y diosas tienen igualmente su propio Olimpo en los papeles del pintor: Hotei, el dios de la felicidad y de la abundancia, y el bodisatva Kannon, la divinidad de la misericordia, presiden el altar del pintor convertido en regocijado feligrés.

Paisajes nevados y neblinosos, azules y grises, húmedas cascadas y montañas empapadas, islotes sagrados e islas no tanto, integran las vistas del archipiélago personal de Takenaka.

Entre viejos y nuevos amigos transcurrió esta velada para el recuerdo, al filo de la medianoche, el versátil y polifacético maestro Takenaka –diestro judoca, ex policía, osteópata, profesor universitario, maestro de maestros, y sobre todo excelente artista plástico– deleitó a los sorprendidos colegas con la interpretación de un par de canciones españolas que ameritaron un espontáneo y merecido aplauso de fraterno reconocimiento a este maestro de la pintura japonesa y de la amistad universal.



José Martí: La Sencillez de la Complejidad

A Juan Jesús Cabrera, martiano confeso.

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma.
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

JOSÉ MARTÍ

En 1891, el errante José Martí publicó en Nueva York un poemario titulado *Versos Sencillos*. El propio bardo explica las circunstancias y motivaciones que privilegiaron la publicación de ese poemario, por encima de otros como *Versos Libres* o *Versos Cubanos*: “Se imprimen estos versos porque el afecto con que lo acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras”.

Y nada más cierto el poeta se vale de la sencillez para adentrarse en la complejidad de lo humano; no le son ajenos los sentimientos más intensos que el hombre experimenta y que pueden asumir formas distintas y contrapuestas: el amor, la traición, la amistad, la libertad, las rencillas, la esclavitud y hasta la propia muerte, afirma el escritor: “Yo sé los hombres extraños / de las yerbas y las flores, / Y de mortales engaños, / Y de sublimes dolores”.

Territorios de la Pupila

Martí se declara amigo a rajatabla, no puede concebir la existencia sin el afecto de y por sus semejantes, sus versos sencillos se solazan en el canto al amigo, en el himno al compañero; exaltan la camaradería y la colaboración sincera y solidaria entre los seres humanos. Por una parte, expresa “Si dicen que del joyero / Tome la joya mejor / Tomo a un amigo sincero / Y pongo a un lado el amor”; por la otra escribe: “Cultivo una rosa blanca / En julio como en enero, / Para el amigo sincero / que me da su mano franca”.

Por supuesto que el amor cortesano con todos sus arrebatos y pasiones también se hace presente en la compleja sencillez de los versos de Martí. Lúdico, lujurioso, amoroso, el poeta se solaza en la evocación de los momentos de felicidad compartidos con la amada: “Yo visitaré anhelante / Los rincones donde a solas / Estuvimos yo y mi amante / Retozando con las olas”, o bien, “Mucho, señora, daría / Por tender sobre tu espalda / tu cabellera bravía, / Tu cabellera de gualda: / Despacio la tendería, / Callado la besaría”.

El poeta reconoce que el amor por la pareja por más genuino que sea, no escapa a la penitencia de los celos ante el comportamiento y actitudes de la amada. En efecto, Martí informa: “Por tus ojos encendidos / Y lo mal puesto de un broche, / Pensé que estuviste anoche / Jugando a juegos prohibidos. // Te odié por vil y alevosa: / Te odié con odio de muerte: / Nausea me daba de verte / Tan villana y tan hermosa”.

La traición y las rencillas, pasiones tan contradictoriamente humanas como el amor y la amistad, encuentran espacio en los sencillos versos del poeta, quien las repudia con fiereza. Expresa Martí, experimentado y conocedor: “Yo sé las historias viejas / Del hombre y sus rencillas; / Y prefiero las abejas / Volando en las campanillas // Yo sé del canto del viento / En las ramas

vocingleras: / nadie me diga que miento, / Que lo prefiero de veras”.

Contra la ruin traición, Martí - valeroso - empuña el arma que con indudable maestría maneja a su antojo: sus versos. El poeta sin tapujos expresa: “¿Qué importa que tu puñal / Se me clave en el riñón? / Tengo mis versos, que son / Más fuertes que tu puñal // ¡Qué importa que este dolor / Seque el mar y nuble el cielo? / El verso, dulce consuelo, / Nace alado del dolor”.

Martí utiliza su poesía como arma justiciera para denunciar la trata de negros que condujo a millares de inocentes esclavos desde su África natal a las diferentes colonias de los imperios que promocionaron y ampararon a la esclavitud: “echa el barco, ciento a ciento, / los negros por el portón”. Sobre la esclavitud –pesaroso y acongojado– versifica: “Yo sé de un pesar profundo / Entre las penas sin nombres: / ¡La esclavitud de los hombres / Es la gran pena del mundo!”

La poesía de Martí es valiente, montesa, peleona, bravía, indomable, no transige con la injusticia ni con los sojuzgamientos de ninguna especie:” Mi verso es de un verde claro / Y de un carmín encendido: / Mi verso es un ciervo herido / que busca en el monte amparo. // Mi verso al valiente agrada: / Mi verso, breve y sincero, / Es del vigor del acero / Con que se funde la espada”.

Su poesía es igualmente solidaria con los condenados de la tierra, los explotados, los excluidos, los marginados, los que viven cotidianamente “*como vaya viniendo, vamos viendo*”, esperando el día de esperar también; el poeta no deja ningún rescoldo de duda: “Con los pobres de la tierra / quiero yo mi suerte echar / El arroyo de la tierra / Me complace más que el mar”.

Toda la vida del poeta libertario estuvo signada por su decisión de independizar a su Cuba natal del yugo español. Con y por

Territorios de la Pupila

la independencia Martí vivió y murió: “Yo quiero, cuando me muera, Sin patria, pero sin amo, / Tener en mi losa un ramo / De flores – y una bandera! A su muy querido unigénito hijo le aconseja perseverar en sus creencias libertarias, y defender - a capa y espada - la emancipación y la libertad de su patria; en sentidos versos le comunica: “Vamos, pues, hijo viril: / Vamos los dos: si yo muero, / Me besas: si tú... ¡prefiero / Verte muerto a verte vil”.

Consciente de la levedad de la existencia, de lo efímero del vivir, así como de la necesidad de dotar a la vida de trascendencia, de un objetivo superior por el que valga la pena vivir y morir, José Martí visionario, patriota, cubano hasta los tuétanos, teniendo siempre en mente la independencia y la libertad de su vilipendiada patria, escribió con versos sencillos su propio epitafio:

*Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.
No me pongan en lo oscuro
A morir como un traidor.
Yo soy bueno, y como bueno*

¡Moriré de cara al sol!

Elvia Ardalani: *De Cruz y Media Luna*

Alegre y consternada / abierta a la pared de
las memorias / de una especie brutal / me
reproduzco.

Los términos cruz y media luna sugieren enfrentamiento, pugna, tensión, guerra: traen a la memoria los atávicos conflictos que han caracterizado la historia desde los tiempos ancestrales, y que aún hoy, incomprensiblemente, conmueven al mundo contemporáneo. Rememoran la sangrienta conquista de Jerusalén por unos cruzados cristianos amparados por la Cruz (*Dios lo quiere*) y las batallas del sultán Saladino que propiciaron la recuperación de la Ciudad Santa para júbilo de los seguidores de la Media Luna. Sugieren el denodado esfuerzo de los panaderos vieneses para darle forma al croissant y comerse figuradamente a la Media Luna que flameaba desafiante en los lábaros de Solimán el Magnífico durante su asedio a Viena. Evocan la Batalla de Lepanto donde los barcos de la Cristiandad, comandados por Juan de Austria, derrotaron a los bajeles otomanos del islam, liderados por Ali Bajá, para expulsar definitivamente al *turco* del Mediterráneo y devolverle la tranquilidad al Papa Pío V, a Felipe II y a los demás aliados de la Liga Santa. No me atrevo a comentar los más recientes y cruentos acontecimientos en los que la Cruz y la Media Luna

Territorios de la Pupila

se han enfrentado de nuevo para confirmar que el hombre está hecho para la guerra y no para la paz.

Afortunadamente, este no es el caso del poemario *De Cruz y Media Luna*, Claves Latinoamericanas, Edición bilingüe, México, 2006, en el que Elvia Ardalani (Hermosa Matamoros, 1963) resuelve los conflictos inveterados, las pugnas milenarias, las luchas fratricidas; amparada por los versos de Jalal —e— Din Molana Rumi, la poeta expresa su pacífica y amorosa intención poética: “Los amantes tienen una fe propia. Su sólo credo es el amor”.

Y es que esta poesía sincrética, mestiza, híbrida, conciliatoria, viene del amor y a él se debe. La poeta —profesora también de Lenguas Modernas de la Universidad de Texas— Pan American —desposó un kurdo iraní de Kuymars por nombre, con quien ha procreado tres hijos: Arz, Shwan y Horam. Muy tempranamente la rapsoda aprendió que no había casado sólo un cuerpo diferente sino también una cultura, una religión, una familia de otro cuño y naturaleza. Sin ambages, Ardalani, amorosa, admite: “Camino con tus pies, / reconociendo en cada callejón, la última piedra. / No me avergüenzan nada mis zapatos sumisos / que te siguen por la escarpada ruta de la infancia / ni mi torpeza para vestir el velo (...) Camino con tus pies / porque no tengo más camino que el tuyo / más jornada que ésta de callejuelas intrincadas, / de casas labradas en la arena / y mujeres que asoman para vernos pasar / mientras andamos con tus pies desolados, / y las manos unidas, buscando los restos / de tu padre”.

El poemario de marras es un permanente y sentido canto a un amor que tiene dimensiones diferentes y complementarias: es una trova al amor colateral expresado en ardientes y eróticos versos que la amante dedica extasiada a “un compañero en la luz, compañero en la sombra” que súbito arribó desde el Oriente persa para colocar entre sus piernas “la espada de esmeraldas / que matará el dragón” y liberada de prejuicios y amenazas transportar, así

como se tratara de un cuento de las *Mil y una noches*, a la amada –a su Sherezade tropical– a las arenas enredadas por el viento, “a la selva que nos guarda / de la muerte insalvable / el indómito espacio temporal / que nos ata”. Elvia sucumbe sin defensas ante el embate apasionado, ante la cimitarra desconocida, pero bienvenida, que desgarrar ansias y humedece tempranera la arcilla de cuerpos sin apremios. Confiesa sin ambages la poeta que: “somos dos mudos ciegos / dos sílabas unidas / en mí trenzas tu vientre / en ti trenzo el infinito / el grito de mi boca mordida / que te llama / para mi noche sólo / tu noche oscura y vasta / para mi noche sólo / tu jungla amanecida”.

Amores plurales y sin contradicción son traducidos también en versos de tolerancia y esperanza. Libre de ataduras devotas e inquisitoriales, la poeta emprende el rumbo de lo ignoto para construir inéditos viables, novedades posibles. Sacudida por lo no visto, pero ahora conocido, interiorizado y comprendido, la poeta visita realidades propias y recuerdos ajenos: los padres de su esposo, sus suegros lejanos pero próximos, son rememorados para hacerse presencia en una poesía que anula distancias y diferencias.

Habib, el también abuelo, perseguido por comunista, oculto de la aterradora policía política en un sótano inhóspito, es evocado en su vida y en su muerte, Elvia escribe: “Te imagino, Habib, / te imagino pensando en tus nietos, / maderos de una cruz desconocida, leche clara / de tu alta media luna, / y les escribes, / les mandas una carta que nunca llegará / cuando tu no estés, / cuando hayas huido al fin por la ventana de tu cuarto / subterráneo / para dejarnos sólo la imagen de tu mundo escondido, / abuelo, / *babá bozorgh*, / te imaginamos”.

Y esa muerte única es paradójicamente doble, porque el hijo desconsolado, el esposo desolado, el padre acongojado, muere también con el progenitor lejano, con el patriarca que salió de la oscuridad para morir a la luz del día; la poeta lo retrata en sus

Territorios de la Pupila

afueras y en sus adentros: “Con tu camisa negra, con tus miedos, / arrepentido de ser cuando él ya no es, / con los ojos ceñidos por círculos morados, / con tu sueño de niño atosigándote y quizá/ algún monólogo continuo permutando vigiliias, / te preguntas entonces como viven / los huérfanos”.

Arababé, la madre, la esposa, la abuela, la suegra, es también objeto de versos que hablan de ternura y de libertad; rememora la poeta sus piadosos rezos en la mezquita: “limpias sus manos y sus pies, / contrito el rostro”; hablándole a su otra madre, a la otra abuela, la materna, “verbal, impredecible, emocional”, la poeta mexicana concluye: “entonces el recuerdo me devuelve a *arababé*, / cantando en su lengua de hielo / y el olor a madera / a quién sabe qué cárcel / se desprende”.

Pero son esos juramentos indelebles –sus hijos– aquellos que como girasoles brotaron de un mar desconocido para hacer árbol fecundo a sus huracanadas entrañas –edientas de nuevas luces y claros, alimentados todos espléndidamente por el pan del vientre de la escritora– los que concitan sus más sentidos versos de amor, paz y reconciliación. La poeta los sabe mestizos en sangre y en cultura, Para ellos escribe este poema insigne, que le da título al libro, digno de estar en cualquier antología de poemas por la tolerancia, de versos para la concordia. Disfrutémolo pacíficamente en toda su cadencia y extensión:

*De cruz y media luna te forjamos la sangre
en una noche oscura,
ancestral y callada,
donde el amor perdió la pista de la historia.
Nos amamos sin miedo,
sin culpas de otros siglos.
Cerramos la ciudad.
El portón cobrizo del deseo nos protegió los nombres.*

*Le amé como una hambrienta,
me amó como un sediento.
Aprendí que en él podía ser otra,
Aprendió que en mí podía ser otro.
Depositamos la semilla sagrada
en el azul violáceo de mi vientre y esperamos en paz.
La noche del eclipse brotaste como el fuego.
Los pájaros callaron.
Él y yo nos miramos.
Hundimos los reproches de mil generaciones
en el dátíl oscuro de tus ojos, en ti, recién llegado.
Yo coloqué la cruz que llevas en el pecho.
Él te puso en las manos la media luna blanca.*

Y para que no quede ninguna duda de la vocación ecuménica de su poesía, del sustrato conciliatorio de sus versos, del contenido tolerante de sus más íntimas palabras, la poeta madre —regalándole su lengua— le comunica al hijo de dos razas, religiones y culturas, el de la Cruz y la Media Luna:

*Tu padre te enseñará a rezar
inclinando la frente sobre el suelo
sencillo y limpio de una alfombra.
Hacia el este tu cara infantil
intacta de nostalgias.
Te habré enseñado yo a arrodillarte
y a cruzar por tu rostro la señal de otra fe.
Quizás un día te venga bien
recostar tu rostro adolorido sobre el
suelo y repetir un Padre Nuestro*

Territorios de la Pupila

*o arrodillarte en una iglesia y cantarle
a Dios el Misericordioso, el Compasivo.
Se vale rezar en cualquier lengua
o no rezar.
La oración eres tú.*

José Pulido Navas: Los Tiempos del Tiempo

Me levanto muy temprano.
Corro al autobús, tomo el tren, el avión,
busco atajos para ganarle tiempo
al tiempo que me ignora y me condena
a descender por un río
cuyas aguas no sacian mi sed.
Yo no me detengo en las cosas
ni poseo su corazón: las dejo atrás
mientras mi sombra resbala en las paredes
para buscar sin tardanza lo inmediato.
Cuanto más lo apuro, cabe menos vida
en un tiempo incapaz de iluminar
la accidentada geografía del instante
y recoger sus frutos.

JOSÉ PULIDO NAVAS

El poeta Pulido Navas acaba de obtener en Salamanca el *Premio Pilar Fernández Labrador* por su poemario *La Metáfora del corazón*, verdadero compendio de tiempos desiguales, disparejos, accidentados, tiempo que es a la vez un solo tiempo y muchos tiempos, y hasta – paradójicamente – tiempo – espacio.

El escritor se sabe temporal y temporario en ese cotidiano menester que denominamos vida, existencia, en fin, tiempo encarnado para que la finitud finalmente venza, a pesar de los anhelos de eternidad

Territorios de la Pupila

y trascendencia del existente; expresa Pulido: “Acepté la herida del instante y su belleza, / los preceptos del recuerdo. / Escritos en cada cicatriz / los manuales del superviviente, / el lento aprendizaje del olvido, / la llama que enciende el tiempo / como leña en el hogar de la memoria”.

Tiempo contradictorio que el poeta experimenta en carne y versos desollados que dejan a la intemperie una existencia anhelante de continuidad, en permanente lucha contra el implacable olvido. Pulido es consciente de la dualidad que acompaña al hombre en su fugaz tránsito por los predios de un tiempo despiadado y nada complaciente, sin miedos ni remilgos asienta:” Le fue entregado el tiempo / y todo lo que aspiró a la vida / recibió el salario de la muerte. / Descubrió la pérdida en su plenitud / y fue su más preciada posesión, / la única que pudo retener / entre todas las que, al cumplirse, / le fueron por la vida arrebatadas. / En lo secreto de su corazón siente, vacío, / el agujero de gusano donde la nada espera”.

Muchos tiempos integran el tiempo del poeta, los hay tiernos y amorosos humedecidos por la saliva del beso apasionado, “desconcertante batalla librada en el placer/ de los cuerpos que se encuentran”; otros son fríos y en la nieve eterna de las escarpadas montañas de Pulido ameritan de cálido abrigo y protectora bufanda:” El frío despliega el plumaje de la nieve. / Su silencioso canto cubre la osamenta / de los árboles desnudos, / la fatiga de los viejos edificios /_adormece entre sus sábanas el musgo de la tarde / bajo la nana de un cielo de metal”. Hay también tiempos danzantes, solazados en el ritmo y el compás de una música que sólo el rapsoda escucha. El escritor sabe que el tiempo puede ser inamovible, hierático, inexpresivo, como una estatua de gastado bronce enervada de ser vista y fotografiada, así asevera contundentemente: “En la estatua del parque se demora, / inquietante, un suceso no acabado; / el dolor del titán encadenado / a las puertas del tiempo, que lo ignora”.

En su *Eclesiastés* literario, Pulido sabe, conoce, afirma, que hay un tiempo para cada circunstancia, que escribir no es un acto uniforme e indiferenciado, hay entonces, dice el poeta, un tiempo específico para la poesía y otro para la narrativa. El poeta se ensancha y asienta que en su intransferible quehacer, el narrador garabatea de particular manera: “Tiendes una red invisible de palabras / para atrapar las aves más pequeñas / del sentido, su diminuto polen. / Mueves un alado engranaje, / haces brillar en la noche mecanismos / que disuelven la solidez de la experiencia / y cumplen el deseo más humano: / recuperar lo perdido, la maravilla / de una gota donde cabe todo el mar. / Del personaje al nombre que lo busca / aspiras a la comprensión del agua, / donde las cosas se miran y saben / que en su esplendor comienza el olvido”

En lo que concierne al tiempo de la poesía, el genuino y experimentado bardo es también cabal en su apreciación diferenciadora, y –mestizo– se sitúa a uno y otro lado de un Atlántico poético:” Jorge Manrique y Nezahualcoyotl; el noble de Castilla y el señor de Tezcoco: / Caudillos de hombres en la guerra, solitarios en el combate del silencio y la palabra, se asoman desde un lado y otro del espejo a la pregunta interminable del mar. // Cuando Manrique avisa de la brevedad de la existencia y la vanidad de las glorias de este mundo en versos de sonora enjundia castellana, / el azteca le responde con la frondosa sonoridad del náhuatl que somos tan solo un instante. / Su esplendor, como la pluma esmeralda del quetzal, está condenado a perderse. // Saben que la aventura solo vuelve a serlo en las palabras que la cuentan, la distancia en el retorno del viajero, la plegaria en la sangre que al héroe levantó de entre su pueblo, el deseo con el amor se manifiesta. Pero no muere con él. / Más allá del tiempo y la distancia, sobre un abismo nunca atravesado, en el corazón de su lengua, dialogan los poetas sobre el mismo dolor, la misma herida, la lucidez sin descanso de ser hombre. / Unidos en la más honda hermandad, en una misma y nostálgica mirada ante la muerte”.

El polisémico tiempo de Pulido es ciertamente nocturno, lo iluminan lunas propiciatorias, cada una orgullosa de su particular refulgencia. En consecuencia, el poeta convoca a diferentes lunas para que esplendan sus versos a fin de que no perduren ocultos, ignorados, en la espantosa oscuridad de carpetas y portafolios. Presentes están, los astros convocados por el poeta: la luna de la nostalgia, la dormida, la del presentimiento, la de la Sibila y la de la coincidencia, la del sueño también se hace evidente, sin que falte, por supuesto, la luna llena que todo lo alumbra en su intenso fulgor. Personalizado, *enlunado*, el poeta versifica: “El Hombre de la Luna se convierte / en liebre, en rana, en caballo... Distinta / es su forma cada vez que lo miras, / caprichoso escultor de la sombra. // El Hombre de la Luna lleva a la espalda / un gran saco cargado de sueños / y en ellos concede el deseo y la duda, / la visión del espectro, / su escalofrío como un licor de escarcha. // El Hombre de la Luna atraviesa el espejo, / pasa de la adivinanza al destino, / del filtro de amor a la pesadilla; / despierta en la pasión de la estrella / la lujuria de una eterna mudanza / un sueño que al cumplirse nos transforma / para morir con él”.

El poeta se despoja de prejuicios y secretos, magnánimo desvela la íntima metáfora que durante mucho tiempo de sus particulares y diferenciados tiempos fue pergeñando, concretando, puliendo y acicalando, para que –finalmente– le dieran título a un denso y sentido poemario, acreedor por destacado mérito del importante premio salmantino que honra la obra y trayectoria de la Concejala por antonomasia de la cultura en la ciudad de los saberes. Leamos la confidencia de Pulido Navas:

*Metáfora del tiempo, el corazón
encarna su fluir en el latido,
vivo reloj que en las flores de la sangre
desboja los segundos
con lentitud, con suma urgencia.
Su emoción es la única medida.*

*Escrito en la piel un memorial de cicatrices,
guarda para sí la que más duele,
cuya íntima verdad solo a él le importa.
Es el templo en cada hombre levantado
con la arena de la eternidad,
el escenario para un solo actor
que dice ante el espejo su tragedia
en un monólogo de muchas voces.
Pozo sin fondo el corazón, el tiempo
en él quedó atrapado,
es la balanza con la que pesa la vida,
el reloj que la mide, la lente que la observa
y embellece el instante bajo la lupa de su luz,
llora su ausencia en el ciego apetito del presente.
Metáfora del corazón, el tiempo
extiende sus alas por mi carne,
encuentra a la existencia su sentido,
aprende a amarla mientras él se va
y no puede retenerla.
Gasta el corazón su tiempo, no le importa
su espada de un cabello suspendida,
su flecha sobre el arco, a punto de partir.
Puñado de monedas que lleva en el bolsillo
y paga el primer café de la mañana,
el autobús cogido en el último momento,
la llamada que nunca recibiste.
Instantes que son vida, que hieren cuando pasan
y dejan en el corazón su huella, su música,
su olvido.*



El *Locus Standi* de José María Muñoz Quirós

Voy muchas veces a zaga de mí mismo,
persiguiéndome, acechándome siempre.
No veo el sentido que tiene todo este vivir
en el vacío, en el hondo pozo de mis días.
Voy, lo sé, sacrificando
todo por ser, por existir, por estar cerca
de espejos invisibles y caídos.
Frágil es el camino que no retorna nunca.

JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS

El más reciente poemario de José María Muñoz Quirós es un canto a la existencia, una reflexión lírica sobre los talentos básicos del ser humano que se reconoce, reconoce y es reconocido, sabiéndose incluso competente para representarse a sí mismo y ejercer el *locus standi*, es decir, el derecho a exigir la felicidad personal, la alegría de vivir plenamente, el contento de estar en el mundo. El poeta afirma que con frecuencia: “caminamos vacíos, sin darnos cuenta / de quién nace o quién muere. Somos / partícipes del incierto destino, / de las cosas que huelen a desgana. / En este juego ganamos la partida.”, y a ganador apuesta.

El libro *Locus standi*, Editorial Políbea, Madrid 2016, es genuina expresión de una poesía vivencial, en la que Muñoz Quirós

Territorios de la Pupila

asume por igual su *allá y entonces* y su *aquí y ahora*; dimensiones fundamentales de un existente que tiene plena conciencia de donde viene y donde está, el escritor expresa sin remilgos: “descubro lo que en mí estaba oculto / y lo que ahora reconoce su voz / en un frágil paisaje / dormido en mi memoria”.

Recuerda, invoca, rememora el poeta para que el olvido y la desmemoria – “donde yo vivo nace la nostalgia / de lo que ya se ha ido” - no avasallen al presente que desea disfrutar a plenitud. *Carpe diem* es el lema implícito de los versos de Muñoz Quirós, quien, a verso pleno, confiesa: “me he acostumbrado a apresar / el lento pálpito de los días / Así nos acercamos hasta el borde, / a la orilla tibia de las horas, / hasta el oculto misterio del misterio” y aconseja: “VIVE así, bebiéndote los días en el vaso del tiempo”.

El escritor disfruta enormemente de las bondades que ofrece el entorno de su existencia: la luz y su extraña presencia., los pájaros que huyen en bandada, las sombras que habitan en los páramos desnudos, la nieve blanca como el pan que sacia el hambre de todos los días, las cumbres de Gredos, el verano y el invierno, la lluvia y la sequía, el olor de la tierra, el fulgor del frío, el cauce del Tormes, el surco en el barbecho y la furtiva neblina, en fin, nuestro poeta no vive en vano, ni pasa despistado por la existencia, incapaz de saborear el placer que ofrece lo cotidiano, su emoción le permite tomar conciencia de lo que lo entorna y contribuye a definir su presencia en esta tierra.

Muñoz Quirós, en su madurez de hombre y de poeta, sabe muy bien a qué atenerse, sin aspavientos ni melindres asume a cabalidad el futuro que intuye y desea:

“Lo que espero está escrito en esa cima / que se somete a la tarde / creciendo entre las sombras. No me duele su muerte, / no me daña la pregunta / que

Enrique Viloria Vera

*indaga y brota en el fondo / del día cuando cesa y se pierde. / Espero que esos
dedos invisibles / me desnuden el alma. No he tenido / más libertad jamás.
Cuando me abogo / en esa paz, renazco, habito / otro incierto momento. /
Espero que esta altura me transforme / en el frágil silencio que me alcanza”.*



Esta Gente: Dos Pasiones Encontradas

¿Cuándo comenzó a ser esta gente para nosotros mismos?

Esta gente es la realidad escindida que se nos metió en el tuétano

de los huesos y pudo con Gumersindo, y está pudiendo con cada uno de los treinta millones de venezolanos, porque esta gente,

somos nosotros todos, nadie escapa de ella. Siendo así no veo cómo esto va a cambiar en el futuro inmediato, esta gente no tiene un final previsible...

FRANCISCO SUNIAGA

La más reciente obra de Francisco Suniaga, *Esta Gente* (Random House Mondador, SAS, Bogotá, 2012) puede ser considerada como una novela de dos pasiones encontradas. Recordemos que una pasión, de acuerdo con el DRAE, tiene varias acepciones, entre ellas subrayamos las siguientes: por un lado, inclinación o preferencia muy vivas de alguien a otra persona, y por el otro, apetito o afición vehemente a algo. Ambas acepciones nos proporcionan los criterios con que vamos a interpretar la novela *Esta Gente* de Suniaga. Dos pasiones encendidas son, en nuestro criterio, los fundamentos de la trama que se desarrolla en una isla,

Territorios de la Pupila

Margarita, proclive y detonante de pasiones tropicales de diferente cuño y sino.

La primera de esas apabullantes pasiones, es de tipo carnal, esa que se traduce en la inclinación, en la preferencia muy viva de alguien por otra persona, ésta es la que experimenta feroz y desgarradamente José Alberto Benítez –ese abogado margariteño cercano a los sesenta años de edad, excelentemente formado en los asuntos de su profesión en Venezuela y en Alemania, correcto en sus actuaciones, casado a los treinta años con la maestra Elvira e iniciado tardíamente en el sexo, en Boston, con una moza cubana –por Dinorah Josefina Terán Machuca– Fiscal Cuarto del Ministerio Público en la Circunscripción Judicial del Estado Nueva Esparta, tachirenses, cuarentona, soltera y en la denodada búsqueda de un cada vez más difícil compañero que le alivie la soledad presente y futura. Ocurre que Benítez, el puritano, aquél para quien “el sexo de una mujer continuaría siendo (...) un misterio ecuménico al que iba a destinar horas y horas de ensoñación por el resto de su existencia” se topó de buenas a primeras, sin anestesia, verdaderamente, en vivo y en directo, con el sexo depilado de Dinorah, con “la venerable concha de una mujer absolutamente pelada –como se imaginó que habían sido todas antes de que existiera la vergüenza en el mundo– por lo del oscurantismo sexual, poco faltó para que aplaudiera y gritara ¡bravo! Se abalanzó sobre ella con el empuje de un mastodonte prehistórico en celo; quería tocarla, besarla, lamerla, pasar su rostro por aquellas mejillas suaves y trémulas: Tal fue el nivel de exposición de sus atavismos que ella luego se jactaba: *Yo a usted ya lo tengo dominado con mi totona mágica, José Alberto*”.

Y así sigo siendo hasta que otra pasión más sublime se impuso sobre ésta de carne, cama y sexo. Sin embargo, durante un contradictorio período de varios meses, signado por el goce y la culpa, el abogado Benítez y su estrenada amante se encontraron en la casa de ella, para disfrutar diariamente del placer de los amores

furtivos, a fin de evitar, en lo posible, el riesgo, la incomodidad, el desaseo, el peligro, de los hoteles de turismo o de los dos baratones *moteles de comida rápida* de la isla.

Por ese tiempo el estado de ánimo del jurista era de fiesta y esplendor. En efecto, señala el escritor: "...se sentía eufórico, optimista, un varón en el pico de su capacidad sexual, capaz de cumplir con la responsabilidad que la madre naturaleza le había impuesto a su género: aparearse con hembra capaz de procrear. En otras circunstancias y tiempos, esa felicidad inusitada lo habría llevado a presagiar que alguna tragedia estaba por ocurrir y a desplegar cierta cautela, pero, enamorado y ciego de lujuria como se encontraba, no quiso pensar en augurios buenos ni malos. Contrario a lo que había sido su historia personal – una larga sociedad con el pesimismo– se negaba siquiera a considerar su dicha inesperada como una anormalidad sospechosa. Más aun, se lisonjaba con las posibilidades de felicidad erótica que le inspiraba su nueva pareja y vivía el sueño de un renacimiento sexual con visos de eternidad, sí, un hombre en el cénit de su vida”.

Y como es habitual lo que iba a ocurrir, sucedió, y sobrevino en el peor momento de su historial erótico, Benítez comenzó a experimentar unas ganas constantes de orinar y la incomodidad de no poder hacerlo plenamente, situación que imputaba a causas distintas a la de una impensable y lejana enfermedad de próstata. Sin embargo, al año de esas dolencias, un lunes en la mañana, al orinar, el jurista experimentó un severo ardor en la uretra que achacó al picante añadido a unos calamares el domingo anterior en un merecido y familiar día de playa. Luego de varios y sucesivos desagradables episodios al momento de ir al baño, Elvira –la fiel y preocupada esposa– lo convenció para que fuera al médico.

“Cheo” Villarroel su médico amigo y viejo compañero de aulas, lo trató y prescribió hasta que fue inevitable la operación para resolver la hiperplasia que padecía. Después de la exitosa intervención,

Cheo le comunicó a José Alberto, aquello que no quería escuchar en esos momentos de hinchidos placeres sexuales, de coitos excepcionales y orgasmos sin parangón: “En cuanto al sexo (...) te recuerdo la prescripción: tienes una cuarentena mínima de un mes. Bajo ninguna circunstancia la viones, aunque te sientas bien, porque el coito es traumático, te puedes lastimar seriamente y sangrar, es una herida abierta la que tienes allí adentro, no lo olvides”. Elvira lo entendía con resignación, Dinorah, por el contrario, lo urgía con ardor: “¿Y va a esperar tres semanas para que nos veamos de nuevo? Bien podría invitarme a una comida un día de estos. Ande, invíteme a almorzar la semana que viene...” Y el abogado invitó a yantar a la fiscal, sin imaginarse la importancia que tendría ese almuerzo en el destino final de su relación adúltera con la infatigable y demandante tachirense, a la que visitó –vencida la cuarentena, temeroso y con el corazón enloquecido– esperando a solas y en la cama con Dinorah, la llegada del ansiado momento: “A pesar de sus temores, todo funcionó a la perfección, todo excepto su cerebro, que volvió a jugarle una mala pasada. La preocupación por tener un coito de excelente calidad, para demostrarle a ella que era un verraco (...) El coito iniciado con óptimos augurios devino en un acto mecánico, sin contenido, y su erección languideció sin estrépito, pero de manera definitiva, incapaz de producirle placer a ella ni sentido a él. Algo se desconectó entre su cabeza y su miembro y de nada valieron el reposo, las caricias de ella, las explicaciones que ambos se dieron ni la confianza ciega que tenía en la industria farmacológica. Gallo postrado, sentenció con amargura”.

Ciertamente la pasajera felicidad de Benítez con Dinorah no estaba exenta de dudas y prejuicios relacionados con la injusta traición a Elvira, con el reiterado adulterio con A de aventura y atrevimiento. De allí que una tarde, una de esas de bienvenida tertulia con los camaradas de siempre en la Plaza Bolívar de La Asunción, el abogado contertulio se franqueó con su viejo amigo el psiquiatra Pedro Boadas y le confesó: “Estoy enredado... con otra mujer (...)

la verdad es que no podría explicarte con precisión de qué va esta relación, porque ciertamente tiene varios ingredientes, aunque el sexo, lo reconozco, es el factor principalísimo”. Boadas escuchó con atención el detallado relato de su adúltero compañero, para simplemente ilustrarlo y aconsejarlo acerca de su delicada situación: “No estás viviendo nada nuevo José Alberto eso es lo que, en Margarita, desde maríacastaña, hemos llamado *encueramiento* (...) Pues ya llegará el día en que tendrás que saber cuál es el punto de quiebre”.

Y la otra pasión libertaria que anida en *Esta Gente*, hizo vertiginosa su aparición en la vida del abogado para generar inesperados e inauditos hechos y situaciones, y propiciar de paso el ansiado punto de quiebre requerido por Benítez, el amante, para disolver el vínculo adúltero y retornar al conyugal.

En efecto, un día sin más, Gumersindo Salazar –su ex profesor en el Liceo Rísquez, periodista y editor, cronista de Porlamar, amigo muy cercano del padre de José Alberto, integrante del grupo de señalados notables de la isla– se presentó, como ofrecido, a la oficina del abogado para hablarle “de un asunto muy importante”, un viejo sueño, una pasión militante, un proyecto por el cual estaría dispuesto a ofrendar la poca vida que le quedaba; “ver a Margarita, como un Estado libre e independiente, igual que Trinidad o cualquiera de esas otras islas del Caribe”.

Estupefacto e incrédulo, Benítez escucho pacientemente la monserga del anciano independentista, quien le adujo –entusiasta y convincente– razones muy de fondo y de diversa índole: históricas, jurídicas, políticas, antropológicas, idiosincrásicas, para justificar aquello que los ojos y el entendimiento del abogado se negaban a admitir, dado el peligro inmanente y la trascendencia de la pasión de Don Gumersindo; una pasión patriótica, sublime, libertaria, que no tenía nada que ver con la suya de bajo vientre,

de orgasmos bienvenidos en medio de un adulterio ejercido con arrebatado en lecho ajeno.

El anciano adujo argumentos de distinto tono y naturaleza en el intento de enrolar a su ex discípulo en las filas de su descabellada causa independentista, arguyendo de entrada y sin miramientos que: “Margarita nunca necesito de los gobiernos de Caracas para resolver las dificultades que podría traer consigo la insularidad (...) para nosotros ser una isla no ha sido un problema sino una bendición”. Para darle más énfasis a su argumentación, y ante el alegato de Benítez de que ese proyecto era un verdadero disparate, Salazar le interpuso además la incontestable realidad del imaginario caribeño tan pleno de realismo mágico, al que tampoco escapan los margariteños: “Por esta razón, en el Caribe, históricamente, no ha habido una idea, por loca que parezca, que no haya prendido, que no haya tenido seguidores, y algunas de ellas incluso se han impuesto contra la lógica más avasallante. Eso fue así desde los piratas y corsarios, pasando por Henri Cristophe, el negro esclavo de Haití que se proclamó rey, hasta nuestros días. Por ejemplo, ¿tú has visto una vaina más loca que tomar una sociedad moderna y gobernarla según las percepciones de la economía de Inglaterra que tuvo un filósofo alemán de mediados del siglo XIX? Un hombre tan irresponsable que, mientras escribía sus teorías los hijos se le morían de hambre. Algunos podrán pensar que es una tontería, pero nunca he seguido a nadie que no haya sido un buen padre de familia”.

El secesionista margariteño contaba además con dos grandes argumentos de fondo que servían por sí solos de poderosa sustentación jurídica de su propuesta independentista. El primero de ellos, tenía que ver con la absoluta nulidad del vínculo original de la Provincia de Margarita con la naciente Venezuela independiente, que la llevo a ser una de las siete estrellas del nuevo pabellón nacional, recuerda Salazar: “En Margarita, en la asamblea que representaba a los habitantes de esta isla, se designó diputado al

congreso de las provincias, de la Capitanía General de Venezuela, a un ciudadano de Pampatar, Manuel Plácido Maneiro (...) Por esas cosas de nuestra política, (...) mientras el congreso de las provincias de Venezuela estaba deliberando en Caracas, aquí en Margarita, donde había mucha gente que objetaba la elección de Maneiro, se realizaron unas maniobras que condujeron a la convocatoria de una nueva asamblea provincial de ciudadanos. En ella se destituyó a Manuel Plácido Maneiro como representante de la Provincia de Margarita y se designó a otro ciudadano, Obdulio Rodulfo (...) Rodulfo partió para Caracas tan pronto le resultó posible (...) Así que el nuevo representante llegó a Caracas exactamente el 6 de julio, un día después de realizada la sesión que declaró la independencia, pero, curiosamente, un día antes de que se firmara el Acta lo cual, y eso es un hecho histórico comprobado, se hizo el día siete. Fundado en los documentos que lo acreditaban como nuevo representante, Obdulio Rolando realizó gestiones para ser él que firmara el Acta (...) Juan Germán Roscio (...) para solicitar el *impasse* solicitó que el pleno del congreso designara una comisión que decidiera quién iba a firmar por Margarita (...) El dictamen de la fulana comisión (...) al parecer le dio la razón a Rodulfo. Digo al parecer porque la decisión nunca apareció registrada en acta alguna (...) Pasado un mes de la declaración de independencia (...) Rodulfo introdujo ante la secretaría del congreso una carta que montaba un auténtico libelo de demanda, donde solicitaba la nulidad de la firma de Maneiro y pedía que los amanuenses hicieran una nueva copia del Acta que debía ser firmada por él y, de nuevo, por los demás diputados del congreso. (...) Tengo en mi casa una copia de la carta introducida por Rodulfo (...) Hay un amigo, integrante de nuestro grupo, un historiador, margariteño de pura cepa, Pedro Incera, profesor universitario jubilado, que lleva una semana en Sevilla, consultando esos archivos y nos llamó para decirnos que ya dio con las cajas donde están los documentos del congreso de julio de 1811 (...) Si aparece ese documento (...) pues quedaría claro que la firma por parte de Maneiro, en aquella

fecha del siete de julio, estuvo viciada de toda nulidad y no habría discusión posible sobre eso. Esa acta, como te voy a explicar, se ha convertido en un documento increíblemente importante. Tan pronto lo tengamos...”

El segundo argumento jurídico de índole jurisprudencial tenía que ver, de acuerdo con la bordada perorata de Gumersindo, con decisiones del Tribunal Supremo de Justicia; según el independentista “... de esas sentencias se puede deducir que para el TSJ ciertos actos viciados de nulidad al momento de su realización no se convalidan nunca y, más aún, que el lapso para demandar su anulación es imprescriptible, infinito (...) A la luz de esta novísima norma jurisprudencial que ordena realizar de nuevo el acto viciado, y así subsanarlo en su origen el vicio, según me explicó el doctor Espinoza, sigue siendo nula, no se convalidó a pesar de los actos ratificatorios de esa voluntad realizados por Margarita como entidad política, y por los margariteños como pueblo, desde la independencia hasta nuestros días (...) según esas nuevas sentencias, formalmente, no somos parte de Venezuela, nuestro vínculo con la república nació nulo, y continúa siendo nulo porque no se convalidó con la realización de actos posteriores. En consecuencia, en sano derecho, sólo falta demandar la nulidad, según los nuevos criterios, y quedamos desligados de Venezuela”.

Benítez, quien fue consultado no por este asunto secesionista, sino para ver si ayudaba a construir un informe sobre la supuesta venta de Margarita, en tiempos de Gómez, a Alemania, se vio –entre ingenuidades e intrigas– envuelto en la revuelta secesionista, a riesgo de su propia seguridad personal. Gumersindo Salazar dio la rueda de prensa en la que anunció el proyecto independentista, fue hecho preso por traición a la Patria, confinado a un sucucho húmedo y maloliente, irrespetando su condición de octogenario enfermo, y sin que se le otorgara la prevista y justa detención domiciliaria. En fin, el privado de libertad –como eufemísticamente

llaman ahora a los presos— inició un ayuno que quince días después lo llevó a la muerte.

A todas estas, Dinorah Terán —Dino para su jefa—, la fiscal y amante de José Alberto, el abogado de Don Gumersindo, se negó enfáticamente a tener alguna consideración para con el anciano, argumentaba: “Usted está empeñado en que yo lo salve de sufrir las consecuencias de su insensatez y no puedo hacer eso. No puedo salvarlo de eso ni que fuese mi abuelo (...) La conciencia que tiene uno y el sentido de justicia se corresponden, Benítez. ¿Es que usted no entiende lo que está pasando? Hay una realidad que se concreta en que los que nunca fuimos nada, los que nunca importábamos nada, como yo, ahora somos e importamos. Ese proceso se ha ido afirmando no sólo en la justicia sino en las demás áreas públicas de la nación, y en su desarrollo, se cometen hechos que parecen ser injustos, pero que analizados en profundidad y retrospectivamente, fundados en la historia no lo son”.

Benítez entendió a cabalidad que “los venezolanos llevamos a *esta gente* por dentro, como si fuésemos un cuerpo que genera anticuerpos contra sí mismo. Así nos dividiéramos hasta el infinito y quedáramos solos en el universo, esa realidad distinta que nuestra intolerancia genera va a estar allí, sin remedio, *esta gente*”.

Benítez vislumbró finalmente que la pasión de la carne no podía estar en contradicción con su pasión por la justicia y la libertad, en fin, que no podía ser cómplice de *esta gente*.



Las Lanzas Coloradas: Una Novela de la Guerra que Nadie Quiere

La guerra, Inés, es algo terrible.

A.U.P.

En París, un mozo de nombre Arturo y de apellidos Uslar Pietri, escribió una novela pionera –*Las Lanzas Coloradas*– que fue prontamente publicada en el año 1931 en España, concitando inmediatamente el interés del mundo literario hispánico. La novela –concebida originalmente como un guion cinematográfico– constituye al decir de Domingo Miliani: “un modo de ir a los orígenes de la conciencia nacional en agraz, en el período emancipador, sin caer en los esquemas de la novela histórica galdosiana”.

La obra del joven Uslar es a todas luces una novela de la guerra, de las muchas y muy disímiles guerras que enfrentan sus contradictorios personajes. El escritor, sin ambages, afirma: “El mundo no ha sido hecho, Inés, para lo mejor (...) la guerra está en él, y nadie la ha traído, ni nadie podrá quitarla”.

Variadas son pues las guerras, los conflictos, las beligerancias, que los distintos protagonistas uslarianos están llamados a cumplir en

Territorios de la Pupila

un estrenado siglo XIX en que se ponían en juego las nociones de derechos humanos, de libertad y de justicia. Corrían los tiempos iniciales de una larga guerra emancipadora que trastocó vidas, instituciones y conceptos para dejar, a la larga, una secuela de innúmeras muertes ofrendadas en nombre de una patria nueva, de una Venezuela posible.

Esas profusas guerras asumen características distintas, dependiendo del personaje que la libra.

Presentación Campos, “un pardo grande, fuerte, pretencioso”, asume desde muy temprano su propia y ansiada guerra: aquella que lo hará ganar real para salir de la pobreza y la esclavitud. Se encabrita el mulato en la hacienda “El Altar” para acabar con la inocente virginidad de la Niña Inés y destruir a fuego vivo “El Altar”, el patrimonio familiar que con mucho esfuerzo construyeron los Arcedo y los Fonta. Es que Presentación Campos:” despreciaba al amo. Su instinto lo rechazaba, lo sabía indeciso y tímido (...) “¿Vamos a la guerra?” “No” ¿A la guerra?... ¡Tenía miedo y tan linda cosa como era la guerra!...Un buen caballo, una buena lanza, un buen campo y gente por delante!...

Es que ciertamente el amo Fernando era un verdadero pusilánime, un niño de papá, un melindroso, que no sabía a qué dedicar su mullida vida, si a los libros o más bien a Dios: “El pensamiento era como una tentación. Como una provocación a someter la vida a un principio a una ordenación, a una regla: Al fin, habría de decidirse, y decidirse era prescindir de otras muchas cosas igualmente posibles y deseables. Escoger era renunciar.” Y para colaborar con su incertidumbre y debilidad, su amigo Bernardo lo invitó a una de los secretos cenáculos donde los mantuanos caraqueños hablaban de Miranda y de Rousseau, de un contrato social, de una bandera tricolor, de utopía, democracia, justicia y libertad. A la salida del encierro, más confundido aún, el vacilante Fernando le rezaba a Dios trémulamente: “Padre nuestro, te ruego

que hagas nacer la patria; que la hagas nacer fuerte y buena. Te ruego, Padre nuestro, por todos los hombres que la van a hacer, por todos esos hombres que están lejos, que no conozco y que son para siempre mis hermanos. Padre nuestro que estás en los cielos...”

Por su parte, el Capitán David llegó de Inglaterra para participar en una guerra que no era suya, le entusiasmaba alejarse por un tiempo de la vieja y dulce Albión para ver cómo se construía la libertad al otro lado del Atlántico. Llegó súbito para morir también súbitamente, rememorando lejanas batallas que parecían una ordenada formación de soldaditos de plomo que desconocían lo que era una montonera dirigida por un tal Boves: un hombre desconocido, al que llamaban el Diablo: “por donde pasa, mata, roba, incendia. Es como una peste”. El romántico Capitán David, al oír la descripción del Azote de Dios exclamó: “Es curioso... Parece ser prodigiosamente valiente y atrevido. Me gustaría conocerlo”.

Ni Fernando, ni Bernardo, ni el Capitán David, ni muchos otros patriotas, lo conocieron, murieron en La Victoria, haciéndole honor a la juventud, intentando todos construir patrias propias y ajenas. Era tan fácil morir en aquellos días.

Inés, la niña bien, la ama de “El Altar”, desflorada, desfigurado su rostro hasta el asco por el incendio provocado por el sanguinario Presentación, continuó persiguiendo su venganza por caminos equivocados, donde siguieron blandiéndose las lanzas coloradas con su mensaje de sangre y muerte .

La única que vivió feliz para contarle, fue *La Carvajala*, quien, cabalgando junto al alzado Presentación Campos, llegó una noche a Garabato, donde “el Coronel Zambrano la había saludado con respeto, y todos los hombres la habían visto con humildad, los

Territorios de la Pupila

soldados ebrios, los negros lascivos, los hombres acostumbrados a violar las mujeres; todo porque ella era la mujer de un jefe”.

Boves continuó su lucha hasta entregar su vida en Urica, Bolívar –“el hombre que ha obsesionado toda la tierra de Venezuela”– pasó a lo lejos; Presentación Campos no pudo verlo, en su celda: “suavemente dejó resbalar la mano de la reja, y fue a desplomarse sobre la tierra húmeda, la carne pesada de muerte”.

Concierto 3: Sobre la Nota y el Verso

A las innúmeras razones que tengo para visitar y disfrutar de la ciudad de los saberes, mi admirada y dorada Salamanca, ahora se suma otra: el gozo y la felicidad que producen las actuaciones del grupo musical *Concierto 3*, integrado por Ángel Luis Delgado, Emilio Montero, Teresa Álvarez y Ángel Rodríguez. A fin de que no quede ningún rescoldo de duda, ellos mismos se definen como “un grupo de poetas – músicos de Salamanca, alegres y profundos que saben elegir lo mejor de la poesía española”.

Pocas veces una autodefinición conlleva tanta certidumbre, los integrantes de *Concierto 3* son profesionales destacados, cabaes conocedores de su oficio musical, y poseen además una contagiosa alegría y una elegante sensibilidad por el buen decir poético. No sabemos si lo que alegremente ofrecen a un deleitado público son poemas musicalizados o música poetizada, o algo nuevo y distinto que todavía carece de nomenclatura en el mundo de la creación que se resiste a aceptar límites y contenciones.

He tenido la fortuna de escucharlos con estupefacción y deleite en los encuentros poéticos que organiza el infatigable y generoso poeta peruano – salmantino Alfredo Pérez Alencart, sin embargo, sucumbo a la envidia y a la avaricia por disfrutar en su totalidad

Territorios de la Pupila

—podría reservar un día completo para escucharlos sin aburrimiento— del inmenso tesoro enterrado en sus partituras y que constituyen un verdadero compendio, una personal y sensible antología de la poesía universal, tal como lo demuestra su amplio y variado repertorio: El Cantar de los Cantares (dos partes), Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León, Cervantes, Garcilaso de la Vega, William Shakespeare, Pedro Calderón, Juan del Encina, Antonio Machado, Blas de Otero, Pablo Neruda, Mario Benedetti, Francisco García Lorca, Miguel Hernández, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Jorge Luis Borges, Luis Cernuda, Rafael Alberti, José Hierro, José Agustín Goytisolo, Gastón Baquero, Luis García Montero, Juan Ruiz Peña, Antonio Gala, León Felipe, Alfredo Pérez Alencart y Juan Carlos López Pinto, y los otros rapsodas que están en cartera, y los que aún están en proyecto.

Insisto no me iré de Salamanca hasta que no los haya escuchado de nuevo, y de no poder ser posible, volveré sólo con la motivación de escucharlos una y otra vez. Felices y satisfechos nuestros trovadores salmantinos podrán abandonar la ciudad y el planeta para llevarle una emocionada serenata a Dios, quien en esencia es música y poesía. En los predios celestiales, podrán citar a plenitud lo afirmado por Pavarotti:

Pienso que una vida dedicada a la música es una vida bellamente empleada, y es a eso a lo que he dedicado la mía.

John C. Lennox: Los Nuevos Ateos Disparando contra Dios sin dar en el Blanco

Probablemente Dios no existe,
deja de preocuparte y disfruta la vida.
Eslogan de una campaña publicitaria en los
autobuses británico

Los jardines de verdad no se crean solos:
tienen jardineros y dueños. Ocurre algo
parecido con el universo:
no se generó solo. Tiene un creador; y un
dueño.

JOHN C. LENNOX

John Carson Lennox, catedrático de Matemáticas y Filosofía de la Ciencia en el Green Templeton de la Universidad de Oxford, en su más reciente libro *Disparando contra Dios*, Andamio, Barcelona, 2015, realiza tanto una vehemente defensa de la religión, en especial la cristiana, como un sesudo y apasionado ataque contra los que denomina los nuevos ateos. Pedagogo al fin, Lennox, diccionarios en mano, recuerda que el término ateísmo hace referencia a “no creer o negar la existencia de Dios” y abunda que también es “no dar crédito de un principio o mente que diseña, ni de una causa, medida o regla de las cosas sino de la casualidad ... es ser un perfecto ateo”.

El libro de marras es tributario de las consideraciones y argumentos que el irlandés –oxoniense ha esgrimido frente a los reiterados ataques a la religión por parte de reconocidos y virulentos ateos– de nuevos ateos –entre los que destacan el británico Richard Dawkins, de cuyos escritos se extrajo el eslogan que colocamos como epígrafe y a quien Lennox califica como “la pistola más grande” de los que disparan contra Dios, unido a otra pistola “aún más grande en lo que a credenciales científicas se refiere”: el físico teórico de Cambridge Stephen Hawking. Mordaz e irónico el escritor señala que detrás de estos autores se encuentra “una falange de francotiradores de menor calibre, pero de gatillo fácil”: Christopher Hitchens, británico de origen radicado en los Estados Unidos de América; el francés Michel Onfray; el matemático italiano Piergiorgio Odifreddi; así como Michel Sterner y Daniel Hennet, entre tantos otros relevantes nuevos ateos que descargan su armamento conceptual para preconizar la muerte de Dios, y la inutilidad e inconveniencia de la religión.

En criterio el autor, las principales argumentaciones de los nuevos ateos se expresan de la siguiente manera: ”1. La religión es un espejismo peligroso: conduce a la violencia y a la guerra; 2. Por tanto, debemos librarnos de la religión: la ciencia lo conseguirá; 3. No necesitamos a Dios para ser buenos: el ateísmo puede ofrecer una base perfectamente adecuada para la ética”. Lennox, para que no quede ningún rescoldo de duda, confirma que:” el blanco principal de los nuevos ateos es el Dios sobrenatural de la Biblia, el Hacedor y Sustentador del universo . . . cuando hablan de “religión” particularmente tienen en mente las grandes religiones monoteístas del judaísmo, el cristianismo y el islamismo”.

Después de largas y enjundiosas referencias a la propia opinión de los nuevos ateos, y de ir desmontando con lucidez contundente los argumentos que esgrimen, Lennox concluye: “el teísmo bíblico es coherente en su explicación de por qué el universo es (científicamente) inteligible. Enseña que en última instancia

responsable como Creador de la existencia del universo y de la mente humana. Los seres humanos son creados a su imagen: la de un creador racional y personal, esa es la razón por la que no pueden entender al universo, al menos en parte”.

Desde otra perspectiva analítica, el autor desafía también los argumentos que, en contra del Dios de la Biblia, esgrimen los nuevos ateos, según los cuales ese dios deleznable e injusto es un déspota, un castigador, un opresor, un tirano, un Dios espía, vigilante sempiterno pendiente del quehacer del hombre para premiarlo o castigarlo. Lennox reacciona con rigor de analista bíblico, amplio conocedor del Antiguo y del Nuevo Testamento para dejar asentada la incuestionable moralidad cristiana a lo largo de la historia del cristianismo. Por otra parte, el escritor echa mano de los recursos retóricos y oratorios que los debates en Oxford promueven y privilegia, a fin de propinarle un concluyente golpe conceptual a los considerandos de los nuevos ateos, quienes “... hacen una crítica feroz del Dios de la Biblia. Eso es tan útil para el debate racional como la crítica feroz que fácilmente y con mucha razón se le puede hacer a la ciencia, si a uno le apetece (y algunos están bien dispuestos). No es difícil desprestigiar a la ciencia si apuntamos al papel que ésta ha tenido en la producción de bombas, minas, armas de destrucción masiva, venenos, contaminación, deforestación, desertificación, etc. Los nuevos ateos serían los primeros en protestar en contra de esa distorsión, si la ciencia fuera el tema a debatir”.

Ciertamente, Lennox no cree en el divorcio de la Ciencia y la Religión. Su fe no es la del carbonero, no salta nuestro filósofo – matemático al vacío de una creencia irracional, concilia la exactitud con la verdad, apoya la creencia con la evidencia. Se refugia y fortalece en la lectura de la Biblia, de la Palabra de Dios. Consciente de la humana necesidad de religación y trascendencia, el escritor cristiano sentencia y advierte:

Territorios de la Pupila

“El ateísmo no tiene respuesta ante la muerte, ni esperanza final que ofrecer. Es una cosmovisión vacía y estéril, que nos deja en un universo cerrado que un día incinerará toda huella de nuestra existencia. Es una filosofía inútil y carente de esperanza. Su historia termina en una tumba. Pero la resurrección de Jesús abre la puerta a una historia de mayor dimensión. Cada uno de nosotros deberá decidir si es o no la verdadera historia”.

Manuel Gutiérrez: Dibujante y Colorista

El dibujo es la honestidad del arte.
No hay posibilidad de hacer trampas.
O es bueno o es malo.

SALVADOR DALÍ

En la Sala de Exposiciones La Salina de la Diputación de Salamanca, el laureado artista Manuel Gutiérrez presenta una exhaustiva muestra de su quehacer plástico en forma de pinturas y dibujos realizados en años recientes. Gutiérrez es un excelente dibujante y un connotado colorista.

El color le sirve al artista para trasladar emociones y vivencias distintas a lienzos y tablas que vivaces prestan solidario apoyo al creador. Una bitácora de sus viajes y estancias toma forma de ciudad, pueblo, paisaje de río o de mar. El artista deja claro que Portugal está cerca de Salamanca no sólo en el espacio sino también en el afecto. Lisboa, El Algarve, Aveiro, Albufeira o Libertade son suficiente excusa urbana para que Gutiérrez esgrima pinceles a fin de que su colorida paleta deslumbré al espectador y lo acompañe en su afectiva travesía lusitana.

Territorios de la Pupila

Venecia también se hace presente en el mapa plástico del artista viajero; sus canales y edificios, su carnaval, bellas mujeres enmascaradas y uno que otro embozado Casanova contemporáneo, dejan la encantadora e imponente ciudad italiana, la Reina del Adriático, para instalarse sin vergüenzas ni tapujos en las pinturas y dibujos del virtuoso salmantino. Praga es igualmente convocada por el creador a objeto de que su propuesta no sea sólo espacial, urbana, citadina, a fin de que el tiempo presente y pasado además discurra en lienzos intemporales, en los que los ornamentos urbanos se transforman en fieles testigos de la existencia humana, de la alegría de vivir, del bullicio cotidiano de calles y plazas.

Por supuesto que la Salamanca de sus orígenes y múltiples correrías vitales es indiscutible protagonista privilegiada de este artista urbano que es absolutamente consciente del entorno que lo define e identifica. La Catedral, la Plaza Mayor y su emblemático café Novelty, así como el río Torbes con sus plácidas aguas, sus remansos y meandros, coloreados, matizados, por la técnica y la emoción dejan constancia de la admiración del salmantino por la ciudad dorada que resplandece aún más en la luminosa obra de Gutiérrez.

Sin embargo, donde el color se libera y expande sin límites ni contenciones es en las obras abstractas de Gutiérrez que se nutren de los grandes del colorismo universal sea de los expresionistas alemanes o de los abstractos franceses, sin dejar de lado al luminista Sorolla o a los atrevidos integrantes del grupo El Paso.

En el cuatricentenario del fallecimiento del grande de España y del mundo: Miguel de Cervantes, Gutiérrez suma sus lienzos y dibujos al universal homenaje que se le brinda al novelista por antonomasia, al poeta de las letras hispanas. El propio Cervantes, Don Quijote – pedestre o a lomo de su inseparable Rocinante -, Sancho – glotón y palurdo -, la seductora Dulcinea – jacarandosa y portadora de un buen par de tetas – son rescatados de la historia

Enrique Vilorio Vera

de las letras para que ocupen también un merecido pedestal en la obra del salmantino.

Donde se muestra con mayor intensidad el oficio, la técnica y la emoción del artista charro es en el dibujo. Blanco y negro, trazo y raya, tinta y papel se complementan, se hermanan sin sojuzgamientos en los muy variados y disímiles apuntes, bosquejos y obra final de este artista que es un digno discípulo de Francisco de Goya y Lucientes.



Mañana Dejaremos Zarzura

Las regiones desconocidas de la tierra;
aún no pisadas; las nuevas posibilidades del ser;
los nuevos prodigios de la naturaleza...
a ellos se dirige desde antiguo la nostalgia de
la humanidad, eternamente afanosa.

LADISLAUS E. ALAMÁSY

Se puede viajar de muchas maneras: desplazándose físicamente a los lugares anhelados, con la imaginación, contemplando y disfrutando los documentales de viajes, o bien leyendo lo que otros ojos vieron y dejaron plasmados en folios y fotos. Esta última posibilidad es la que Gonzalo Enamorado (doblemente enamorado por apellido y por su pasión por las crónicas de viaje) y Jorge Moreta nos proponen en una cuidada selección de textos realizada y editada bajo el sugerente nombre *de Mañana dejaremos Zarzura. Crónicas viajeras*, Hergar. Ediciones Antena, Salamanca, 2016, bella y diestramente ilustrada por el pincel y el creyón del maestro Miguel Elías, pintor, dibujante, acuarelista y grabador de excelente oficio y mejor emoción.

13 autores son los guías que nos conducen por los itinerarios de sus múltiples travesías mundanas de diferente cuño y extensión, asentadas en sus respectivos blogs de viajes. Paco Nadal con certera

Territorios de la Pupila

apreciación, afirma: “Frente a la premura y vacuidad del twitter, el blog es algo así como un pacto de no agresión entre lo antiguo y lo nuevo, la herramienta en la que tiene cabida también el clasicismo, escribir largo y pausado contando sentimientos, acariciando las palabras, mimando las metáforas, deleitándose con la reflexión. Al cabo de unos años de escribir un blog el autor se da cuenta que lo que tiene es una novela, un libro, un material valiosísimo cocinado a fuego lento”

Los que poseemos un cuerpo sedentario con ímpetus errantes nos deleitamos - arrellanados en nuestro sillón preferido - con las peripecias que, en diversos lugares del planeta, han tenido como protagonistas a estos 13 nómades verdaderos. Apoyados en su letra comunicadora, viajamos indistintamente a la convulsionada Siria; al Mar de Aral donde antes estuvo el mar; al mágico pueblo de Trinidad, el cubano; al carnaval de Río de Janeiro; al barrio judío Le Marais en París para evocar al tempranamente fallecido Jjim Morrison, a la isla de la vainilla: Madagascar; asistimos también a los peculiares funerales de Tana Toraja para contemplar a los búfalos sacrificatorios; a la lejana Ciudad del Cabo, a la cordial Medellín, al ancestral Egipto para sentirnos empequeñecidos por la majestad de sus pirámides, a la seductora isla de Hawái, al corazón del desierto en el país de los moros :Mauritania; a la populosa y pobre Kinshasa; a la inmortal Santiago de Compostela sin ampollas en los pies; a Lisboa que es curioso balcón encarnado; a la sufrida Nicaragua; a la gélida Alaska para reconfortarnos también con las bellezas submarinas de la Isla Gorgona en el cálido Caribe colombiano. En fin, con Mónica Hernández coincidimos: *Que sería del viajero si ningún mar le esperara ya.*

Lima: Una Ciudad para Envidiar

a Mirtha y Jorge Ordoñez Ortiz, y familia

Regreso –después de más de 20 años- físicamente a Lima, a la que nunca abandoné desde mis tiempos parisinos de los años 70, cuando con el Coco Ordoñez y otros *patas* latinoamericanos intercambiamos vehementes y emotivas opiniones sobre nuestros disimiles y semejantes países; ya Lima se presentaba como una ciudad mayor e incuestionable en la historia y la literatura latinoamericana. La visité por vez primera en un aciago septiembre de 1973, cuando después de dictar algunas conferencias en la Escuela de Administración Pública, fui instruido por la Cancillería venezolana para continuar viaje a Chile a fin de contribuir con la liberación de los numerosos compatriotas presos en el sanguinario golpe contra Allende.

Después estuve varias veces participando en las negociaciones del sector siderúrgico nacional dentro el Pacto Andino, lideradas por ese magnífico diplomático llamado Sebastián Allegret. Regreso ahora gentilmente invitado por mi amigo Jorge Ordoñez Ortiz para constatar y aplaudir el decidido avance que el país y la ciudad han realizado, a pesar de los errores reiterados de Velasco Alvarado y del abominable Sendero Luminoso, que decisivamente la sociedad peruana ha podido remontar exitosamente, para ejemplo ajeno.

Territorios de la Pupila

Lima es hoy una ciudad que asume sin prejuicios su modernidad, que reconcilia pasado y presente, donde se respira democracia y confrontación entre los poderes constitucionales; sin ningún empacho para denunciar la corrupción e imputar a los presuntos culpables de actos de corrupción. Abierta al mundo de la tecnología y las finanzas, cualquier transacción es fácil de realizar en soles o dólares americanos; el control de cambio es cosa de un pasado aberrante y sin sentido.

En el siglo XXI sus dirigentes de todo cuño entienden que el emprendimiento, la productividad y la innovación –asentadas sobre la base de una inmensa reserva de recursos naturales y humanos– son base suficiente para obtener un puesto protagónico en el concierto de los países emergentes del Pacífico.

Por cierto, en el limpio y ordenado aeropuerto limeño no nos recibe la imagen de Humala, como sí lo hace el Comandante Supremo en Caracas, advirtiéndonos que todo está controlado y supervisado, y que a nadie se le ocurra una vaina distinta al disparado Socialismo del Siglo XXI, porque ya verá las consecuencias en Ramo Verde.

¡Viva el Perú! ¡Carajo!

Octavio Paz y La Mexicanidad

El adolescente se asombra de ser...
A los pueblos en trance de crecimiento
les ocurre algo parecido. Su ser se manifiesta
como interrogación: ¿qué somos y cómo
realizaremos eso que somos?

OCTAVIO PAZ

El 31 de marzo de 2014 se conmemoró el centenario del nacimiento del escritor Octavio Paz, quien fue un prolijo estudioso de México y de la manera de ser y de pensar de sus gentes, es decir, de la mexicanidad. Muchas fueron las reflexiones que el poeta y ensayista realizó a lo largo de su vida de escritor para transmitir a su país y a sus paisanos cuáles son, en su criterio, las raíces y las manifestaciones de la mexicanidad; muchos de esos caviles fueron recogidos en su libro emblema *El Laberinto de la Soledad*. (Cuadernos Americanos, México, 1950). En este sentido, el propio Paz observa: “La minoría de los mexicanos que posee conciencia de sí no constituye una clase inmóvil o cerrada. No solamente es la única activa –frente a la inercia indo– española del resto –sino que cada día modela más al país a su imagen. Y crece, conquista a México. todos pueden llegar a sentirse mexicanos. Basta, por ejemplo, con que cualquiera cruce la frontera (...) y debo confesar que muchas de las reflexiones que forman parte de

este ensayo nacieron fuera de México, durante dos años de estancia en los Estados Unidos. Recuerdo que cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana, deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante”.

Fruto de la inevitable comparación con el otro, con el distinto, con el diferente, con el desemejante, en este caso con la particular idiosincrasia del norteamericano de más allá del Río Grande, el ensayista mexicano propone un conjunto de pistas que pueden ayudar a comprender lo incomprensible, aprehender lo inasible, en fin, a concretar la siempre indómita y escurridiza manera de ser de un pueblo que está en proceso de ser, el mismo escritor lo acepta: “Mi testimonio puede ser tachado de ilusorio”.

Un ser mascarado

Las películas mexicanas filmadas en los celeberrimos Estudios Churubusco en Coyoacán durante la denominada *Edad de Oro del Cine Mexicano*, las más recientes telenovelas aztecas, las imperecederas rancheras y los sentimentales boleros rancheros nos ofrecieron la imagen del mexicano al estilo de Juan - el héroe del celebrado y tantas veces coreado corrido revolucionario-: “ranchero, charrasqueado y burlador. Que se creyó de las mujeres consentido. Que fue borracho, parrandero y jugador”. Nada más alejado de la realidad existencial del mexicano común, según Paz: “Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación (...) Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospechas de palabras (...) En suma, entre la realidad y su persona establece una muralla, no por invisible menos infranqueable, de impasibilidad y lejanía. El

mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también de sí mismo”.

El ensayista apoya su opinión sobre el enmascaramiento del mexicano común en argumentos relacionados con el lenguaje cotidiano, el hermetismo y la difícil relación - de recelo - del mexicano con su prójimo. En relación con el lenguaje, Paz afirma: “El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de “hombría” consiste en no “rajarse” nunca (...) El mexicano puede doblarse, humillarse, “agacharse”, pero no rajarse, esto es permitir que el mundo interior penetre en su intimidad (...) Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su “rajada” que nunca cicatriza”.

En lo concerniente al hermetismo de sus connacionales, el ensayista apunta: “El hermetismo es un recurso de nuestro recelo y desconfianza. Muestra que instintivamente consideramos peligroso al medio que nos rodea. Esta reacción se justifica si se piensa en lo que ha sido nuestra historia y en el carácter de la sociedad que hemos creado. La dureza y hostilidad del ambiente – y esa amenaza, escondida e indefinible, que siempre flota en el aire – nos obligan a cerrarnos al exterior (...) Pero esta conducta legítima en su origen, se ha convertido en un mecanismo que funciona solo, automáticamente”.

Desde la perspectiva de las relaciones objetales, de las interacciones humanas, del peligroso contacto con el prójimo, Paz subraya que: “Nuestras relaciones con los otros hombres están también teñidas de recelo. Cada vez que un mexicano se confía a un amigo o a un conocido, cada vez que se “abre”, abdica. Y teme que el desprecio del confidente siga a su entrega (...) El que se confía, se enajena; “me he vendido con Fulano”, decimos cuando nos confiamos a alguien que no lo merece. Esto es, nos hemos “rajado”, alguien ha

penetrado en el castillo fuerte. La distancia entre hombre y hombre, creadora del mutuo respeto y la mutua seguridad ha desaparecido”.

Un carácter estoico y formalista

Recordemos que el estoicismo se caracteriza por la fortaleza de carácter del ser humano frente a la adversidad y el dolor; nuestro ensayista sostiene que este estado de espíritu es una de las virtudes descollantes de ese mexicano hermético, cerrado y ensimismado, del charro que no se amedrenta, del macho imbatible, de la hombría probada en cada lance de juego o de amor, de la valentía ante las armas enemigas o el impacto de los hechos externos. Sostiene el autor: “El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes frente al dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a sufrir con dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos o impasibles –como Juárez o Cuauhtémoc– al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes más populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza de la adversidad”.

Otro aspecto relevante de la mexicanidad es el formalismo, un decidido y permanente “amor por la Forma”, que lleva a la aspiración de construir un mundo ordenado de acuerdo con principios claros y conocidos. Para sustentar esta apreciación, el escritor enumera: “Las complicaciones rituales de la cortesía, la persistencia del humanismo clásico, el gusto por las formas cerradas en la poesía (el soneto y la décima, por ejemplo), nuestro amor por la geometría en las artes decorativas, por el dibujo y la composición en la pintura, la pobreza de nuestro Romanticismo frente a la excelencia de nuestro arte barroco, el formalismo de nuestras instituciones políticas y, en fin, la peligrosa inclinación que mostramos por las fórmulas – sociales, morales y burocráticas –,

son otras tantas expresiones de esta tendencia de nuestro carácter. El mexicano no sólo no se abre; tampoco se desparrama”.

Una pasión por la fiesta y la muerte

Paradójicamente ese mexicano cerrado, receloso, hermético, ensimismado, ritualista, estoico y formalista descrito por Paz, es también un ser hecho para el festejo y la diversión. El escritor subraya la pasión del mexicano por las fiestas y las reuniones públicas que tienen por objeto celebrar acontecimientos nacionales o locales, civiles o religiosos, gremiales y familiares, homenajear a los héroes de la Patria o a los santos patronos. En fin, el calendario del mexicano está poblado de fiestas de diferente naturaleza y envergadura, estas bienvenidas y muy esperadas conmemoraciones, al mexicano: “...le dan ocasión de rebelarse y dialogar con la divinidad, la patria, los amigos o los parientes. Durante esos días el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola al aire. Descarga su alma. Y su grito, como los cohetes que tanto nos gustan, sube hasta el cielo, estalla en una explosión verde, roja, azul y blanca y cae vertiginoso dejando una cauda de chispas doradas. Es noche los amigos, que durante meses no pronunciaron más palabras que las prescritas por la indispensable cortesía, se emborrachan juntos, se hacen confidencias, lloran las mismas penas, se descubren hermanos y a veces, para probarse, se matan entre sí. La noche se puebla de canciones y aullidos. Los enamorados se despiertan con orquestas a las muchachas. Hay diálogos y burlas de balcón en balcón, de acera a acera. Nadie habla en voz baja. Se arrojan sombreros al aire. Las malas palabras y los chistes caen como cascadas de pesos fuertes. En ocasiones, es cierto, la alegría acaba mal: hay riñas, injurias, balazos, cuchilladas. También eso forma parte de la fiesta. Porque el mexicano no se divierte: quiere sobrepasarse, saltar el muro de soledad que el resto del año lo incomunica. México está de fiesta. Y esa Fiesta, cruzada

Territorios de la Pupila

por relámpagos y delirios, es como el revés brillante de nuestro silencio y apatía., de nuestra reserva y hosquedad”.

El mexicano festeja la vida y celebra la muerte, aunque ambas le sean indiferentes, sin embargo, según Paz, el desprecio por la muerte no compite con el culto que se le profesa, “la adula, la festeja, se abraza a ella, definitivamente y para siempre, pero no se entrega”. La Pelona, la Sayona, La Llorona, desnuda de carne en el hueso, en forma de calavera, de esqueleto danzante, de hueso estricto, de cráneo colorido, es ubicua en la sociedad mexicana, y motivo de inspiración tanto para los artesanos amerindios como para los artistas, escritores, cantantes contemporáneos que, como Posada, Rivera, Khalo, el Dr. Lakra, Gorostiza, Rulfo, José Alfredo Jiménez, la ilustran, la recrean, la cantan.

El Día de los Muertos es también una fecha significativa de las innumerables celebraciones del festivo calendario mexicano; de especial significación es la llamada “Muerte niña”, expresión popular que no se refiere precisamente a la muerte física de los infantes, sino a un fenómeno cultural muy acendrado, al ritual en el que los impúberes que acaban de morir son considerados no niños sino angelitos, y como tales son festejados, no llorados. “La muerte niña” es aquella vista y vivida con alegría dentro de una ceremonia cristiana en la que se considera a los niños inocentes de toda desdicha eterna. “La muerte niña” no es muerte sino nacimiento festivo a otra vida.

La muerte –frívola, trivial, huera, baladí– está también presente en las casas y hogares de los mexicanos, como bien lo describe Paz: “Adornamos nuestras casas con cráneos, comemos el Día de los Difuntos panes que fingen huesos y nos divierten canciones y chascarrillos en los que ríe la muerte pelona, pero toda esa fanfarrona familiaridad no dispensa de la pregunta que todos nos hacemos: ¿Qué es la muerte? (...) en un mundo intrascendente, cerrado sobre sí mismo, la muerte mexicana no da ni recibe, se

consume a sí misma, y a sí misma se satisface (...) La muerte mexicana es estéril, no engendra como la de aztecas y cristianos”.

Hijos de la Chingada y de la Malinche

El 15 de setiembre, Día de la Independencia nacional, es frecuente escuchar el grito dado a todo pulmón, emoción y convicción: ¡Viva México, hijos de *la Chingada*! Paz, reflexivo se pregunta y se responde a la vez ¿Qué es la Chingada? y pasa a darnos su versión del término, así como de los múltiples usos que tiene el vocablo en boca de sus paisanos: “Ante todo es la madre. No una madre de carne y hueso, sino una figura mítica (...) La Chingada es la madre que ha sufrido, metafórica o realmente, la acción corrosiva e implícita en el verbo que le da el nombre. Vale la pena detenernos en el significado de esta voz (...) En México los significados de la palabra son innumerables. Es una voz mágica. Basta un cambio de tono, una inflexión para que el sentido varíe. Hay tantos matices como entonaciones: tantos significados como sentimientos (...) Pero la pluralidad de significaciones no impide que la idea de agresión—en todos sus grados, desde el simple de incomodar, picar, zaherir, hasta el violar, desgarrar y matar— se presente siempre como significado último. El verbo denota violencia, salir de sí mismo y penetrar por fuerza en otro”.

El ensayista —luego de varias y prolijas consideraciones sobre el verbo y sus significados y usos— concluye tajantemente: “Después de esta digresión sí se puede contestar a la pregunta ¿qué es la Chingada? La Chingada es la madre abierta, violada o burlada por la fuerza. El “hijo de la Chingada” es el engendro de la violación, del raptó o de la burla”. Y se permite formular una suposición sobre el origen del término identificador asociándolo con la Conquista española: “Si la Chingada es una representación de la Madre violada, no parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico,

sino en la carne misma de las indias. El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al Conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en búsqueda de su padre, el pueblo mexicano no perdona la traición a la Malinche. (...) De ahí el éxito del adjetivo despectivo “malinchista” (...) para denunciar a todos los contagiados de que México se abra al exterior: los verdaderos hijos de la Malinche, que es la Chingada en persona”.

Paz concluye sus muy personales especules y caviles señalando que el orgulloso, nacionalista y popular grito *¡Viva México, hijos de la chingada!* “es una expresión de la voluntad mexicana de vivir cerrados al exterior, sí, pero sobre todo cerrados frente al pasado. En ese grito condenamos nuestro origen y renegamos de nuestro hibridismo”.

Estos deliberes del autor sobre los hijos de la Chingada y de la Malinche, le permiten también abordar un tema complementario el del “macho” mexicano que ha servido para crear un estereotipo y una fenotipia ampliamente extendida, promovida por lo demás por el propio cine y la televisión mexicana, donde los galanes son meros machos que como Jalisco no se rajan. Señala entonces Paz: “El “macho” representa el polo masculino de la vida (...) Su significado real no es distinto del verbo chingar y algunos de sus derivados. El “Macho” es el Gran Chingón. Una palabra resume la agresividad, impasibilidad, invulnerabilidad, uso descarnado de la fuerza, y demás atributos del “macho”: poder. La fuerza, pero desligada de toda noción de orden: el poder arbitrario, la voluntad sin freno y sin cauce. La arbitrariedad añade un elemento imprevisto a la figura del macho. Es un humorista: Sus bromas son enormes y desembocan siempre en el absurdo (...) El “macho” hace “chingaredas”, es decir, actos imprevistos y que producen

la confusión, el horror, la destrucción (...) El humorismo del “macho” “es un acto de venganza (...) No sería difícil percibir también ciertas inclinaciones homosexuales, como el uso y abuso de la pistola, símbolo fálico portador de la muerte y no de la vida, el gusto por las cofradías masculinas, etc. Pero cualquiera sea el origen de estas actitudes, el hecho es que el atributo esencial del “macho”, la fuerza, se manifiesta casi siempre como capacidad de herir, rajar, aniquilar, humillar”.

Devotos de la Guadalupe

El mexicano además de ser hijo de la Chingada y de Doña Marina, la Malinche, es un fervoroso creyente y un apasionado devoto de la Virgen de Guadalupe. Una vez más el escritor se sumerge en las creencias recónditas y los sentimientos insondables de sus connacionales para brindarnos otra pista – en esta ocasión espiritual y religiosa - de los alcances de la mexicanidad. En este sentido, Paz señala: “No es un secreto para nadie que el catolicismo mexicano se concentra en el culto a la Virgen de Guadalupe. En primer término: se trata de una Virgen india; enseguida: el lugar de su aparición (ante el indio Juan Diego) es una colina que fue antes santuario dedicado a Tonantzin, “nuestra madre”, diosa de la fertilidad entre los aztecas (...) Ahora bien, las deidades indias eran diosas de fecundidad, ligadas a los ritmos cósmicos, los procesos de vegetación y los ritos agrarios. La Virgen católica es también una madre (Guadalupe – Tonantzin la llaman aun algunos peregrinos indios) pero su atributo principal no es velar por la fertilidad de la tierra sino ser el refugio de los de los desamparados. La situación ha cambiado: no se trata de asegurar las cosechas sino de encontrar un regazo (...) El culto a la Virgen no sólo refleja la condición general de los hombres sino una situación histórica concreta, tanto en lo espiritual como en lo material. Y hay más: Madre universal, la Virgen es también la intermediaria, la mensajera entre el hombre desheredado y el poder desconocido: el Extraño”.

Una reflexión final

Luego de todas las consideraciones y argumentos desarrollados por Octavio Paz en su pionero, enjundioso y celebrado ensayo *El laberinto de la soledad*, el autor, conocedor de que las sociedades jóvenes están en permanente reflexión sobre su identidad e idiosincrasia, concluye:

“El mexicano y la mexicanidad se definen como ruptura y negación. Y, asimismo, como búsqueda, como voluntad por trascender ese estado de exilio. En suma, como viva conciencia de la soledad, histórica y personal, La historia, que no nos podía decir nada sobre la naturaleza de nuestros sentimientos y conflictos, sí nos puede mostrar ahora cómo se realizó la ruptura y cuáles han sido nuestras tentativas para trascender la soledad”.

José Pulido y *El Requetemuerto*

Desde mi temprana juventud he sido un lector pertinaz y perseverante de la llamada novela policiaca o negra. Aún conservo en mi biblioteca algunos de los más emblemáticos tomos de la Colección *El Lince Astuto –la roja–* que publicaba Aguilar, incluyendo algunos ejemplares de la Colección *El Séptimo Círculo* que tan dedicadamente dirigían Borges y Bioy Casares.

Compartí muchas noches y desvelos con Poe, Cyril Hare, Edwin y Mona Radford, Conan Doyle, Rex Stout, Dorothy Sayers, Chesterton, Agatha Christie, Simenon, Bustos Domecq (seudónimo de Borges y Bioy Casares), Lee y Danay, Earl Deer Biggers, Dashiell Hammett, Van Dine, André Steeman, Patrick Quentin y muchos otros escritores del género policial, deleitándome a placer con el arrojo y la inteligencia de sus detectives profesionales o aficionados: Auguste Dupin, Sherlock Holmes, el padre Brown, Hércules Poirot, Jane Marple, El Inspector Maigret, Ellery Queen, Philo Vance, Nero Wolfe y Archie Goodwin, Isidro Parodi, Sam Spade, Charlie Chan, Philip Marlowe, Lord Peter Winsey, entre tantos otros.

Así que no puedo sino regocijarme - y celebrar a letra viva - la aparición de la novela *El Requetemuerto* (Ediciones B, Vértigo novela negra, Caracas, 2012) de José Pulido, cuya lectura emprendí de cabo

Territorios de la Pupila

a rabo, parándome sólo para almorzar o ir al baño. Es que Pulido, quien ya había mostrado su señorío en el género con la celebrada novela *El Bululú de las ninfas*, ofrece una verdadera obra maestra en la que un muerto es verdaderamente un requetemuerto, en virtud de que el mismo fue asesinado tres veces en una misma noche.

La víctima, Aníbal Milesio, es un celebrado pintor de intensa actividad sexual y ética; más que pintor, en vida era un verdadero y redomado sonsacador de vaginas, a quien le dio por “trabajar en vivo y en directo una vagina verdadera”, creando —o mejor dicho copiando la idea de Nelson Garrido— cuadros muy solicitados y comentados “de vaginas como grutas y caracoles”. El escritor, rico en imágenes y conceptos, recuerda que: “la vagina es un canal de paredes rosadas como las rosas, húmedas y cálidas. Lubricadas y calientes. Su nombre significa “vaina”, como la guarida donde duerme la espada.”

Milesio, el orgulloso sonsacador de vaginas, fue hallado muerto en su casa —taller por Herminia Constanza, la señora de servicio. De acuerdo con el reporte forense: “Al pintor le inyectaron en el cuello una enorme dosis de hioscina, mejor conocida como escopolamina. Eso fue algo tan bárbaro que le produjo insuficiencia respiratoria y colapso vascular (...) La bala calibre 22 que le dispararon en la tetilla izquierda entró en el pulmón y fue como un pellizco para un hombre que ya estaba muerto. Lo mismo podría decirse del traumatismo cerebral (...) Cuando le reventaron la cabeza y los sesos se desparramaron por todas partes, el pintor ya era un alma sancochada en las pailas del infierno...”

Este enrevesado y extraño asesinato debe ser resuelto por la Comisario de Homicidios Nedytza Yamilet Samarcanda López, mejor conocida como la jefa Samarcanda. Esta intelectual y virginal detective es famosa por su manera de resolver los casos que le han sido asignados. Pulido describe la brujería que la comisario utiliza para llevar a buen término sus investigaciones: “Aparte de

las investigaciones puramente científicas, lo que a ella le ha dado mejor rendimiento es el contacto con la gente, la preguntadera, la entrepitura. Siempre saca algo interesante con eso (...) Además lo de ella es la vivencia. Sabe utilizar los planos virtuales; la imaginación es uno de sus atributos, pero aparte de preguntar a diestra y siniestra, lo que más le satisface es ir a los lugares, recorrer los espacios, conocer el terreno, fastidiar a la gente. La comisario Samarcanda se los dijo una sola vez: le gusta emplear un método sencillo pero de mucha raigambre: la mayéutica (...) que era el método de Sócrates. Significa interrogación.”

De esta forma, la comisario de Pulido realiza su personal aporte al mundo de la investigación criminológica. No se vale sólo Samarcanda de las técnicas forenses tan en boga, de la biometría, del ADN, de la caligrafía, de los perfiles psicológicos o geográficos, de la deducción, de los lofogramas, de la balística o de la genética, que conoce a la perfección; lo de ella es un método filosófico de larga data: la mayéutica. Y no podía ser de otra forma para quien dedica sus ratos de ocio a leer con fruición a Leibniz y a Kant para desentrañar lo que se oculta en el lado más oscuro de lo humano.

Pulido desarrolla todas las habilidades y técnicas que ha adquirido a lo largo de su polisémica existencia de escritor para que el interés por la novela y su imprevisto desenlace no decaiga. Pulido es a la vez reportero, entrevistador, poeta, el fantasioso contador de historias que uno no sabe si creerlas; en esta sintética obra reviven entrevistas, reportajes, cuentos, narraciones y poemas que nos recuerdan al polifacético Pulido de *El Ángel de la Calle*, del *Muro de Confesiones* y *La Sal de la tierra*, de *El Bululú de las ninfas* y de los poemarios *Los Poseídos* y *Peregrino de vidriera*.

Para sorpresa de muchos, el protagonismo de esta novela está representado en las múltiples vaginas y vulvas que el asesinado pintor conoció y disfrutó, pero en especial, las muy peligrosas de su ahijada Ceylanis, de su comadre Edelmira, de su tarambana

Territorios de la Pupila

amante Mariam y de su madrastra Minerva, sin contar también la de la fallecida madre de Mariam, su joven y alocada amante.

Milesio y Samarcanda son dos buenas y excelentes excusas para la enrevesada trama vaginal que Pulido teje y resuelve con la ayuda de uno de los autores y personajes favoritos de la comisario Nedytza, quien tomada por sorpresa le pregunta a su medio hermano Toto:

¿Qué obra de teatro me dijiste que vamos a ver?

No te dije nada. Pero es la tragedia de Ricardo III, ¿qué tal? Tu jorobado preferido, tu Shakespeare delirante.

José Tomás Angola y las Muchas Muertes

Esa noche llamada muerte (Los Libros de El Nacional, Caracas, 2013), es el más reciente libro del polifacético creador José Tomás Angola Heredia. Hay vida porque hay muerte nos recuerda el narrador; prolijo reitera en sus fábulas que el hombre es un “ser hecho para la muerte”, independientemente de la forma, tiempo y lugar en la que ésta ocurra.

Angola recrea, a su especial manera, las muertes más famosas que registra la humanidad, empezando por la del mismo Dios, a quien muchos sentencian o desean muerto para siempre, sin saber que su real deceso literario fue por efecto de un crimen pasional. No se le escapan al autor las muertes de reinas, poetas, personajes literarios, prostitutas inglesas a manos del desconocido destripador, heroínas o próceres de nuestra independencia o del populismo latinoamericano, e incluso la del mismo Cristo, la del hombre y no la de Dios como si el escritor fuera un nestoriano más. A la inversa cuelga —justiciero— también el cadáver y el recuerdo del que vistió a todos con camisas negras, los obligó a saludar con el brazo extendido y a que le pusieran Benito a los hijos por venir.

Angola desanda la historia de la humanidad y de la literatura a través de la muerte, llegando incluso a asomarse con ojos ajenos a

Territorios de la Pupila

la más temida de todas a la de Papá Iósif Stalin o a la retadora del Cid Campeador que pudo, finalmente y a riesgo de la propia vida, vencer al moro. Gandhi se hace presente en la narrativa de Angola para morir también a manos de la intolerancia y la violencia que tanto repudió, lo mismo sucede con JFK quien muere sin saberlo.

Pero como la muerte es la única seguridad de todos los que vivimos o malvivimos, el autor retrata también la realidad de los anónimos decesos cotidianos, de aquellos seres que tienen como única motivación para existir el discurrir de la vida misma con sus diversos grados de felicidad y frustración. El suicidio, el asesinato por venganza o por vergüenza, la certeza de saberse inútil e intrascendente, en fin, la soledad, la traición, el exceso de moralidad - y hasta la propia muerte del autor - son también temas de las plurales muertes que el fabulador rememora e imagina, haciéndose cómplice de lo predicado por Dionisio Aymar.á.

“Déjame morir un poco contigo. Un poco solamente porque también debo morir con otros”.

Salvador Pániker y su Diario de Otoño

Recibo alborozado *Diario de Otoño* (Mondadori, Barcelona 2013), el más reciente libro – dedicado y finamente editado – de mi admirado amigo Salvador Pániker. Sobre el autor la crítica especializada señala que es la inteligencia en estado superlativo, yo añadiría que es también la emoción en estado máximo.

Los dietarios, los diarios personales, las anotaciones personales, las confesiones descarnadas, las reflexiones cotidianas, que Pániker ofrece a sus lectores ponen al descubierto a un hombre a quien lo humano no le es para nada ajeno. El ensayista en las tantas páginas escritas desde su *Primer Testamento* en 2002, desvela lo insondable y revela lo oculto. Pániker no coloca mamparas, pantallas, bastidores, para desnudar su intelecto y su corazón; el autor confiesa sin tapujos ni melindres que reza, ama, llora, admira, crítica, ataca, defiende, sufre, se divierte, comparte con los amigos, oye música, se enferma y toma medicinas, en fin, que es todo a la vez: padre, hijo, esposo, amante, abuelo, catalán e indio, defensor de la eutanasia, editor exitoso, amigo y ciudadano, escritor por derivación y ahora por necesidad.

Diario de Otoño recoge y actualiza las sempiternas reflexiones de Salvador sobre la mística, la fe, la religión, de la trascendencia, sobre su Dios – cómplice. Reitera también su admiración y respeto por

algunos escritores que han influenciado su pensamiento, en especial por Edgar Morin: “en todo caso somos hermanos” sentencia. La defensa de la eutanasia es otro tema que ha demandado la atención de Pániker, y al que le ha dedicado días de actividad y largas páginas de apoyo y solidaridad. La retroprogresividad también se hace presente en los caviles de este filósofo que acuñó el término para beneficio de aquellos que creemos que somos una mezcla de lo progresivo y de lo regresivo.

JX ocupa un lugar privilegiado en la emoción del escritor, no lo esconde, lo publica: “Ella es ella, consistente, real; no sólo es mi amante puntual, sino que es *ella*, perenne, grácil y, últimamente, ya un punto envejecida; es ella, tan rápida y tan lista, con su cabello de menina, ese color sosegadamente castaño, sus ojos de avellana, su bellísima sonrisa; es ella, ya un ser muy conocido y re-conocido”.

Sin embargo, no todo es felicidad y jolgorio en este nuevo dietario de Pániker, el viernes 18 de diciembre de 1998, Salvador sollozante escribe: “El ser más querido en este mundo ya no está. Desde hoy al mediodía ya no está”. En virtud de esta dolorosa, punzante y desoladora realidad de la muerte de su hija, Salvador concluye este nuevo dietario, confirmando una cruel verdad:

“Mi hija Mónica ya no está. Yo sigo provisionalmente vivo”

Salvador Pániker y su Diario del Anciano Averiado

El anciano se levanta de la cama tambaleándose.
El anciano ha dormido mal,
le duelen los huesos no sabe si es por gripe o
por artrosis (...) El anciano se
asombra de ser anciano; es un anciano
reciente; dentro de poco se habrá
acostumbrado ya a ser anciano. O quizá no.
El anciano destapa la máquina
y escribe...

SALVADOR PÁNIKER

Regresa Pániker adonde nunca se ha ido: a sus dietarios, a sus más íntimas reflexiones y emociones que compila y comparte, en fin, vuelve el escritor - sin haberse marchado - a lo que más le gusta y sabe hacer con soltura y maestría; hace suyo el consejo de Hemingway: “escribe lo mejor que sepas sobre aquello que mejor conozcas”. Para que no queden dudas sobre sus intenciones, el escritor afirma: “Insisto. Yo (en mis diarios) no me ocupo tanto de mí mismo cuanto de las impresiones que pasan a través de mí.

En mis diarios yo soy sólo un pretexto, / un recurso narrativo / reflexivo (...) El diario me permite envejecer sin angustia. El diario es ese *interlocutor* que todos deseamos tener. Un buen antídoto contra la soledad”.

En su más reciente diario publicado, porque inéditos hay y habrá muchos más por ahora en espera de imprenta y para la espera de sus lectores, Pániker insiste en sus permanentes temas vitales e intelectivos. Machaca y comunica nuevas facetas de su versátil inteligencia, los denominados *leitmotifs* de su *paideia*. Reitera así su preocupación por los efectos nocivos de una Globalización que todavía propicia severas diferencias económicas y sociales, y por el excesivo uso que la denominada *tecnjuventud* hace del ordenador y del móvil para quedar apresada y dominada en las accesibles y amigables redes sociales que –paradójicamente– acercan a los seres humanos mientras los alejan del verdadero prójimo y del inconmensurable placer de leer.

Sin tapujos el autor manifiesta su más profundo rechazo por los populismos superficiales que ofrecen ilusiones y promesas a los alienados en la esperanza o en el consuelo. De igual manera, explicita enfáticamente su desagrado por el nacionalismo español, “lo mismo digo del nacionalismo catalán, vasco o el de cualquier otro país”; además –con justificada razón– observa que no entiende la pretensión de algunas naciones, como la de su Cataluña natal, de tener un Estado propio, fuente de innecesarios y decimonónicos conflictos.

Reitera su fe en el Dios cómplice, amigo, que no juzga ni condena; reafirma su incondicional apoyo al derecho que nos asiste para tener una muerte digna; subraya la necesidad del diálogo, del encuentro entre ciencia y religión; enfatiza la vigencia de su concepto de *retroprogresión* “la nueva sabiduría que cada vez es más vieja”; critica acerbamente tanto al terrorismo internacional como a los que asimilan unívocamente musulmán con yijadista; toma firme partido

por la necesidad del hibridismo y del cosmopolitismo. Empero, es necesario referirnos, en especial, a un concepto fructuoso y capitalizable: el *agnosticismo místico*, escribe Pániker: “El místico sabe que el concepto tradicional de Dios es sólo la caricatura antropomórfica de algo infinitamente más extenso, más intenso, más inaccesible. El místico vislumbra que ni siquiera tiene sentido llamar a Dios “Ser Supremo”, pues obviamente Dios no es un ser. Por ahí incide el místico con el agnóstico. Por ahí camina uno”.

Por supuesto que dos pasiones serenas del ya maduro escritor no podían omitirse en este dietario: Bach y JX, el orden es lo de menos, a ambos los lleva en su devoción y en su escritura. Salvador, el coqueto y sempiterno seductor, aprovecha la ocasión para informar de sus más recientes flirteos; nueva nomenclatura femenina irrumpe súbita en la existencia de un anciano no tan averiado para las lides del amor: GG y BEA. También se hace presente su afecto y admiración por “la chica de los ojos verdes”, por Nuria la madre de sus hijos, así como el insuperado, y por lo visto, insuperable conflicto con sus hermanos Raimundo y Mercedes que no llegaron a ser sus amigos, como ahora sí lo son, y con mucho, sus inseparables hijos.

Los demás, los otros, el prójimo, los amigos vivos y muertos están indefectiblemente presentes en este dietario que es indubitablemente un canto a la vida y nunca una lamentación ante la inevitable muerte, aunque la misma sea, junto con las dolencias del escritor: “yo últimamente levanto acta de mis enfermedades”, la protagonista indiscutible del diario del anciano averiado. Una mezcla de vida y muerte, de página social y obituario, dan tono a las páginas de lo vivido por el escritor. Larga y diversa sería la lista tanto de los amigos, familiares y allegados que permanecen en el entono afectivo de Pániker, como aquella de los que viven por siempre en el recuerdo y la emoción del escritor, comandada esta última por su madre, su padre, su hija Mónica, su hermano José María y algunos compañeros de juventud y andanzas existenciales,

los muy selectos amigos de la quinta, de la cuadra afectiva de Salvador que no es ciertamente la Plaza Mayor de Salamanca.

En relación con el tema central del dietario, Pániker confiesa abiertamente, a raíz de su crisis neurológica de 1962: “En el pasado me bloqueaba la muerte. Al no tener digerida –o interpretada, o situada dentro de un esquema general de las cosas– se producía como un efecto de obturación, en todo lo demás. Era como si me dijera a mí mismo: estoy aquí, he de morir, y no tengo intelectualmente resuelto el asunto, lo cual es como caminar con un inmenso cabo suelto pendiente de solución o, más bien. de decisión”.

El escritor, ya superados los miedos atávicos y estructurada su postura vital ante la muerte -, apoyándose también en testimonios de poetas y novelistas, como es el caso de Bukowski, quien denominaba a la muerte como la última de una serie de bromas pesadas – sabe que la convivencia con la vejez, la aceptación madura de la muerte, el logro de la trascendencia implica sobre todo la autotrascendencia, que Pániker aspira encontrar mediante la escritura:

“Escribir pues. Lo cual sólo merece la pena si uno tiene algo que decir y uno encuentra la manera de decirlo. Escribir bordeando la enajenación de la gramática. Escribir sabiendo que la prosa antes fue verso, que el verso antes fue canto, que el canto antes fue grito, que el grito debió de partir de aquel gruñido o espasmo de la garganta de un simio asombrado puesto en situación límite. Escribir musicalizando la prosa, lo cual es una manera de aproximarnos a la unidad perdida con la natura”.

Asimetrías de Salvador Pániker

Salvador Pániker me envía desde su Barcelona natal su más reciente libro *Asimetrías*. Editorial Debate. Barcelona, 2008, en el que ofrece nuevas y renovadas reflexiones en relación con los temas que le son propios, y otros que las circunstancias nacionales o internacionales le imponen a su inteligencia y sensibilidad de ser humano.

En relación con los segundos, los de su entorno, el filósofo incluye sesudas crónicas de su tiempo, algunas de ellas referidas a la Guerra de Irak para dejar clara su posición ante esa insensata iniciativa de las fuerzas del Bien para derrotar a las del Mal, conceptos ambos “destinados a satisfacer las necesidades paranoicas de los fundamentalistas americanos que no pueden vivir sin disponer de un enemigo al cual atribuir todos sus males. (Lo mismo, dicho sea de paso, que sucede con los fundamentalistas islámicos).”

Otras crónicas de su cotidianidad, esta vez española, se refieren a aspectos que le son cercanos como el creciente racismo, esa aberración humana concebida como “una doctrina según la cual las diferencias raciales determinan las diferencias culturales y justifican las desigualdades sociales.” Pániker reacciona vivamente contra los racistas, denunciando que el racismo es un más bien un síntoma donde juegan “las inercias de la historia; también la

citada confusión entre lo biológico y lo cultural. Queda lo social. Cabe decir, por ejemplo, que el racismo es una manifestación particular de un fenómeno más amplio: la xenofobia, el odio del otro en tanto que otro.”

Las otras dos partes de este libro comprometido, sincopado y asimétrico tienen que ver con sus temas de siempre a los que el escritor le ha dedicado sus energías de intelectual y de hombre público: la retroprogresión, la eutanasia voluntaria, el hibridismo, la necesidad de trascendencia, la defensa de la vida digna, en fin, un nuevo humanismo, conviven en este texto condensado de su pensamiento con retazos de sus nutricos diarios personales, sus dietarios, en los que el autor cohabita ya no sólo con sus ideas sino también con sus pasiones, sus entrañas, con sus vísceras en el sentido más literal del término.

Asimetrías es un nuevo testamento vital de un escritor de su tiempo, absolutamente consciente de *su aquí y de su ahora y de su allá y entonces*, que ama la existencia fecunda y transmite al lector sus ganas de existir día a día, porque está profundamente convencido que: “Aunque parezca extraño, vivir no es imposible.”

Carlos Rangel: Escritor Visionario y Universal

A Sofía Imber

Carlos Rangel, en su celebrado libro *El Tercermundismo* aborda y analiza realidades ideológicas que dábamos por superadas, y que, empero, en este siglo XXI, han tomado un nuevo aliento. El ensayista considera que este modelo “o más generalmente el “ánimo socialista” no es de ninguna manera una “etapa superior”, o “un progreso”, en relación con lo que es hoy es conocido como Capitalismo, sino una reacción, un reflejo pasadista, un rechazo visceral a las consecuencias sociales, culturales, económicas y políticas de la economía de mercado.”

De igual manera, el autor se pregunta ¿Qué es el Tercer Mundo? luego de sesudos y enjundiosos análisis concluye: “La verdad del caso es que los pueblos englobados en la tipificación tercermundista muestran más divergencias que semejanzas. Tienen una extraordinaria diversidad en historia, cultura, demografía, geografía, y una gran variación en facultades, actitudes, costumbres, niveles de vida, grados de atraso o modernización. Se incluye en el Tercer Mundo áreas de estancamiento relativo, al lado de otras de violento cambio y hasta de rápido avance económico y de acelerada modernización; naciones homogéneas y Estados compuestos por un mosaico de naciones que ni siquiera hablan la misma lengua; sociedades secularizadas junto con otras de virulento fanatismo religioso; regiones de agobiante densidad demográfica y vastas

áreas casi despobladas; sociedades rígidamente estratificadas como si fueran comparables a otras de gran movilidad social; a los habitantes de ciudades modernas como si no se diferenciaron sino superficialmente con aborígenes que viven en la edad de piedra.”

Rangel –en lo relativo a lo que denomina con toda propiedad la Revolución Capitalista– subraya: “El capitalismo no sólo ha causado una prodigiosa revolución económica, sino, además, otra igualmente importante en la sensibilidad. De esta segunda revolución uno de los productos más significativos ha sido el Socialismo. Esto lo sabía perfectamente Marx y lo dice abundantemente, a pesar de su prejuicio emotivo contra la civilización capitalista. Lo que no pudo ver Marx, cegado por ese prejuicio, y lo que persisten en no admitir los socialistas actuales, a pesar de que existir ahora sobradas pruebas de ello, es que los ideales libertarios y humanitarios del Socialismo no sólo son creaciones de la civilización capitalista, sino además proyecciones utópicas de virtudes y prácticas sin duda imperfectas, pero ligadas indisolublemente a la organización capitalista de la sociedad, e incompatibles con el Socialismo.”

En su libro más elogiado *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*, publicado originalmente en francés por una reputada editorial parisina, el autor sostiene, con aguda y actualísima percepción, que en el caso de los latinoamericanos hay una necesidad permanente de integrar socialmente y psicológicamente al indígena amerindio. En este sentido, Rangel expresa que en América Latina “esa necesidad ha sido el hecho central y ha sido el cáncer de Latinoamérica, donde el conquistador creó una sociedad de la cual los indios, reducidos a la servidumbre, formaban parte orgánica e indispensable, los hombres por su trabajo, las mujeres por su sexo. En consecuencia, los latinoamericanos somos a la vez descendientes de los conquistadores y del pueblo conquistado, de los amos y de los esclavos, de los raptos y de las mujeres violadas. El mito del Buen Salvaje nos concierne personalmente,

es a la vez nuestro orgullo y nuestra vergüenza. En la extremidad de esta frustración y de nuestra irracionalidad llegaremos a no admitir otra filiación, y aun hijos o nietos de inmigrantes europeos muy recientes, seremos *tupamaros* (de Túpac Amaru, líder en el Siglo XVIII de una sublevación indígena en el Virreinato del Perú). De este modo, el Buen Salvaje se convierte en el Buen Revolucionario, “aventurero romántico, Robin Hood rojo, Don Quijote del comunismo, nuevo Garibaldi, Saint – Just marxista, Cid Campeador de los condenados de la tierra, Sir Galahad de los miserables, Cristo laico, San Ernesto de la Higuera.” O Hugo Chávez añadiríamos nosotros.

En relación con Venezuela, paradójica y tristemente, Carlos Rangel pareciera estarse refiriendo a la actual, confusa y convulsa realidad nacional producto de la llamada Revolución Bolivariana. Sin embargo, a pesar de las duras y difíciles realidades que ha experimentado y experimenta Venezuela, el ensayista transmitió siempre un mensaje de optimismo para enfrentar a las Casandras nacionales, a los profetas del desastre, a “los neo-pesimistas” que cada vez abundan más.

El escritor universal que continúa siendo, aseveró que: “Reiteradamente he sostenido, desde diversas tribunas, que el mal radical reside en que entre nosotros, la sociedad civil, que nunca fue fuerte, se ha debilitado aún más, relativamente, mientras que el Estado se ha vuelto monstruoso, dueño de casi todo y además omniintervencionista: un gigante de cerebro minúsculo, sin memoria, sin percepción clara del presente, sin visión de futuro y que, sin embargo, persiste en postularse como único capaz de normar, hasta en sus mínimos detalles, la vida de una sociedad a la cual se supone compuesta por eternos menores de edad en eterna necesidad de tutela.”

¡Buena lectura para estos tiempos bolivarianos de buenos salvajes y mejores revolucionarios!



Ángel Bernardo Viso: Venezuela: Identidad y Ruptura

Los hechos históricos sólo tienen importancia en la medida en la cual condicionan nuestra conciencia y la modelan en el transcurso de nuestro devenir.

ÁNGEL BERNARDO VISO

Publicado por vez primera en 1982 en Caracas, el libro en comentario es, por un lado, un particular reclamo a nuestra incapacidad como venezolanos para incorporar el pasado a nuestra identidad nacional, y por el otro, una personal búsqueda de explicación a nuestra capacidad para vivir en permanente ruptura. En efecto, Viso constata que “si del presente alzamos la vista hacia el pasado, percibimos igualmente nuestra historia, salvo algunos momentos afortunados, como una sucesión de vías sin salida, que hemos logrado abandonar gracias a revoluciones sin número, y que invariablemente han conducido a nuevos atolladeros.”

Con aguda claridad nuestro escritor reivindica la figura de nuestros antepasados: los indios, “esos seres sin rostro (...) a los que todavía no conocemos, a pesar de que llevamos su sangre”. Sin embargo, con el mismo claror se lamenta de que nuestra historia ha sido fabricada con fines pedagógicos y patrióticos por

políticos e historiadores, y sentencia que “detrás de la epopeya oficial de nuestros caciques sólo se oculta una serie de nombres sin contenido concreto. A cada uno de ellos se le ha forjado una historia a partir de un hecho real o imaginario, con la finalidad de poder justificar una plaza, un fuerte, una avenida o una estatua. ¡Pobres caciques!”

Para Viso el desconocimiento de nuestros antepasados indígenas es para el venezolano tan intenso como el escaso conocimiento que tiene de su vertiente española que “viene primero de fuera que de dentro porque la identidad del yo español y el yo americano se rompió hace alrededor de 170 años”. A esta ignorancia se suma activamente el rechazo a lo español avivado por posiciones extremas que convirtieron a la Leyenda Negra en historia oficial, pretendiendo que el venezolano sienta más orgullo en descender de Guaicaipuro que de Alonso de Ojeda. Esta posición asumida cada vez con más intensidad por la dirigencia política ha llevado, según el ensayista, a negar a España, a denostar de la herencia de Occidente, y lo que es más grave, en nuestro criterio, es que “esa misma clase mientras entona loas a la cultura india precolombina, trata de perpetuar en los débiles la conciencia de su debilidad. De esa manera, todas las reformas sociales llevan inevitablemente a impedir a esos débiles el logro de su propia redención mediante el trabajo, de manera parecida a como tantos padres impiden a sus hijos, por una excesiva protección, llegar a ser hombres.”

La Independencia de Venezuela, y el constante y renovado culto al Libertador no escapan a la heretical reflexión del escritor. A la Independencia, le asigna cuatro características relevantes que le han otorgado indistintamente la condición de movimiento de liberación contra la opresión y la tiranía; de gesta heroica cumplida por unos hombres excepcionales sólo comparables a semidioses; de escuela para el porvenir y la de fundación misma de la patria, siendo los libertadores nuestros indiscutibles padres. Para Viso, la Independencia de Venezuela con su proterva secuela de anarquía

interna y de aislamiento de lo hispano tiene el significado simbólico de un suicidio que “no constituye un tema para entusiasmar a los escolares venezolanos, ni para animar los discursos en las numerosas festividades patrias.”

Sobre la creciente y latosa devoción a Bolívar, Viso señala que constituye uno de esos *modelos* “que la tradición y la iglesia republicana nos proponen, exigiendo de nosotros un modo de ser, un estado del alma de tal naturaleza que nuestra vida y nuestros actos se regulen sobre la historia personal del héroe (...) Desde luego, no se trata de negar que Bolívar fue un héroe (...) aunque puede afirmarse que su heroísmo era trágico.” En esta perspectiva, Viso, herético, alejado de adulantes perspectivas laudatorias, afirma que Bolívar, nuestro trágico superhéroe, tuvo “una vida desgraciada y concluyó con un fracaso político de dimensiones gigantescas (...) Y en vista de que su trayectoria vital es un arquetipo que se nos propone para ser imitado íntegramente, también el fracaso de esa vida continúa gravitando sobre nuestro destino, como podría hacerlo un maleficio esterilizador.”

No podían escapar a nuestro visionario ensayista dos taras que aún están presentes en la concepción de país que nos imponen: el caudillismo personalista y un nacionalismo muy venezolano como es el cultural. Prolijo y agudo como es su deliberar, Viso ilustra de esta manera ambos fenómenos. En relación con el caudillismo personalista, el escritor, como si su libro fuese escrito en la presente década, señala que: “no conviene olvidar que el aspecto subjetivo del caudillismo, es decir, el personalismo, es hijo también de la destrucción de un estado de derecho con raíces milenarias y de la falta de prestigio de las leyes promulgadas apresuradamente. En efecto, el personalismo no es sino colocarse el hombre por encima de las normas que debían regirlo, y su causa manifiesta es la falta de respeto a ellas. Este desdén hacia el orden precariamente constituido se manifestó desde la primera hora de nuestra historia republicana...”

En lo concerniente a la degeneración de los nacionalismos extremos imperantes en muchos de los países latinoamericanos, y en especial el nacionalismo cultural venezolano, Viso es particularmente actual cuando afirma que esa expresión endógena hoy “tiene ganada una audiencia respetable, la de nuestros hijos, a través de la enseñanza de sus maestros y del rígido control de los programas educativos.”

A la luz de sus sesudos análisis, Viso no puede llegar a una conclusión distinta que no sea la necesidad de fomentar una contrarrevolución necesaria porque, *hélas*, aún los venezolanos hablamos “todavía el lenguaje de Bolívar, multiplicamos porfiadamente los símbolos de la patria, abrumamos a nuestros hijos en los bancos escolares con el árido estudio de la cívica – una disciplina no vivida – y con el de una historia patria que se complace en exaltar los detalles más pequeños de sus batallas con las fuerzas del mal – los realistas – para compensar la falta de comprensión de los fenómenos estudiados por ella.”

Al invitar a releer este estupendo ensayo, verdadero bocado para los espíritus contemporáneos, permítasenos concluir esta nota con unos versos de Charles Baudelaire, tan caros a nuestro también poeta Ángel Bernardo Viso:

“¿Qué ha de hacer en lo adelante el mundo bajo el cielo? Pues, suponiendo que siguiera existiendo materialmente ¿sería una existencia digna de ese nombre y del diccionario histórico? No digo que el mundo quedará reducido a los artificios y al desorden bufón de las repúblicas de América del Sur...”

Luis Herrera Campins: El Bondadoso

El único símbolo de superioridad que conozco es la bondad.

LUDWIG VAN BEETHOVEN

Quien sabe pensar sabe hablar, sabe escribir, sabe cómo transformar el pensamiento abstracto –las ideas– en verbo y letra capaz de ser comunicado y entendido. Ramón Guillermo Aveledo es un pensador que como disertante o como escritor transmite a cabalidad lo que piensa y pregona. Ya lo ha hecho con intransferible maestría en sus reflexivos y emotivos discursos como orador de orden en nuestro Congreso Nacional; en lo personal recuerdo su alocución con motivo de la celebración de un 5 de julio que encendió pasiones patrias y motivó una que otra lágrima furtiva de admiración por el tribuno. En las aulas universitarias sus alumnos no sólo aprenden los asépticos contenidos del curso, también se deleitan con la palabra de un docente que va más allá del programa establecido para transmitir experiencias y mundologías que convierten al profesor en verdadero maestro.

Cuando escribe, es decir, cuando piensa con la pluma sobre el papel o con el cursor sobre la pantalla, Aveledo sabe discurrir y convencer. Se explaya en plaza propia, el papel no opone resistencia, se regodea con la correcta ubicación del adjetivo, de

la preposición o del adverbio en el sitio preciso, no para cumplir sólo con las inflexibles reglas de la sintaxis castellana sino también para revestir al texto de una particular galanura que concita la avidez, el contento del lector, el deleite del leyente. En mi caso, dejo constancia del goce que produce la lectura de sus reflexiones sobre su admirado Churchill o sobre su devoción por la venerada Divina Pastora, en las que Ramón Guillermo puede ser británico y larense a la vez. Nada distinto que decir sobre sus atinados ensayos acerca de la realidad nacional, o sobre su virulento rechazo a tiranos o dictadores de viejo o nuevo cuño.

En la ocasión que nos reúne, Aveledo biografía a un venezolano muy peculiarmente venezolano, al bondadoso Luis Herrera Campins: su compañero de partido, su ductor político, su jefe de fracción, su superior jerárquico, pero, por encima de todo, su amigo personal. Así la semblanza que realiza de su querido amigo tiene la virtud de ir más allá de lo investigado en archivos o publicaciones, o de lo oído en conversaciones o entrevistas para incorporar en el texto ese activo intangible que es lo mucho vivido y lo tanto compartido con el biografiado.

Muchos y buenos son los hallazgos, los descubrimientos, las revelaciones, que el lector encuentra en este texto que derrumba injustificados prejuicios y demuele imágenes prefabricadas para develar a un ser humano íntegro e integral que va más allá de su condición de hombre público. Veamos entonces los Herrera Campins –que muchos y diversos son– recuperados por la aguda inteligencia de Aveledo para dejar de lado la historia coloquial, las fábulas y leyendas construidas, las famas infundadas, alrededor de este múltiple personaje de nuestro convulsionado acontecer nacional, como bien lo expresa Ramón Guillermo: “Típico y atípico, elocuente y silencioso, sencillo y sofisticado, Luis Herrera Campins conservó, hasta el final de sus días, un cierto carácter enigmático de acertijo sin resolver. Uno de los venezolanos

más conocidos de su época, murió siendo para muchos un desconocido”.

Nacido en Acarigua el 4 de mayo de 1925, sus padres Luis Antonio Herrera Muñoz y Rosalía Campins Zamora, lo bautizaron como Luis Antonio Ramón Porfirio Herrera Campins, y más tarde - en esa hispana manía nuestra por endilgar alias, apodos, motes, sobrenombres –fue también llamado “acarigüita”.

Creció en una villa sin asfalto, palúdica y chagásica, vivió como un niño rural, trepando árboles y comiendo mango, bañándose en pozas y ríos, cabalgando caballos de palo de escoba y emulando a los recios bateadores de los dos equipos locales de su tiempo. De niño, Luis ya había demostrado su vocación por la caridad cristiana. En efecto, cuando salía temprano a comprar leche con dinero de su madre, luego de llenar el cántaro, el niño Luis Antonio pasaba por la fila de los presos gomecistas obligados a apaciguar con agua el polvo de las calles al paso del gobernador de turno, vertiendo la leche sobre sus tacitas de lata, haciendo honor a lo dicho por Sófocles: “el que es bueno en familia, es también buen ciudadano”.

A sus 10 años, la familia se muda para Barquisimeto, ingresa el infante Luis al seminario por un año, viste la consabida sotana y luego inicia estudios en el Colegio La Salle, que van a marcar su formación humana y su vocación cristiana, “se nos ha educado en la bondad, que es el temperamento de los grandes corazones” dirá en 1963. Graduado de bachiller lasallista marcha a Caracas a estudiar derecho en la Universidad Central, se vincula a la UNE; en 1946 se convierte en uno de los fundadores de COPEI “el más joven entre los viejos y el más viejo entre los jóvenes” afirma. Viaja por el país llevando el mensaje demócratacristiano a lo más recóndito de la patria. A los 22 años es electo diputado por su estado natal. Luego del golpe militar contra Gallegos, se solidariza militantemente con los estudiantes que protestan contra la dictadura de Pérez Jiménez, el 15 de febrero de 1952 es apresado

por la temida Seguridad Nacional, permanece encarcelado por seis meses y es expulsado a Bogotá. Como exiliado allende y aquende, retomará su labor periodística iniciada en *Surcos* en sus años lasallistas, continuará con su creciente labor política, finalizará sus estudios de derecho, y emprenderá el largo camino que lo llevará, a contracorriente, a pulso, a la Presidencia de la República. Una vez más hace suyas las palabras de Marco Aurelio: “ya no discutas acerca de si puede existir en el mundo un ser humano bueno y recto: urge que tú lo seas”.

A los 33 años de edad regresa Luis Herrera al país, más juicioso en lo personal y más maduro como político. Inicia una beligerante y exitosa carrera parlamentaria, en la que exhibe indudables dotes que lo llevan a ser considerado como uno de los más grandes parlamentarios venezolanos de su tiempo. En este sentido, Avelado expresa: “Densidad y gracia, sentido de la realidad política y amplia visión para ubicar las cosas en su contexto y para entenderlas en su significado, caracterizaron sus discursos. Palabras que podían ser risueñas, graves, punzantes y filosas, pero siempre más mano extendida que puño cerrado”. Es que el parlamentario Herrera también entendió lo expresado por Royo Marín: “con bondad se adquiere autoridad”.

No descuida nunca el parlamentario su temprana vocación de periodista que ejercerá desde sus tiempos de estudiante lasallista y lo acompañará hasta después de su salida como Presidente de la República, cuando en mayo de 1984 emprende la edición de *Voz y Caminos*, una publicación que en palabras del propio Herrera “tiene la modestia de las obras en las que importan más los esfuerzos personales que los recursos técnico-gráficos o financieros”, porque el periodista- editor conoce a conciencia, como bien lo expresa el poeta Tagore que: “el bien puede resistir derrotas; el mal no”.

Minuciosa es la labor recopiladora de Avelado sobre el quehacer periodístico de un político que no cesó de expresar

libre y valientemente su compromiso con las ideas de justicia y democracia. El biógrafo se pasea por la innúmera cantidad de periódicos, panfletos, revistas, impresos, en los que Luis Herrera participó como columnista o editor. Sorprende no sólo el número sino la diversidad y el carácter de las publicaciones que acogieron sin cortapisas la palabra de Herrera Campins, quien profuso y bueno escribió con su propio nombre, o bajo seudónimos propios y compartidos. Envalentonado, intenté contabilizar las publicaciones en las que colaboró el periodista Herrera, pero muy prontamente - avalanchado de información - me rendí; algún avezado estudiante de comunicación social dispone pues de un rico y variado material para complementar la obra de nuestro polisémico personaje.

Por supuesto que el estadista, el Presidente de la República, no puede estar ausente en las reflexiones de Aveledo, quien lo acompañó muy de cerca en su gestión de gobierno. En este sentido, el autor –además de enumerar los logros políticos, económicos, internacionales y físicos del gobierno del Presidente Herrera que una revolución bolivariana inepta e ineficiente gusta de ocultar– concluye que el mandatario demócratacristiano “por convicción personal y en virtud de la lectura de la realidad nacional, su gobierno lo definió como “El Gobierno de los Pobres”. Cuan cercano o lejano logró estar de ese generoso propósito es algo que merecería evaluación en trabajo especialmente dedicado a ello”. En todo caso, el propio Presidente Luis Herrera, en su mensaje final al Congreso y al país afirmó: “Mi trayectoria de ciudadano y mi condición de gobernante me llevan a asumir por entero las responsabilidades de la acción de gobierno, y las asumo”. Porque un hombre bondadoso coincide con Fenelón en que: “hasta los buenos tienen sus defectos y sus prejuicios”.

Hombre fiel a su casa *La Herrereña* –a *La Casona* por excepción– Betty Urdaneta, su mujer de siempre, lo atestigua. No fue amigo de palacios, mansiones o cortes, sino de sus muy preferidos amigos,

Territorios de la Pupila

demasiado amigo fue Luis Herrera, al decir de algunos de sus más amigos.

Hombre culto, amigo del saber, de la música, de las artes plásticas y de la literatura; admirador del poeta Paz Castillo, a quien invitó muy especialmente a su toma de posesión como Presidente de la República. Sibarita, buen diente, goloso, sin embargo, no le gustaba el chocolate, a pesar de una atribuida pasión por un *Toronto* de la *Savoy*. Dicharachero, coplero, refranero, supo hacer tanto de la palabra como del silencio un argumento político.

La bondad fue sin dudas su lema: ser bueno en todo el sentido de la palabra bueno. Con San Alfonso María de Ligorio puedo apostar que Luis Antonio Ramón Porfirio Herrera Campins, en su bien merecida eternidad, jamás se arrepentirá por haber sido bueno, humanitario, clemente y justo.

¡Gracias Ramón Guillermo por esta excelente biografía de nuestro Luis Herrera Campins: ¡El Bondadoso!

Mares de Árboles y Pájaros

Traigo noticias / De un tiempo sumergido en
las distancias.

Y son noticias / De un pueblo paria en las
ciudades /

De estas noticias / Me surte un pueblo oculto
y diligente.

Que son noticias / Que brillan de sudor y
sangre.

Mas mis noticias / Ni son augurio de salvación
de nadie /

Ni de hundimiento que condene a todos / Si
son noticias /

De una tradición que aún tiene paisaje / Y
condición volitiva de hombres nobles.

Con mis noticias, sabréis de un mundo, patria
de mi ayer /

Y patria viva; de savia y raíces.

JUAN MARES

El connubio entre el escritor y su comarca es siempre una motivación válida y suficiente para la creación literaria. Buenos ejemplos de este maridaje lo constituyen la relación emotiva de García Márquez con Macondo, de Rulfo con Comala, de Vargas Llosa con Lima, de Borges con Buenos Aires, de Morón con Carora, de Cabrera Infante con La Habana, de Pulido con Caracas, de Pérez Alencart con Puerto Maldonado, de Cortázar con París,

Territorios de la Pupila

entre tantos otros. Juan Mares (seudónimo de Juan Carmelo Martínez Restrepo), no es la excepción.

Este poeta colombiano nacido en Guatapé, villa del Departamento de Antioquia, ahora residenciado en Apartadó, en su libro *Él árbol de la centuria* se adentra en los recuerdos y las evocaciones de tiempos pasados que no se han ido —“eso vieron mis ojos y sintió mi piel en la edad de los arroyuelos”—, a objeto de dejar constancia de emociones y querencias de un siglo que se la antoja vegetal.

El verde, frondoso y centenario árbol del poeta mece en sus ramas a pájaros de diferente tamaño, canto y color; los hay conocidos y otros de difícil y extraña nomenclatura. Mares los hace convivir en la paz del erial sin aleteos ni picoteos. El árbol de la centuria cobija en su oquedad a múltiples aves de diferente copla: “el coro rugir de los cotudos, / el grito lamentoso del perico ligero y de la guasa / el grito aguzante de la laura”; además “suelta el diostedé su canto monocorde y gris y con su algarabía pasan las chejas”. Igualmente asienta: “Conocí pájaros vestidos de negro y amarillo / Que sueltan un canto fugitivo mientras vuelan, / tienen el pico blanco”.

Árbol, pájaro y poema se mimetizan para diluir su identidad y convertirse en trinomio de ramas, plumas y letras; el poeta lo comunica dicentemente: “Ya mirado el poema en colores y plumas / (Enjaulado en mí mismo) / Y luego de escuchar su trino / Me dispuse a soltarlo en la hoja / Y voló de mis manos // Sé que cuando regrese a mis ojos / En las hojas de un árbol / Quizá sea otro el mensaje del pájaro / Y otro mi ánimo. / Entonces, le miraré / Y leeré ese rostro / Como si un poema que regresa”.

El árbol centenario de Mares desde su verde atalaya profesa el rol de cronista minucioso y vigilante, el poeta informa de lo confiado y comunicado por el soto: “Me habla de los gigantescos abarcos que daban piloncillos / Para que los hombres del campo

fabricaran pirinolas / Para su entretenimiento. / Me habla de los algarrobos donde las guacamayas / Hacían ópimas fiestas para el manao y la congona. / De los campanos para las bateas de las mujeres pilanderas / Que amasaban el maíz y lavaban el oro de los sueños /. De los taguales donde medraban las panteras, los osos y las dantas, / De los bejucos que rypiaban manos toscas / Para sus útiles jolones, chingos y balayes”.

Por supuesto que el largo siglo de vida del árbol de Mares son muchas, las situaciones, circunstancias, escenarios, leyendas y patrañas de los que ha sido privilegiado testigo, cuando no protagonista. En efecto: “El árbol de la centuria ha vivido cada una de las vicisitudes del tiempo: / Los colmillos y garras del perro entre sus combas para atrapar la caza, / Las arañadas del oso y la pantera, el taladro del pájaro carpintero. / El machetazo del cazador y la herida del hachero. En sus combas acunó a la danta en su reposo, / a la gallineta viajera en pos de sus musarañas alimenticias. / –Prodigio ha sido el árbol de la centuria–”.

El árbol, el río, la lluvia, los pastizales, las lavanderas jacarandosas, las rítmicas pilanderas, los campesinos laboriosos, los vecinos de la época, la selva, la montaña y su bruma, aves, animales de todo talante, los insectos –en fin, todo aquello que contribuye a la solera de *la poética del espacio* de la que hablaba Gaston Bachelard–, se hace presente y notorio en la afectuosa y bucólica evocación que Juan Mares convierte –con particular maestría– en un poemario que es asimismo un compendio antropológico: la esencia de una comarca, su idiosincrasia. No podía faltar –en sus versos de nostalgia y añoranza– una recordación de la casa familiar:

“A la distancia, la casa de borcones, de palma y cercada en cañasflechas junto al barranco colorado, la cruz de mayo en el patio y el curazao como un copo de alivios en colores rojo, amarillo y rosados. El azul lo ponían las azucenas”.



Perú: Un País para Degustar

De nuevo a Mirtha, Genoveva, Coco y familia,
gratitud obliga

Usualmente la degustación se asocia sólo con el gusto, con la gastronomía, olvidando que el hombre es sensorial y tiene cinco maneras distintas de la razón para degustar el mundo. El Perú lo confirma. Por supuesto, que primero entra por la boca con los consabidos y variados ceviches, con sus pescados y mariscos que son frescos y de un gusto un tanto diferente a los del Caribe mar, pero nada como el lomo de alpaca degustado en Cusco, o como unas conchitas al Bloody Mary que engullimos con placer en la Punta del Callao, aderezadas con pisco en vez de vodka.

Sorprende la variedad de piscos que muestran las licorerías del país, y que los peruanos consumen con fruición. En la fiesta de Año Nuevo en casa del General Tomás Marky, tuvimos la oportunidad de que el también General Luis Monzón nos diera una explicación de experto para entender el proceso, y el tipo de uva: Quebranta, mosto verde, de Italia, entre otras, que se usan solas o combinadas para producir el acholado, propio de los cholos que usaban los restos de las uvas para mezclarlas y producir el pisco de marras. Monzón nos explicó lo ya afirmado por Johnny Schuler, en *Historia del pisco*. Dice que: “Perú es el

Territorios de la Pupila

único productor que usa el jugo y mosto, ya que todos los demás los usan para producir sus vinos, volviendo a hidratar, fermentar y destilar la materia residual (hollejo, orujo). La grappa italiana, el orujo español o el tzipouro griego, son hechos con hollejo. Aquí radica el carácter del pisco del Perú. Su estructura aromática y su complejidad en la boca. Características que lo diferencian de los demás aguardientes de uva del mundo”. Además, en el ancestral Machu Picchu tuvimos ocasión de degustar una Grappa reposada de Bassano, en el Incontri del Pueblo Viejo, donde una pareja joven de restauradores, Lorenzo, de Venecia y señora, regentan un local de primer mundo como el Zig Zag de Arequipa.

El vino peruano ha mejorado enormemente. Poco conocido, en Venezuela, nuestros licoreros ya deberían hacer lo necesario para que lo degustemos a precios muy solidarios, nada que decir de la cerveza que es de calidad mundial.

Perú entra y se degusta por la vista del inmenso y poco azul océano Pacífico, por la contemplación de los volcanes de Arequipa, del desierto norteño, y de las verdes y espigadas montañas de la Cordillera andina que de verdad quitan el aire y el soplo de nuestros cuerpos. Musical es sin duda también: una Marinera norteña es un ejemplo de bella comunión previa al sexo, donde los bailarines se provocan mutuamente, un huayno es más de despecho, compite por igual con el bolero que sana por un rato las penas del amor, pero ahora es la base para ritmos fusionados que desplazan a la cumbia y a la guaracha tropical.

Y si del tacto se trata acaricie y palpe una lana de alpaca baby o de vicuña, para que su textura sea un verdadero placer, una caricia, una loción para las manos. Y si al olfato nos referimos nada mejor que el olor de sus cocinas, o la fragancia que emite el cuerpo fresco y recién bañado de una limeña mestiza ¡Qué tal raza!

Edgar Sánchez: La Retroprogresión Pictórica

No se trata de optar entre el racionalismo progre y el irracionalismo retro. Se trata de asumir los dos polos complementarios de la condición humana. Se trata de comprender que lo retro y lo progre son el haz y el envés de un mismo dinamismo. La paradoja es así que el mismo hilo crítico de la modernidad nos conduce a una creciente “sagrada secularidad”, a una conciencia progresiva de nuestra ignorancia, a un pluralismo radical. La historia no tiene un sentido único. La verdad del arte no es reducible a nada. La retroprogresión es ya una adaptación a su doble vertiente, racional y mística.

SALVADOR PÁNIKER

La obra reciente del maestro Edgar Sánchez puede ser analizada desde una perspectiva retroprogresiva, es decir, tomando prestadas las ideas del filósofo indio-catalán Salvador Pániker que: “el mecanismo retroprogresivo consiste, precisamente, en distanciarse del origen para recuperarlo lentamente en el mismo empuje crítico. Articulación entre lo místico y lo crítico: la misma flecha ascendente que sofistica el logos es la que va poniendo en crisis los fundamentos, y por tanto, nos aproxima el fundamento que es

más bien no-fundamento, a la realidad previa a las fragmentaciones del lenguaje”.

Sobre la obra del artista se han sentado y formulado –con toda razón– muchas reflexiones y constataciones que comparto plenamente, a saber:

El maestro insiste siempre en sí mismo, expresa en imágenes su mismidad.

El artista no cae en las tentaciones de las modas plásticas que tanto entusiasman a nuestros herodianos culturales: léase postmodernismo, pronúnciese transvanguardia, escríbase neo-vanguardias o califíquese como meta vanguardia o instalaciones de lo evidente.

El creador conoce –en taller propio que– la inspiración sin transpiración no tiene porvenir, es un trabajador a tiempo completo.

Sánchez reconcilia los paisajes del ser con el ser del paisaje, tal como lo hace en su más reciente exposición denominada muy apropiadamente *La Esencia del Paisaje*.

El pintor es minucioso, meticoloso, detallista, escrupuloso con el pincel y el lápiz. cada trazo, mancha o punto que conforma su espacio pictórico en una reflexión intuitiva, una intuición meditada. El puntillismo lo ayuda –más recientemente– a ir de lo menos a lo más y viceversa.

El autor ha transitado etapas que son una continuidad que no se aferra a un tema, porque lo trasladado al lienzo y al papel son emociones personales en forma de rostro amado, de paisaje añorado.

En nuestro caso, interesa subrayar que el artista demuestra plena conciencia de los *signos de su tiempo* personal, reconoce que, así

como existe un “aquí y ahora”, hay también “un allá y entonces”. Su obra toda es una bitácora existencial del larense que desde Aguada Grande salió a recorrer el mundo –su mundo– para dejar constancia de su paso en pinturas y dibujos que son expresión de un yo múltiple y complejo que se alimenta de vivencias y querencias: el amor, la nostalgia, la urbe, la amistad, el béisbol, el letargo, la desgarradura, el silencio impuesto y el enigma insondable, acompañan a esa gran nostalgia que el artista experimenta cuando, desde la ventana de su taller, contempla, ya no el Ávila de su Caracas afectiva, sino las estribaciones de la Serranía de Bobare para realizar– décadas después el tránsito físico y espacial –a su villa originaria, esa que supo de sus primeros rayones, colores e ilusiones, despertando en el futuro maestro una vocación de caballete, aula y museo.

Regresa al origen el pintor para comunicar que su “allá y entonces” de los años de infancia y juventud continúan estando presentes en una emoción que tiene además la virtud de emocionar al espectador, de conmoverlo, esa única gran verdad del arte: “sin conmoción no hay creación”.

El maestro de generaciones demuestra fehacientemente que se puede insistir en sí mismo sin necesidad de reiterar el tema que le dio notoriedad y presencia, sin fórmulas preestablecidas y de conveniencia para el éxito comercial; sabe bien que *todo necio confunde valor y precio*, al decir de Antonio Machado, de allí que su lema, su moto personal, sea la preferencia por el prestigio sempiterno y no por la fama efímera y pasajera.

Retroprogresa con sus paisajes el artista a sus intransferibles orígenes para conciliar en su obra plástica la razón y el sentimiento, lo contemporáneo y lo clásico, el cálculo y el palpito, la experiencia y la espontaneidad, lo urbano y lo rural, lo de adentro con lo de afuera, mística y escepticismo, lo moderno y lo retro, porque al final de cuentas, como bien lo expresa en palabras nuestro

Territorios de la Pupila

apreciado Salvador Pániker y que el maestro Edgar Sánchez traduce con toda idoneidad a dicentes imágenes:

“El modelo retroprogresivo sugiere que es el mismo origen del cual todo procede – ese origen de baja entropía - el que alimenta y equilibra el ascenso voluntario hacia la complejidad creciente, esa autopoiesis, esas estructuras disipativas que tanto nos intrigan. Quiere decir que la tendencia al aumento de la complejidad es indisociable de una recuperación ambivalente del origen. Leitmotiv de la retroevolución: junto al empuje disociador, aleatorio y “progresista” hay que considerar el empuje “retro” hacia el origen”.

Víctor Guédez y Los Aforismos

Aunque proceda de un género discutible, el aforismo constituye un ejercicio de pudor, ya que permite soslayar la inconveniencia de la plétora verbal.

E. M. CIORAN. DESGARRADURA

No deja nuestro querido amigo Víctor Guédez de sorprendernos en el ámbito de la creación intelectual por su constancia y perseverancia, y por su pasión por lo prolijo y lo minucioso. Pacientemente ha venido construyendo, a lo largo de 30 años de meticuloso trabajo, una verdadera enciclopedia de los aforismos, una suma de lo lacónico, donde lo breve y conciso se hace grande y explayado: 1899 aforismos de 815 autores son evidencia incuestionable de la tenacidad y minuciosidad de Guédez, quien confiesa sin tapujos: “al principio, los aforismos fueron apareciendo según la célebre sentencia de Picasso: “yo no busco, yo encuentro”. Pero, después, el proyecto adquirió un sentido más orgánico que me llevó a buscar deliberadamente”

Hace más de dos décadas en la fría pero cálida Bogotá de sus amores, fui testigo de la acuciosidad del autor cuando emprendía su paciente formulación de escolios sobre aforismos y la recopilación

inicial de aforismos sobre el arte que hoy, ampliados, corona en el libro recientemente presentado con prólogo de Joaquín Marta Sosa: *El Arte de los Aforismos y los aforismos del arte* (Fundavag Editores, Caracas 2012). En aquella gozosa ocasión le obsequié *El Arco y la Lira* de Octavio Paz que grandemente lo conmovió, a cambio recibí de sus siempre generosas manos las *Desgarraduras* de E. M. Cioran que todavía me emocionan.

Guédez no puede prescindir de los aforismos, de esas oportunas y breves citas que le dan sazón a sus enjundiosos textos y a sus vigorosas presentaciones. Es un reconocido experto en colocar en su correcto sitio el aforismo pertinente, el laconismo que corresponde, la cita que promueve la curiosidad y la reflexión del lector o del oyente; en virtud de esa creciente necesidad de apoyar sus ideas con pensamientos de otros autores, el propio autor confiesa: “a partir de esas convicciones y en función de su frecuente utilización, se produjo una secuencial y sostenida acumulación de ellos que, con el tiempo, se convirtieron en una cantidad significativa”.

El libro de marras recoge, además de los propios y significativos escolios de Guédez sobre el aforismo: aforismos sobre el aforismo, aforismos sobre el arte, aforismos sobre la obra de arte, aforismos sobre el artista, aforismos sobre la crítica. Tanto el libro como el autor son un gran aforismo lejano de la aridez, de la sequedad, del marchitamiento, como bien sentencia Jorge Luis Borges en uno de los 1899 aforismos recogidos por Guédez en su exuberante texto:

“Los aforismos van más allá del texto escrito; no son un final sino un comienzo...podemos sospechar que son el singular misterio de cada instante”

Los Aportes de Uslar Pietri

Son muchos los aportes que nuestro polifacético Arturo Uslar Pietri realizó en diferentes dominios del saber y que aún perduran como referentes para comprender mejor lo que somos y porqué lo somos. En esta oportunidad queremos subrayar los más relevantes, en nuestro criterio:

El Realismo Mágico: Uslar es un escritor que a temprana edad ya había adquirido resonancia tanto en Venezuela como en Francia, por su novela octogenaria *Las Lanzas Coloradas*. En París, compartió ciudad y oficio con Alejo Carpentier y Miguel Ángel Asturias, al tiempo que desempolvaba de su inconsciente el término *Realismo Mágico* para caracterizar a una literatura que revela, descubre y expresa en toda su plenitud inusitada esa realidad casi desconocida y casi alucinatoria que era la de América Latina para penetrar el gran misterio creador del mestizaje cultural. El propio Uslar señala: “por el final de los años veinte yo había leído un breve estudio del crítico de arte alemán Franz Roh sobre la pintura post-expresionista europea, que llevaba el título de *Realismo Mágico*. Ya no me acordaba del lejano libro, pero algún oscuro mecanismo de la mente me lo hizo surgir espontáneamente en el

momento en que trataba de buscar un nombre para aquella nueva forma de narrativa”.

El Mestizaje Americano es otro de los grandes temas en los que Uslar ha dejado su impronta personal. En efecto, el escritor, en muy diversos ensayos y artículos, y desde diferentes perspectivas, aborda el tema del mestizaje americano para insistir en él, una y otra vez, a objeto de explicarlo en sus variadas manifestaciones, y, muy especialmente, en la cultural. Recuerda Uslar que “es sobre la base de este mestizaje fecundo y poderoso donde puede afirmarse la personalidad de la América hispana, su originalidad y su tarea creadora. Con todo lo que le llega del pasado y del presente, puede la América hispana definir un nuevo tiempo, un nuevo rumbo y un nuevo lenguaje para la expresión del hombre, sin adulterar lo más constante y valioso de su ser colectivo, que es su aptitud para el mestizaje viviente y creador.” Uslar resalta las expresiones de ese mestizaje cultural presentes en el Barroco americano, en el modernismo, en el sincretismo religioso y en los movilizadores mitos americanos como el Dorado.

La Venezolanidad: Venezuela, la identidad del venezolano, la imagen del país, en fin, la Venezolanidad fue un tema constante en las numerosas, diversas y enjundiosas reflexiones que realizó Uslar Pietri durante su larga y fructífera vida intelectual. Para el escritor “esa unidad de tierra, de hombres y de destino ha ido revelándose en distintos tiempos de distinta manera. Ha empezado por sentir su condición y luego ha comenzado a expresarla en confesiones y revelaciones. Ha habido primero una visión exterior de una realidad, de un enigma, ha habido luego una sensación interior de esa realidad, y, al final, ha habido las tentativas de expresión de esa realidad. Esto es lo que podríamos llamar el proceso de invención de Venezuela.” A estos efectos, el escritor estudió los nombres de Venezuela, el rescate del pasado, nuestro irremisible carácter de hispanoamericanos y, por último, el mestizaje como

hecho fundamental de la identidad del venezolano, a objeto de entender mejor la venezolanidad.

EL Rentismo Petrolero: Con aguda visión de lo que podía ocurrir en el país si no se diversificaba la economía nacional, en 1936, Uslar acuñó su celeberrima frase “hay que sembrar el petróleo” que aún continúa siendo objeto de críticas y loas, e influenciado las políticas públicas y las discusiones sobre el porvenir del país. Para Uslar “sembrar el petróleo” significaba: “no abandonarnos a la poderosa corriente unilateral que constituye la industria petrolera, sino por el contrario, canalizarla, dirigirla, aprovecharla, para que con su fuerza y riqueza anime y movilice todas las actividades económicas del país”. La reciente realidad nacional le da profunda razón a los viejos temores del escritor cuando además advierte que “una parte de esa gran riqueza se ha invertido en crear un Capitalismo de Estado. Ese Capitalismo de Estado tiene consecuencias graves. Si sigue creciendo ilimitadamente, Venezuela va a llegar a ser un país, no ya de dependientes del petróleo, sino de dependientes del Estado, y ese capitalismo monstruoso del Estado, llegará fatalmente a convertirse en una terrible máquina de tiranizar.”

Los estudios de Economía Venezolana: Uslar Pietri tiene además el mérito de haber contribuido significativamente al inicio de los estudios de la economía nacional, cuando para apoyar su Cátedra de Economía Política en la Facultad de Derecho de la UCV publica lo que se considera el primer texto de economía adaptado a la realidad venezolana. *Sumario de Economía Venezolana, para alivio de los estudiantes*, mezcla de informe económico, libro de geografía e historia económica.



Cristóbal Mendoza: Primer Presidente de Venezuela

Los Mendoza fueron unos hijosdalgo, hidalgos españoles, dispuestos a ascender socialmente aprovechando las luchas, los casamientos y el favor real. Diego López de Mendoza era nieto de Gonzalo López de Mendoza e hijo de **Lope González de Mendoza**, quien murió en Arrato (hacia 1200) cuando su hijo tenía sólo unos cinco años de edad. Este señor de Mendoza y de las Hermandades de Álava fue llamado “mantolucea” por el largo manto con el que arribó –ya hecho hombre– de vuelta a Álava con profundos ánimos de venganza. Acosó hasta su muerte a Iñigo de Guevara; se cuenta que una noche frente al castillo de su enemigo, empezó a golpear la puerta del castillete. Guevara –indignado– le replicó: “me parece justo que me queráis matar para vengar a vuestro padre, pero esa no es razón para que me rompáis la puerta a golpes, que no soy hombre para morir escondido”. Y salió con tanto furor a lomo de su caballo para atacar al rencoroso Mendoza que chocó su cabeza con el dintel de la puerta, muriendo en el acto. Diego le cortó la cabeza y la llevó al mercado de Vitoria. Para hacer más notoria su venganza, plantó en su escudo familiar las panelas del escudo de los Guevara.

Territorios de la Pupila

Según una versión ampliamente difundida fue llamado “Hurtado” porque fue robado en su infancia y llevado a Álava para su protección. De aquí viene, de acuerdo con esta leyenda, el apellido “Hurtado de Mendoza”. Otra versión más creíble dice que el apellido Hurtado viene por su esposa Leonor de Hurtado, señora de Mendivil y Martioda e hija de Fernán Pérez Hurtado, del que contaban que descendía de Fernando Hurtado, llamado así por ser el hijo de un matrimonio secreto de la reina Urraca de Castilla y Pedro González, Conde de Lara, en los inicios del Siglo XII. En todo caso, no se ponen de acuerdo los cronistas del linaje de los Mendoza sobre sus orígenes, dando pie a leyendas y a especulaciones genealógicas.

En la ciudad de Trujillo del estado del mismo nombre en Venezuela, nace el 23 de junio de 1772 un niño, hijo de Luis Eduardo Hurtado de Mendoza y de Gertrudis Eulalia Montilla Briceño, que llevará por nombre José Cristóbal Hurtado de Mendoza y Montilla, Cristóbal de Mendoza, o más republicanamente Cristóbal Mendoza, como bien apunta Guillermo Morón.

Cristóbal recibe una muy cuidada educación tanto en su ciudad natal como en Caracas, a donde se dirige, a sus dieciséis años, para proseguir estudios en la universidad, donde se titula como bachiller en artes (filosofía), y luego como licenciado y maestro. Parte a Santo Domingo, en cuya universidad obtiene en 1794 el título de doctor en ambos derechos: canónico y civil, el reconocido *doctor utriusque iure*.

A su regreso al país, Mendoza ejerce su profesión de abogado tanto en su ciudad natal como en Mérida de los Caballeros, donde también y por un escaso tiempo funge como profesor de Filosofía en el colegio seminario de San Buenaventura. Posteriormente, luego de haber ejercido la abogacía en prominentes bufetes andinos, se traslada a la capital para completar su formación

académica y profesional. En julio de 1797, la Real Audiencia de Caracas le confiere el título de abogado.

Se traslada a Barinas donde practica exitosamente su profesión de abogado y se destaca como protector de los indios, e invierte juiciosamente sus ganancias en varias propiedades agrícolas. En los albores del año 1807, es electo como Alcalde de primer voto del Cabildo de Barinas, sin embargo, esta elección fue impugnada por el coronel Ungaro y Dusmet, quien alegaba el parentesco del nuevo alcalde con los miembros del cabildo barinés como causa fundamental de su objeción a la designación de Mendoza. La Real Audiencia falló finalmente a favor del Alcalde Mendoza.

Cristóbal Mendoza se suma prontamente al movimiento insurgente del 19 de abril de 1810, iniciado por los mantuanos caraqueños. En mayo de ese año es nombrado secretario vocal de la Junta de Gobierno local, y lidera un movimiento entre los acaudalados ciudadanos de la ciudad llanera y lanza la reiterada consigna: “Paz y tranquilidad son nuestros deseos. Morir o ser libres es nuestra divisa”. Junto a su hermano Luis Ignacio Mendoza es elegido, entre otros patriotas, para representar a la Provincia de Barinas en el Congreso Constituyente de 1811.

Sin embargo, Mendoza no llega a formar parte del Congreso, ya que mientras continuaba cumpliendo con sus funciones en la recién creada Junta de Gobierno y se disponía a viajar prontamente a la capital, se le otorga la distinción de ser designado, el 5 de marzo de 1811, como cabeza del recién nombrado Triunvirato que regiría los destinos de la República en ciernes.

A estos efectos, en el Libro de Actas del Cabildo de Caracas quedó asentado lo siguiente:

“En la ciudad de Caracas, a once de marzo de mil ochocientos once, los señores del Tribunal de Policía en el ordinario de este día,

visto el oficio que ha manifestado el señor Presidente, que le ha dirigido el señor Ministro de Gracia y Justicia don Rafael González en que comunica que el Supremo Congreso de la Confederación de Venezuela ha hecho el nombramiento de los señores don Cristóbal Mendoza, don Juan Escalona y don Baltazar Padrón, y de que ha dado principio a sus funciones en la tarde del seis, supliendo la falta del primero el señor Don Manuel Moreno de Mendoza, uno de los segundos electos al intento...”

El historiador Guillermo Morón, en su libro *Los Presidentes de Venezuela*, (Planeta, Caracas, Cuarta Edición, p. 27) señala: “Así, pues, fue el día 5 de marzo de 1811 cuando el Primer Congreso nombra al primer Poder Ejecutivo. Se instala el *Primer Triunvirato* en la tarde del 6 de marzo, bajo la Presidencia de Manuel Moreno Mendoza, suplente de Cristóbal de Mendoza, ausente el principal en su Provincia de Barinas, Es Cristóbal Mendoza el primero en la lista de tres y también el primero en la historia. Por eso está aquí, como de costumbre en la Historia de Venezuela, con esa distinción de Primer Presidente de Venezuela”.

Mendoza, puestos en orden sus asuntos barineses, llega a Caracas para encargarse, el 25 de abril, de la Presidencia rotatoria compartida con los otros dos triunviros Juan Escalona y Baltazar Padrón, a fin de ejercer cada uno su turno semanalmente sin poder pasar de un mes, todo de acuerdo con la Proclama de la Suprema Junta del Pueblo de Venezuela. Bajo el ejercicio de su presidencia, le tocó refrendar el acta de la sesión en la que el Congreso de Venezuela declaró la Independencia de Venezuela, y que fue presentada a la Troika presidencial el 8 de julio por una Comisión especial del Congreso.

De acuerdo con la Constitución en marzo de 1812, el Congreso –sito ahora en la ciudad de Valencia– designó un Segundo Triunvirato compuesto por Fernando Toro, Francisco Javier Ustáriz y Francisco Espejo, poniendo fin al Ejecutivo plural presidido por

Cristóbal Mendoza, pero no a su carrera de hombre público que prestó valiosos servicios a la República en construcción.

En efecto, a la caída de la Primera República, Mendoza se refugia en la Nueva Granada, y al tener conocimiento de los planes de Simón Bolívar para la independencia de Venezuela del yugo español, se une, en 1813, al proyecto libertador. Es nombrado por Bolívar como gobernador político de Mérida, ciudad afecta a la causa republicana. A la llegada de Bolívar a la ciudad andina, Mendoza se suma entusiastamente a la campaña libertadora y es designado, esta vez, como gobernador político de la Provincia de Caracas, acompañado de un Bolívar vencedor en la denominada Campaña Admirable, hace su entrada a Caracas el 6 de agosto de 1813.

Pero no todo fue fácil para el ahora gobernador, durante el cruento período de la llamada Guerra a Muerte establecida precedentemente por Bolívar en la ciudad de Trujillo el 15 de junio de 1813, en decreto contentivo de la célebre sentencia: “españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables”, Mendoza se convierte en un funcionario polivalente que atiende la administración política, pertrechos y uniformes para la soldadesca, hospitales, víveres y vituallas, contraespionaje y la protección de la ciudadanía con el denominado patrullaje cívico.

A Mendoza le corresponde el honor de proponer formalmente al Cabildo Abierto celebrado en Caracas el 14 de octubre de 1813 que se le otorgue a Simón Bolívar el título de Libertador, su apoyo al ahora Libertador es inquebrantable y en la asamblea popular de Caracas del 2 de enero de 1814, propone que se le ratifique a Bolívar el mando supremo del Ejército Libertador.

Con la entrada arrolladora de Boves a la capital, Mendoza y su familia se dirigen a Trinidad, donde el Ex presidente continúa

colaborando con la causa republicana mediante el envío de artículos de prensa, de talante cívico y democrático, al *Correo del Orinoco* con el seudónimo “Un Patriota”. A su regreso a Caracas a fines de 1821, es nombrado presidente de la Corte Superior de Justicia del Departamento de Venezuela; profundiza sus conocimientos jurídicos e históricos, y prosigue con su actividad periodística, editando en compañía de Francisco Javier Yanes, *El Observador Caraqueño*. Luego de su renuncia a la presidencia de la Corte en 1825, Mendoza se dedica de nuevo al ejercicio profesional y a una no muy exitosa actividad empresarial, Mendoza, a pesar de no haber sido candidato, resulta el más votado para ejercer la Vicepresidencia del Departamento de Venezuela.

Posteriormente, Mendoza —en esta ocasión por la voluntad del Vicepresidente Francisco de Paula Santander— es nombrado, desde Bogotá, Intendente del Departamento de Venezuela en los tiempos aciagos del movimiento separatista La Cosiata. En vano intentó, el ahora Intendente, calmar los ánimos de los bandos contrapuestos, y esperar la llegada del Libertador con el fin de evitar una cruenta e innecesaria guerra civil en un país ya diezmado por la independentista; defendió sin éxito que Caracas no se sumara al plan insurreccional que tenía como propósito disolver la Gran Colombia, el proyecto político máspreciado del Libertador. Es expulsado de Venezuela por decisión del general José Antonio Páez y se dirige nuevamente al exilio, esta vez en la isla de Saint Thomas. Bolívar, luego de restablecida la paz entre las facciones rivales, elogia a su fiel colaborador y lo invita a regresar rápidamente al país para que retome su nuevo la Intendencia del Departamento.

En 1828, es invitado por el Libertador para que se incorpore como representante por Mérida a la Convención Nacional y para demostrar su inalterable lealtad con Bolívar, Mendoza piensa separarse del cargo de intendente, sin embargo, paradójicamente, es ahora el propio Páez quien se opone la partida de Mendoza a

Ocaña, y en carta enviada al Libertador, expresa esta especie de desagravio: “...dejando Mendoza el puesto, se abre la puerta a la corrupción y mala fe de los empleados; este hombre les impone respeto por su saber, probidad y severidad, y tiene también a los godos en continuas zozobras...”

Muy quebrantado de salud, Cristóbal Mendoza – el jurisconsulto, el protector de los indios, el gobernador, el periodista, el tribuno, el Primer Presidente de la República, – renuncia, a mediados de 1828, a su condición de intendente para, finalmente, luego de largas décadas dedicadas a la construcción de Venezuela como República soberana e independiente, morir en Caracas el 8 de febrero de 1829, siendo enterrado en la Iglesia de Altigracia, donde de acuerdo con Guillermo Morón:

“...deben estar sus huesos, perdida curiosamente la señal que debía identificarlos; no se han pasado al Panteón, como quiso hacerlo ya Guzmán Blanco el que pretendió acabar con los godos hasta como núcleo social, pero el nombre de Cristóbal Mendoza está en su mejor panteón, el de la memoria histórica que es la memoria del pueblo”.



La Inmigración en Venezuela

Tú, el viajero, el insomne, el descontento,
el que levantaba las manos hacia los
relámpagos,
el que veía pasar las bahías
como la orilla serena y brumosa de la tristeza.
Sabías soportar las lejanías, siempre tan del
corazón.
Sabías llegar.
Vicente Gerbasi. Mi Padre El Inmigrante

Los inicios del Siglo XX no fueron propicios para la inmigración de extranjeros hacia Venezuela. En efecto, durante los 27 largos años que duró la dictadura de Juan Vicente Gómez, el flujo migratorio declinó sustancialmente debido a la desconfianza del régimen hacia la introducción de ideas progresistas o contrarias a los intereses de la dictadura reinante. Ramón J. Velásquez, en sus *Confidencias Imaginarias de Juan Vicente Gómez*, en la página 381, pone en boca del General, lo siguiente: “Ya el año antepasado Rafael María Velasco agarró a unos comunistas en Caracas y resultó como siempre que habían venido del extranjero a traer esas ideas y habían conquistado a unos estudiantes, a unos albañiles y a unos panaderos, Por eso yo no le hago caso a Zumeta con eso de la inmigración. Él quiere que vengan unos grupos grandes. Los extranjeros que vengan, pero graneaditos, uno por uno, para que uno pueda vigilarlos”.

En este orden de cosas, no es sino bajo el gobierno de Eleazar López Contreras cuando la inmigración adquiere nueva relevancia al formar parte del programa de gobierno del nuevo presidente. La necesidad de una inmigración selectiva es sostenida entusiastamente por dos figuras muy relevantes de la época: Alberto Adriani y Arturo Uslar Pietri. Adriani en diversos escritos sostenía que uno de los problemas de Venezuela era el de una población muy pequeña y poco preparada en artes y oficios, por esa razón amparaba la conveniencia de la inmigración europea, tanto para aumentarla y mejorarla. Adriani sostenía que la inmigración europea “blanquearía” a la venezolana. Uslar Pietri, por su parte, en su celebrado ensayo de 1937 *Venezuela necesita inmigración*, sostenía la indolencia de las razas mezcladas y veía a la inmigración europea como una panacea, como una verdadera “escuela móvil” para la transmisión de conocimientos y costumbres que ayudarían significativamente a mejorar la población venezolana por el mero hecho de la convivencia.

Bajo estas prédicas e influencias, López Contreras es convencido de la necesidad de la inmigración europea y promulga una nueva Ley de Inmigración y Colonización que recoge el sentir de la intelectualidad del momento. Esta ley prohíbe, entre otras disposiciones, el ingreso de personas que no sean de raza blanca. Sin embargo, como bien lo comenta Susan Berlung en el *Diccionario de Historia de Venezuela* de 1971, Tomo 2, Pág. 795: “El país recibió muy poca inmigración antes de la Segunda Guerra Mundial porque las únicas personas urgidas de salir fueron los judíos y los españoles (republicanos o separatistas). De éstos, los primeros no fueron recibidos en números apreciables por ningún país latinoamericano y los últimos vieron su entrada obstaculizada en Venezuela porque López Contreras pensaba que muchos de ellos eran comunistas. Unas 28.000 personas llegaron entre 1936 y 1940 pero, con la Segunda Guerra Mundial la inmigración se paralizó”.

La Segunda Guerra Mundial con su secuela generalizada de destrucción física de las instalaciones industriales, crisis económica-financiera, pérdida de fuentes de trabajo y disgregación de las familias, abrió un cauce importante para que un país como Venezuela disfrutará de las posibilidades que se generaban para la obtención de mano de obra calificada proveniente de Europa. El nuevo gobierno del General Medina Angarita así lo entendió y prontamente agenció mecanismos para aprovechar el éxodo europeo luego de la guerra. Entre enero y octubre de 1945 ingresaron legalmente al país 7.218 personas, sin embargo, el programa inmigratorio se vio obstaculizado por la carencia de transporte transoceánico, y por los sucesos políticos internos que llevaron al pronto derrocamiento de Medina.

Esta situación va a cambiar notablemente en el periodo comprendido entre 1948 y 1961, cuando los gobiernos tanto de Acción Democrática, de Pérez Jiménez y de la Junta Patriótica, le dieron un impulso decisivo a la inmigración europea. En este lapso entraron al país legalmente 614.425 extranjeros cedulados, aunque con la adición de indocumentados y de los niños que no requerían cédula, se estima que el número total de inmigrantes ha podido llegar a unos 800.000.

En relación con este súbito crecimiento de la inmigración, en especial durante el gobierno dictatorial de Marcos Pérez Jiménez —quien en 1952 ordenó a su director de Inmigración: “Abra usted las puertas de la República a todo europeo que reúna las condiciones convenientes a su juicio”— en su muy prolijo ensayo de 1986, *El Proceso de Inmigración en Venezuela*, en su página 272, la historiadora Ermila Troconis de Veracochea, comenta: “El período de Pérez Jiménez fue sin lugar a dudas, de un rápido desarrollo económico, a través de su política de concreto armado dio un tremendo auge al proceso urbanístico en todo el país, lo cual impulso la inmigración espontánea. Aparte de la gente que era traída del extranjero para cumplir con los proyectos previstos

Territorios de la Pupila

por el Instituto Agrario nacional, había muchísimas personas que, atraídas por la propaganda de la doctrina del Nuevo Ideal Nacional, veían en Venezuela un país próspero, estabilizado políticamente y, sobre todo, con seguridad personal. Además, el principal objetivo del Nuevo Ideal Nacional era el de mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos, dándole prioridad a la vivienda, para lo cual desarrolló la construcción. Viviendas y vías de comunicación se transformaron puntos clave de su gobierno y esto fue un factor decisivo para estimular a los constructores italianos que vieron en este país el campo propicio para su elevación socio-económica”.

Es de señalar que la inmigración más importante que recibió el país en estos años fue la de italianos, españoles, canarios y portugueses. Comenta Troconis de Veracoechea que: “Había el cuidado de que mensualmente llegará un número equilibrado de unos y otros pues el gobierno tenía interés en que los de idioma extranjero no sobrepasaran en número a los que hablaban castellano, para así mantener nuestra identidad lingüística, lo cual era parte de la política nacionalista que caracterizó esa época”.

En lo que respecta a la proveniencia de los inmigrantes, Berlung precisa: “Entre los españoles un tercio era oriundo de las islas canarias y otro similar de Galicia: Un tercio de los portugueses provino de la isla de Madeira. El 60% de los italianos vinieron del sur, el 25% del centro y el 15% del norte de la península; las provincias italianas con mayor emigración hacia Venezuela fueron Bari, Salerno y L’Aquila”.

La presencia de la comunidad judía en Venezuela es de vieja data, siempre pequeña en número, pero de gran impacto y relevancia en los distintos campos del saber y de los negocios. En efecto, de acuerdo con información suministrada por Wikipedia: “No fue hasta la llegada de judíos de **Europa del Este** y **norfricanos** entre los años 20 y 30 del siglo XX, que la comunidad judía comenzó a desarrollarse completamente. Según un censo nacional tomado en

el final del siglo XIX, solo 247 judíos vivieron en Venezuela como ciudadanos para **1891**. En **1907**, se creó la sociedad de beneficencia israelita, que cambió en **1919** su nombre a Sociedad del Israelita de Venezuela, como organización para aglutinar a todos los judíos que se fueron dispersando a través de varias ciudades y pueblos del país. (...) El número de ciudadanos judíos se incrementó de 475 en **1917** a 882 para **1926**. De Europa del Este y Central provino un buen número de judíos inmigrantes a partir de 1934, pero para entonces, ya Venezuela había impuesto restricciones específicas ante la inmigración judía, que seguirán existiendo hasta después de los años 50. Antes de **1950**, la comunidad había crecido a alrededor 6.000 personas, incluso con las restricciones de inmigración. Con la caída de dictador **Marcos Pérez Jiménez** en **1958**, más de 1.000 judíos entraron a Venezuela desde **Egipto, Líbano, Siria, Salónica, Turquía, la Unión Soviética** e incluso de **Israel**. Un número desconocido de judíos también inmigraron de otros países latinoamericanos, llegando a más de 15.000 por la década de los 70. Actualmente, hay más de 15.400 judíos viviendo en Venezuela, con más de la mitad de ellos viviendo en Caracas, la capital. La judería venezolana está repartida por igual entre **sefarditas y asquenazíes**".

Paulina Gamus, en el libro *Nuestra Cultura*, patrocinado por la Fundación Venezuela Positiva, evalúa la presencia judía en Venezuela de la siguiente forma: "A diferencia de otros inmigrantes que llegaron a Venezuela con la aspiración de lograr un status económico para luego retornar a sus países de origen, la mayoría de los judíos llegó con la *convicción* de que esta sería para siempre su patria: no tenían ninguna otra. Muchos de ellos huían de persecuciones o de condiciones de vida que los colocaban como ciudadanos de segunda clase. Encontraron en esta sociedad, democrática por naturaleza, un *mundo abierto* para desarrollarse plenamente como seres humanos y para verse superados en sus hijos. Venezuela les ha permitido, porque así lo establecen sus leyes y por la tolerancia que define la manera de ser de sus gentes,

Territorios de la Pupila

disfrutar de todos los derechos ciudadanos, practicar libremente su religión y mantener los vínculos con la cultura judía en todas sus vertientes”.

En lo concerniente a las ocupaciones declaradas por los inmigrantes al ingresar al país se indican las siguientes: agricultura, construcción y comercio, además de mecánico. El censo realizado en 1961, arrojó cifras reveladoras sobre la evolución y asentamiento final de los 800.000 inmigrantes, comenta Berlung: “El censo nacional de 1961 enumeró solo a 526.188 extranjeros incluyendo 64.604 que se habían naturalizado. Esto indica que por lo menos la tercera parte había dejado el país para esa fecha. Según el mismo censo de 1961, la participación de los extranjeros en la fuerza de trabajo se destacó en la artesanía y la manufactura (26.9%), la construcción (27%) y el comercio (24.3%). El aspecto sobresaliente fue que una de cada 2 personas en la categoría de gerentes, administradores, directores y propietarios era extranjera” (Ob.cit. 766).

En lo que se refiere a los años más recientes, la política de puertas abiertas a la inmigración, permitida o consentida, se ha traducido en un aumento sustancial de los movimientos migratorios espontáneos, no planificados, en una disminución de la inmigración europea y asiática, y en un aumento de la latinoamericana, en especial de colombianos, ecuatorianos y peruanos con el consiguiente agravamiento de los problemas de vivienda, salud pública, educación y seguridad personal.

Guillermo Morón: *Los Imperios y el Imperio*

A sus ochenta y siete años Guillermo Morón –incontestablemente demuestra– que está más vivo que nunca. Corona el historiador un largo anhelo y un viejo proyecto personal al que dedicó sus más recientes reflexiones y escritos. *Los Imperios y el Imperio*. (Los Libros de El Nacional. Caracas, 2013) es el título del libro en el que Guillermo Morón escribe la historia imperial, a la manera de otros y a la manera suya, muy suya.

El libro comienza por el principio y termina por el final, esta aseveración que parece de Perogrullo no lo es en absoluto. En efecto, Morón transita –con particular agudeza y enjundia– la historia imperial desde los propios orígenes de los imperios - sitios en el mismo espacio geográfico del origen del hombre –hasta el imperio más reciente que lentamente se desmorona, mientras otro viene emergiendo con una pujanza inusual. Acertadamente el escritor registra: “Así pues, la historia del animal político no es un privilegio de Grecia ni de Roma, ni de los hebreos-cananeos, ni de los cristianos ni de los musulmanes, ni de Europa, ni del Mundo Occidental. El animal político comenzó su historia en África”.

Dentro de una perspectiva analítica de carácter mixto que reconcilia la dimensión geográfica con la sincrónica, el historiador

se adentra —con la amenidad que lo caracteriza y la sencillez expositiva que sólo se adquiere después de lo mucho leído y escrito— en la caracterización de los imperios africanos, asiáticos, europeos, americanos y el Imperio, es decir, los Estados Unidos de América que comienza, sin embargo, a exteriorizar su progresiva decadencia: “Si Estados Unidos es el Imperio por antonomasia en los primeros años del siglo XXI ya puede discutirse. Que es un poder mundial no es posible negarlo, aunque se insulte a sus Presidentes en la ONU o se le tiren zapatazos en algún país lejano”.

Y ahí vienen los chinos, nos advierte Morón y confirma: “China no necesita territorio ni esclavos. Así como los fenicios conquistaron el Mediterráneo y parte de las costas atlánticas de África y Europa, sin armas, en la Antigüedad, China enviará gente a comerciar, a estudiar, a enseñar, a convivir con todos los pueblos de la tierra. Es el Imperio del Siglo XXI, sin ningún socialismo (...) cuando el yuan tose se resfría el dólar y le da calentura al euro”.

Muy bienvenida sea pues esta nueva obra de nuestro querido y admirado Don Guillermo; hay otras en camino que sus lectores esperamos leer más temprano que tarde. Con *Los imperios y el Imperio*, Morón demuestra incontestablemente que es ciudadano de Carora, de Venezuela y del mundo, que tiene muy claro el alcance de su presente: “su aquí y su ahora”, así como el de su pasado: “su allá y entonces”.

No Resignación

Este es el título escogido para agrupar los versos de 64 hombres y 72 mujeres –entre los cuales orgulloso y agradecido me incluyo– reunidos en una antología poética de muy alto y noble alcance, a fin de denunciar –a viva letra– la discriminación, el atropello, la ignominia, la segregación, los abusos y arbitrariedades, en fin, la iniquidad de la que –cotidianamente y en todos lados– es objeto la mujer, por el solo hecho de ser mujer.

Bajo el auspicio del Ayuntamiento de Salamanca se publica esta antología coordinada por ese gran promotor cultural –el compilador por antonomasia– que es Alfredo Pérez Alencart. El alcalde de la ciudad de los saberes, absolutamente comprometido, escribe: “La violencia machista ocurre en todos los países del mundo y son las mujeres quienes la sufren, no existiendo distinción de raza, religión, posición social y económica, nivel cultural u opción política. «No resignación» (Antología de Salamanca) es, qué duda cabe, un hermoso fruto y una poderosa voz para seguir luchando contra esta oprobiosa realidad”.

Por su parte, el antólogo anota: “La razón no entiende; la emoción no soporta más descargas de feminicidios a la diestra y a la siniestra del mundo, abusos y agresiones allende y aquende: no hay guantes perfumados cuando el golpe; no debe haber versos con metáforas

Territorios de la Pupila

que rediman, con atavismos que alienten actitudes patriarcales y machistas. Una tarea elemental: romper el silencio; romperlo desde la familia, desde la escuela, desde los medios de comunicación... Las normas legales contra la violencia de género y protección de las víctimas pueden ayudar, pero resultan insuficientes: conmueve saber de otra y otra muerte (luto enorme, lágrima donde se cuelga media humanidad). Apedreada antes y hoy –literalmente en ciertos países–, la mujer remonta el caudal de las libertades, es cierto, aunque todavía encalla en el muro mental de los violentos, incansables a la hora de no disfrazar su cobardía. Un cambio de mentalidad que procure echar el lastre de esta impureza cultural: eso requiere nuestra sociedad, y la otra y la de más allá. No es fácil semejante cruzada. Ninguna discriminación, y menos esta”.

Para muestra de la calidad de lo escrito y antologado por Pérez Alencart, citemos este excelente poema titulado *Buena Nueva* –que da inicio a la compilación– del escritor castellano Enrique Gracia Trinidad:

Perdónalos porque no saben lo que hacen» (Evangélio de Lucas, 23, 34)

No le digas a nadie tu nombre verdadero. / Escóndete, reniega de tu origen, / no vuelvas la cabeza / Tu mundo se acabó ¿era tu mundo? // Sal a la luz. Hay luz, es clara y tibia. / Deja que la sonrisa te visite de nuevo. / Haz con el miedo el último gazpacho / y bebe a tu salud //. Pero no le perdones, porque sí sabe lo que hace.

Carmen Cristina Wolf y sus Atavíos del Espíritu

Eres el sueño de aquél en quien siempre
florece las palabras.

CARMEN CRISTINA WOLF

17 poemas, 280 versos sirven en esta festiva ocasión para que Carmen Cristina Wolf exprese una emoción plural, un habla madura, unas letras afectivas que sirven para adornar de buena poesía su espíritu de mujer sensible y colega solidaria.

En estos *Atavíos* la poeta desanda recuerdos, revive momentos y circunstancias, reconstruye los lugares fundamentales – la casa familiar, el jardín de las mil palmeras - que acendrarón su madurez de mujer comprometida con su tiempo y con su prójimo, confiesa Carmen Cristina que desde temprano se acostumbro a “vivir / con un pie en su morada / y otro en el infinito”.

Esta existencia –un aquí cercano y un allá lontano– le permite a la escritora entender lo ya preludiado y presentido desde muy temprano, que: “había un itinerario / en el centro del alma, era fácil sentirlo / casi imposible hallarlo persiguiendo las sombras”. Y de las negruras se apartó pronto la poeta para construir un mundo luminoso a la medida de sus esperanzas y expectativas acuñadas en

Territorios de la Pupila

su infancia para preservar - ya madura - el añorado “espacio de los pies desnudos / con cientos de caminos y tréboles irreverentes”.

No podía faltar en sus versos, el otro, el tercero, el ajeno del que la emoción de la escritora se apropia con afanes libertarios, *la otredad* se hace presente en forma de amante y de amigos. Al amante, lujuriosa, incontinente, lúbrica, le confiesa que es “mejor un instante de atrevido sonrojo / a mil versos de sensata palidez”.

A los amigos, a esos que son con ella, imprescindibles siempre al momento tanto de los logros como de las flaquezas, la poeta, generosa también en versos, les declara: “Amigo, amiga mía, / compartimos con gracia / algún secreto de mermelada caliente // Ríen de las tonterías que les cuento / y leen mis pequeños poemas // Pasos unidos en un manto de hojarasca / Abrazos que no deberían terminar nunca / Palabras que devuelven el coraje ante la muerte // Amigo, amiga, / refugio exacto para conjurar la desolación”.

No se le escapa a la sensible poeta el entorno político de la última década bolivariana, la espeluznante posibilidad de un destino monocromático, monótono y monocorde. Contra el pensamiento único y el color dominante se rebela la artista, y desafiante expresa que “estos versos no son para la siembra” en vista de que “un déspota no sabe el valor del silencio / el derecho a ser frágil / ni admite cercanía entre el clavel y el nardo”, porque de lo que si sabe y quiere y pregona e insensatamente promueve el autócrata es: “Clonar gente con similar ropaje / que siempre doble el cuello y diga ¡sí!”.

Otra vez las manos, sus manos, llevan un registro de lo que ha sido, de lo que es y lo que será. En anterior oportunidad nos referimos a esos poemas en que la poeta – a través de sus manos - retrata las disímiles realidades de su feraz existencia. Una y otra vez vuelve por los fueros y habla con sus polisémicas manos: interrogadoras,

Enrique Vilorio Vera

viajeras, acariciadoras, obreras, dibujantes, amorosas, hilanderas, prestas siempre a tomar el libro cómplice para contarle a los infantes ingenuos y solícitos que entre las palabras y su eterno ciclo aún habitan duendes traviosos y hadas buenas.

Pero hay más, mucho más y bueno en estos atavíos donde la poeta reviste su alma de espirituales e íntimos versos al alcance de la curiosidad de todos nosotros, leámoslos en lo que dicen y en lo que no, exploremos sus entrelineas, atendiendo, sin embargo, a la expresa advertencia de Carmen Cristina:

“No es tiempo aún / de encontrar el árbol del comienzo”



Sobre la Crítica de Arte

La crítica de arte es un esfuerzo por entender lo inexplicable.

El crítico de arte es puente entre dos miradas: la del que ve y la del que crea.

La crítica de arte es el envés de la creación visual.

La crítica de arte no es un oficio: es cualidad de espectador educado.

La opinión del crítico de arte no debe ser nunca criterio seguro, es sólo un índice

La obra de arte está hecha para ser admirada y criticada.

No me critiquen ... dijo el autosuficiente.

El crítico es el otro yo del creador.

La obra de arte es una invitación a un doble ejercicio físico: el del ojo y el del cerebro.

Cuando critico, creo y creo.



POEMAS



Analía

Difícil queridita mía
explicarte que tus ojos rasgados y pícaros
de aquí y de allá
océano indistinto y no tan pacífico
miran hablan quieren señalan gesticulan
y los recuerdo
Son ojos muchos demasiados
los tuyos Analía
unos están en tu levantina cara de amorosa niña
otros los que me gustan
parpadean en los latidos de tu inocente corazón
Más grande quizás leas estos versos
al estilo de Ernesto Cardenal
y preguntarás a los tuyos
por ese desconocido tío que vino desde el azul Caribe Mar
Y ese tardío recuerdo tuyo

Territorios de la Pupila

será alto verde frondoso y lozano
mi querida niña
como el Ávila que engalana mi ciudad
Tus imborrables palabras limeñas
no tengo océano a la vista
las verás brillar en la cima de mi cerro
como lejano faro en un puerto que nadie visita:
¡NO TE VAYAS TÍO!

Analía II

Queridita mía

El mundo y las cosas cambian
somos para dejar de ser
cuando más grande estés
cuando pases de niña buena a adulta mejor
entenderás
que todos somos iguales
a pesar de las diferencias de habla,
raza, religión o condición social.
Por lo pronto recibe este beso en verso
de tu tío caraqueño
que no ha se ha ido de tu corazón
como tampoco tú del mío.
Envíame tu boleta de calificaciones
para enmarcarla y colocarla
en la cabecera de mi cama

Territorios de la Pupila

y tener siempre presente
a mi levantina sobrina limeña

mi niña buena

Ni Tan Azul

Más a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris, me acerco
a los rosales del jardín...

Rubén Darío

Félix Rubén de Metapa y de París.

Tu reina rubia

aurora bañada de sol

terca y solitaria

habita en castillos de azucena y de algodón.

Su cabellera espesa y briosa

tropel de potros enjaezados

perla, estrella, pájaro azul y multicolor

es también agria miel de abejas africanas.

Dócil amatista topacio radiante

espejo del antártico

Territorios de la Pupila

fulgor de rosado muslo

lucero del alba

alumbra el triste sol

en eclipse

que en tu centenario sigues siendo.

De Rubén a Darío

Hijo de Manuel García en Rosa Sarmiento

Marido de Francisca Sánchez

Padre de Phocás el campesino

El vasto mundo recorriste

con tu talego de versos alejandrinos en la maleta

a la sorda y apagada letra

de música la vestiste

en dariana sinestesia de sonidos y colores

Príncipe de las letras castellanas

te han nombrado

Rey del país de los cisnes

Embajador de los crisantemos y las magnolias

Emperador de blanco lino y líricos cristales

Íngrimo ubérrimo harmónico

Habitas en tu ebúrneo traje de bordados eucarísticos

En la solapa de tus versos de seda

Territorios de la Pupila

brillan la esmeralda el topacio y el rubí
Al son de la clave la lira y el violoncelo
Bailan Afrodita Pegaso Venus y Orfeo
en la desconocida Hircania en el distante Ormuz
La poesía dividiste
para el regocijo y la alegría del verso y del poema
Antes de Rubén y después de Darío
¡Puedes irte en paz!

El Cielo de Salamanca

Es azul moteado
lo visitan aviones distantes y lejanos
pájaros amigos y en manada
dejan una estela de plumas y cantos
cumplen con su habitual rutina
por los derroteros del cielo charro
Una cigüeña se asoma
a la baranda del paraíso salmantino
Desde las alturas del *Señor de los Cantares*
contempla la catedral la clerecía y el puente romano
amorosa
deja el nido
para salir a buscar
el sustento de sus polluelos
En el cielo salmantino
la vigorosa cigüeña bate sus alas

Territorios de la Pupila

aliviando la canícula el bochorno
que acompaña al estío de todos los años
su aleteo es bienvenido aplaudido celebrado
por los sudorosos bañistas que inundan el río Tormes
Amador
en pleno vuelo
 la retrata
dejando constancia de la bondad del ave
y del inmenso azul del cielo salmantino

Ni Con El Pétalo de Una Rosa

Eso decían antes
los hipócritas voraces
los devoradores del alma
y del cuerpo de la mujer amada
Verdad era que para laceraciones y rasguños
más efectivas eran las espinas
que los delicados pétalos de la Rosa de Villalba
Hoy, los neo hipócritas del siglo XXI
reivindican
 de la boca para afuera
la igualdad de género
el respeto por los derechos que antes eran sólo del hombre
y que hoy reclama la mujer
Explotadas, exiliadas, humilladas,
cargando los hijos a cuestas
y uno más en la barriga

Territorios de la Pupila

transitan

caminos de desprecio e injusticia
en los que en grandes pancartas
en anuncios del más luminoso neón

se lee

*Más ruido hace la hoja del árbol al caer
que la opinión de una mujer*

Vivir Muriendo

El año que es abundante en poesía, suele serlo de hambre.

A lomo de tu jamelgo hirsuto
 el mundo recorres
los entuertos continúan
el hambre la guerra la miseria
 los exilios y los destierros
 confirman lo sabido
el hombre nunca estuvo hecho para la paz
La mentira campea
la senda de la virtud sigue siendo estrecha
 la libertad ya no brilla
el vicio es ancho y espacioso
Todos callan a conciencia
el que denuncia es confinado a una cárcel de Argelia
las palabras de los oprobiosos

Territorios de la Pupila

están por encima de los hechos

El mundo gira en mala dirección

Miguel

Nadie lee muchos deambulan por el ciberespacio

una puerta se cierra sin que otra se abra

rema la envidia

los oportunistas se duermen en la costumbre

se dificulta fabricar el propio destino

para tu fortuna y la nuestra

quedan la poesía para cantarle a las cosas humildes

y amistades que nadie puede turbar

Epílogo

Una noche navideña del año 2000, conocí a Enrique Viloría Vera en el café del Teatro Español, situado en la madrileñísima plaza de Santa Ana, en una reunión de poetas españoles y venezolanos con sus respectivas cónyuges y/o musas. Había un tremendo barullo de tráfico y viandantes en aquel sector de la Villa y Corte, porque unas cuadras más abajo, en el convento de Jesús del Gran Poder, un fraile había cosido a puñaladas a otro fraile por no dejarle ver su programa favorito de televisión. Un par de meses más tarde, Viloría, por indicación del poeta Joaquín Marta Sosa, me nombraba corresponsal en Madrid de la revista *Circunvalación del Sur*—de la que era director—, y me honraba también pidiéndome unas palabras de introducción para su poemario *Libro del adiós*, a punto de editarse para la fecha.

Enrique Viloría es un intelecto hiperactivo que lo mismo escribe lúcidos ensayos sobre pintura que sesudos tratados empresariales. El próximo año aparecerá en España un nuevo libro suyo titulado *Territorios de la pupila* que reúne en sus páginas numerosos textos suyos impresos ya en periódicos y revistas. El conjunto es una muestra del mundo intelectual al que nos tiene acostumbrados: la historia, el arte, la poesía, y sobre todo su amadísima Venezuela. Entre los autores estudiados en el libro, destacan pensadores

como Octavio Paz y Arturo Uslar Pietri. Las páginas dedicadas a Paz constituyen uno de los ensayos más importantes del conjunto y fueron escritas en 2014 con motivo del Centenario del gran pensador mejicano. Viloría analiza brillantemente los temas fundamentales que estudia Paz en sus obras y sobre todo en *El laberinto de la soledad*. Algunas características del hombre mejicano quizá pudieran encontrarse también en el venezolano y en el resto de los hispanoamericanos. Para Paz, el mexicano es persona encerrada en sí misma y establece una muralla entre él y la realidad. Por eso no debe rajarse, es decir, no debe *abrirse*. Distingue también Viloría en la obra de Paz las páginas que dedica éste al culto de la muerte en Méjico y la especial religiosidad de los mejicanos simbolizada por el culto a la Virgen de Guadalupe en un lugar que también estuvo dedicado a divinidades femeninas del mundo indígena.

La influencia de los indios sobre la formación de los modernos pueblos hispanoamericanos es otro aspecto que trata Viloría en uno de sus ensayos dedicado al gran escritor venezolano Uslar Pietri. “Es sobre la base de este mestizaje fecundo y poderoso- escribe Uslar- donde puede afirmarse la personalidad de la América Hispana, su originalidad y su tarea creadora. Con todo lo que llega del pasado y del presente, puede la América Hispana definir un nuevo tiempo, un nuevo rumbo y un nuevo lenguaje para la expresión del hombre sin adulterar lo más constante, viviente y creador”. Fruto de este mestizaje es la novela nueva latinoamericana (*el boom*) nacida en el siglo XX y que el propio Uslar definió como “realismo mágico”.

Entre los ensayos más ideológicos, tienen especial interés el dedicado a Erasmo y el comentario a un libro de John Carson Lennox titulado *Disparando contra Dios* (2015). Este es una crítica a “los nuevos ateos” que no sólo niegan la existencia de Dios, sino que también proclaman la inutilidad e inconveniencia de la religión. Viloría destaca el hecho de que Lennox “se refugia y fortalece en

la lectura de la Biblia y de la Palabra de Dios. Pues el ateísmo no tiene respuesta ante la muerte, ni esperanza final que ofrecer”.

A Enrique Vilorio Vera le interesan todas las artes y, por lo tanto, en el libro nos encontramos artículos sobre pintores como Miguel Elías, y enjundiosos estudios sobre poetas como Alfredo Pérez Alencart y José Pulido, quien también inspira a Vilorio un texto sobre su interesante novela policiaca *El requetemuerto*.

La poesía no podía faltar. Él la viene cultivando con éxito hace ya muchos años y, por tanto, sus lectores no nos extrañamos de que al final de sus prosas, coloque un pequeño grupo de poemas en que nos ofrece su ternura por Analía –una sobrinita limeña–, o una visión del cielo salmantino.

JOSÉ LÓPEZ RUEDA

Madrid, 2016



Sobre El Autor

Enrique Vilorio Vera (Caracas, 31 de enero de 1950)

Abogado por la Universidad Católica “Andrés Bello” (Caracas, 1970), posee una maestría del Instituto Internacional de Administración Pública (Paris, 1972) y un doctorado en Derecho Público de la Universidad de Paris (1979). Individuo de Número Electo (Sillón No 4) y por incorporar de la Academia Nacional de Ciencias Económicas de Venezuela.

En la Universidad Metropolitana de Caracas fue Profesor Titular VI, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), y Decano de Estudios de Postgrado, así como Director Fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri (CELAUP) y Coordinador de la Cátedra Venezuela Ricardo Zuloaga. Adicionalmente, es Investigador Emérito del Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca (CEIAS). Fue igualmente titular de la Cátedra Andrés Bello en el Saint Antony’s College de la Universidad de Oxford en el Reino Unido y Profesor Invitado por la Université Laval en Canadá.

Es autor o coautor de más de ciento treinta libros sobre temas diversos: derecho, gerencia, administración pública, ciencias políticas, economía, historia, poesía y crítica literaria, artes visuales

y humorismo. Su obra escrita ha sido distinguida con el Diploma “Tomás de Mercado” de Estudios Económicos otorgado por el Centro de Estudios Iberoamericanos de Salamanca (CEIAS), el Premio Iberoamericano de Ensayo “Alfonso Ortega Carmona” de la Sociedad de Estudios Literarios y Humanísticos de Salamanca, con el Premio Medalla Internacional Lucila Palacios del Círculo de Escritores de Venezuela, con el Premio de la Academia Venezolana de Ciencias Políticas y Sociales, y con Menciones de Honor en el Premio Municipal de Literatura (Mención Poesía) de Caracas y en la Bienal Augusto Padrón del Estado Aragua. Recibió la Orden Andrés Bello (Banda de Honor) y el Gran Cordón de la Ciudad de Caracas. En 1998, la Universidad Metropolitana le otorgó el Premio al Mérito Académico en el área de Ciencias Políticas, Sociales y Administrativas. Ese mismo año fue nombrado Padrino de promoción por los Licenciados en Ciencias Administrativas de la Universidad Metropolitana. En el 2002, la Biblioteca Nacional de Venezuela le organizó una exposición bibliográfica y publicó un detallado catálogo con motivo de sus 80 títulos. Igualmente, la Biblioteca Pedro Grases de la Universidad Metropolitana le organizó dos exposiciones con sus respectivos catálogos en ocasión de sus 50 y 100 títulos bibliográficos. En 2009, el Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca creó un apartado en su colección editorial con el título de Obra de Enrique Vilorio Vera.